FRAY MOCHO

EN EL MAR AUSTRÁL

FRAY MOCHO

EN EL

Mar Austrál

CRÓQUIS FUEGUINOS

BUENOS AIRES

—

EDITORES IVALDI & CHECCHI

—

1898

AL SEÑOR GOBERNADOR DE LA TIERRA DEL FUEGO

TENIENTE CORONEL

PEDRO T. GODOY

Á QUIEN TANTOS DESVELOS Y SACRIFICIOS CUESTAN LOS PROGRESOS

DE LA REGIÓN AUSTRÁL

INTRODUCCIÓN

Distinguido amigo:

Acabo de terminar un exámen de su libro, necesario para formar juicio exacto acerca de él, pués es de esos que parecen exigir una lectura rápida, como rápido es el encadenamiento de los sucesos que relata. Y no sé por qué me encuentro con la pluma en la mano, escribiéndole esta carta, yo que soy tan poco aficionado al género. Para tal resultado han debido mediar circunstancias especiales, y ser la obra sujestiva en grado sumo. Lo es por su misma objetividad, y médian esas circunstancias especiales, pués vuelvo de las regiones que Vd. describe, y me ocupo de ellas con todo entusiasmo. Necesitaba decirle lo que pienso de esa obra, porque una satisfacción como un dolor, necesita expansiones, y mi carta, que no esperará sin duda, ha sido instintivamente comenzada con ese objeto.

Cuando leí su *Pais de los Matreros* me ocurrió lo mismo; pero la pereza de tomar la pluma acabada de dejar después de un artículo de diario, y amenazándome con la operación de arrancarle el siguiente, pudo más que mi

deseo. Le hubiera dicho entonces una porción de cosas agradables, que de palabra suelen parecer simples galanterías, pero que por escrito adquieren otra fuerza, muestran mejor su sinceridad, prueban su fundamento, y.... duran más. Entre ellas estaría en primera línea la observación de la rara cualidad que Vd. posee para pintar gentes y paisajes, como si dijéramos cuadros de género, en que los hombres y las cosas viven con vida propia é intensa. Y en el mismo término se hallaría también la elección de sus asuntos, la altiva tendencia artística que lo hace volver los ojos hácia lo que es nuestro, hácia lo que se ofrece á nuestra observación directa, desechando lo convencional y lo exótico. ¿Qué más exótismo—como que es el de mañana—que nuestras moribundas costumbres, los tipos, los sentimientos, las pasiones de la raza intermedia, original y genuina que desaparece bajo las oleadas de la inmigración extrangera? No en balde estuvieron estas tierras cerradas tanto tiempo; no en balde, tampoco, se han abierto ahora de par en par.

Dibujando y manejando el color como Vd. lo hace, queda su *País de los Matreros* como un documento, como uno de esos grabados que fijan la característica de una época, y á los que recurren pintores y escritores para inspirarse y saturarse en su espíritu. Es que si sus gauchos hablan ó se mueven, son *ellos mismos* hasta para quien no los conoce, no pueden confundirse con nadie, tienen personalidad y carácter hasta en sus detalles más mínimos, porque Vd. deja poco á la sujestión, y haciendo obra acabada, presenta sus tipos de cuerpo entero, con todos sus rasgos principales, y anima sus cuadros con un soplo de la misma naturaleza. Ya le he dicho que ese trabajo ha de incorporarse naturalmente á nuestro *folk-lore*, porque en él quedan estampados para siempre espíritu y hábitos

del hijo de Montiel, que desaparecerá muy pronto por el progreso, pero que renacerá sempiternamente apenas se hojéen las páginas de su libro. ¡Qué pocos de esa especie tenemos, aunque el *Facundo* tocara llamada con diana tan vibrante! ...

Es que nuestros escritores no saben ó no quieren saber, que la apatía hácia lo que trata de nuestras razas, nuestros pueblos y nuestros tipos, no es sinó una enfermedad pasajera, un daltonismo, curable por fortuna. Se quejan de que sus libros no hayan cruzado el océano: *Facundo* hizo el viaje con toda felicidad, y fué recibido como simpático huésped; y el *Fausto* de Del Campo anda ahora por Alemania vestido á lo gótico, aunque con poncho y chiripá:

hace bien, santigüesé
que lo mesmito hice yo,

pero de satisfacción al ver á tan gallardo paisano gineteando en las calles que cruzó Gœthe.

¡Qué diablo! ¿cómo quiere Vd. que los europeos no se encojan de hombros si nos ponemos á contarles sus mismas cosas?....

No lo harían—como no lo haremos nosotros mañana—con las obras nacionales, que serían por eso mismo universales, como algunas localísimas de Loti; tendrían además del atractivo artístico, el de la curiosidad que despertarían, por lo nuevo que presentaran. Esas costumbres que se pierden, esas razas que se extinguen, esas comedias y esos dramas políticos, guerreros y sociales que se han desarrollado y desenlazado en esta parte de América, son mina inagotable de pintoresco que no se explota por momentánea ceguedad, que pocos conocen, pero que Vd. ha cateado con acierto y ha comenzado á trabajar con fortuna.

Ahora con su *Mar Austral* salta Vd. de las selvas asoleadas de su provincia, dejando á sus paisanitas de vestido almidonado y cara atezada y vivaracha, á sus gauchos bailarines y camorreros,—á los tortuosos y fríos canales de la Tierra del Fuego, describiendo aquellos maravillosos paisajes que acabo de contemplar en todo su esplendor, y poniendo en escéna aquella abigarrada población de loberos y mineros, acudidos de todas partes del mundo, arrojados, ávidos, generosos, toscos, borrachones, mezcla heterogénea é informe de los más antagónicos sentimientos y tendencias, que no puede señalarse sinó con la palabra *aventurero*, pues teniéndolos todos, no tiene ningún razgo típico.

Y si acertó en la pintura de sus *Matreros*, si en ese libro fué original y vibrante de color,—éste me revela por completo al escritor fecundo que sospechaba en Vd., cuando los sueltos periodísticos y los cuentos de la tierra esbozados para las «Variedades» de algún diario, le arrancaban la pluma que pudo dedicar á trabajos de mayor aliento,—como estos—de que no está desterrado tampoco su espíritu sardónico, juguetón y agudo.

Pero ¿es Vd. siempre el mismo? Después de los *Matreros* y el *Mar Austral*, barrunto que Fray Mocho está cediendo su puesto á José S. Alvarez, más reposado, más accesible á la tolerancia, más amante sobretodo, y con amor más puro, de la naturaleza inspiradora; algo patriota, y quizá también un poco místico. Perdone: lo digo sin segunda intención, hablo de un misticismo emanado de lo real, y que no rebaja los músculos ni desafina los nervios; ese misticismo que invade al mismo Zola cuando describe el Paradou....

Mejor es así; ahora puede Vd. recuperar el tiempo perdido en las redacciones, para ganar un pan mojado en

tinta y bien poco sabroso, como el mío. Porque supongo que se habrá puesto de nuevo á la tarea, y que ya irán adelante las carillas de algun otro cuadro argentino que vendrá á hacer *pendent* con los dos excelentes de la série, y á exigir el cuarto por la simetria, y el quinto y los siguientes por el éxito.

Este del *Mar Austrál*, como el anterior, pide la continuación, ó mejor dicho, reclama otro y otros, porque pinta con arte fiel y porque entre líneas tiene *toda la sensación* de aquellos parajes. A mi regreso de la Isla de los Estados y Tierra del Fuego, quedé sorprendido al ver renovarse en sus pájinas las impresiones recibidas que para destacarse de nuevo necesitan ó el reconcentramiento de la producción, ó un excitante tan poderoso como ese. De aquí una duda: la nueva visión ¿era efectivamente provocada por sus cuadros, que me la presentaban íntegra, ó su efecto era solo el mecánico de encaminar mi imaginación á evocar otra vez lo que mis ojos habrían contemplado y mi memoria guardaba, pronta á devolvérmelo á la primer señal?

Por esta duda procedí al exámen de que le hablé al principio, y que me alegro de haber hecho. Sus cuadros son completos, vivos, palpitantes de verdad, y están pintados con el arte instintivo é invisible en sus *ficelles*, del verdadero poeta y del escritor de raza.

Todos sus lectores sentirán ante ellos la misma impresión que yo, y verán por intermedio suyo y tras los negros renglones del libro, aquella tierra extraña y aquellos hombres mas extraños aún.

Dígame ahora ¿porqué no ha dado más importancia á las mujeres en su obra?... Veamos si he adivinado: porque su argumento principal,—la naturaleza—exigía que los accesorios no atrajeran demasiado la atención ¿no es eso?

Pués bien, ha acertado Vd. al dejarlas en la penumbra, porque en realidad, allá en el extremo austral, su papel es muy secundario é incoloro, como si aquellas ásperas y agrestes comarcas, no amaran sino lo fuerte y lo violento, desdeñaran la gracia y la debilidad, y no sirvieran de apropiado escenario al idilio, aunque sus personajes fueran Hércules y Onfale, Sansón y Dálila.... Tierra de terremoto, apenas se tolera que la mujer cruze furtiva sobre ella, sin dejar rastros, sin destacarse sobre sus peñas ó entre sus bosques....

Pero el drama es emocionante, aunque carezca de ese elemento, porque nace de la lucha entre el eterno femenino de la naturaleza, y el hombre que quiere hacerse amar para dominarla.... como en la sociedad.

¿Quiere que lo felicite ahora?... No es necesario después de lo dicho.

Yo desearía que todos los demás hicieran como Vd.: que miraran á su alrededor, vieran lo que tenemos, y se gozaran en ello. En cuanto á mí, nunca más feliz que cuando hablo de la tierra ó cuando leo un libro como el suyo.

ROBERTO J. PAYRÓ.

Agosto 9 de 1898.

EN EL MAR AUSTRÁL

CRÓQUIS FUEGUINOS

I.

En la playa

Circunstancias que no es del caso mencionar, hicieron que una madrugada me sorprendiera sentado ante una mesa de *El Diluvio*—cafetin de mala muerte y de peor vida—situado allá en una de las callejuelas de Punta Arenas, capitál chilena del estado fueguino de Magallanes, que bajan culebreando hácia el mar.

La verdad es que mi situación no era desahogada en aquellos momentos y que negros nubarrones obscurecían el cielo de mi vida: con veinte años, sólo, desconocido y sin un peso en el bolsillo—habiendo perdido esa noche en la ruleta el último que me quedaba—no veía rumbo claro sinó camino del mar y por ello, lentamente, me había ido acercando á él.

Sentado á la cabecera de una mesa, miraba distraido el afán con que la patrona iba de acá para allá trás el pe-

queño mostrador, sacudiendo el frente del anaquél cargado de botellas con inscripciones en inglés—indicadoras de que si el cogñác, el róm, el whisky y el snáp que contenían no era legítimo, por lo menos era viejo—y escuchaba, llevando el compás con el pié, una habanera que brotaba del teclado de un piano acatarrado, bajo los dedos del patrón —un gallego minúsculo, de gran cabeza cuadrada, que tenía cierta semejanza con los tapones de soda-water que rodaban por el suelo.

Estaba en uno de esos momentos en que uno á fuerza de pensar no piensa en nada, y como única solución á mi situación embarazosa, se presentaba al espíritu atribulado la idea del suicidio.

La cosa se arregla fácilmente, me decía. Camino hasta allí, bajo por esa escotadura y llego al mar. Si me conviene, sigo hasta la punta del muelle, me páro al lado de aquel poste blanco y en el momento en que venga á romper una de esas ólas grandes que truenan, ¡zás! me zambullo y.... abúr Perico....! me voy con ella....! También puedo caminar—si no me conviene el muelle por ser tán alto y estar tán á la vista—hasta aquellas piedras negras que baña el agua y donde el mar rompe con fúria: espero una óla grande y me lanzo... ¡Qué diablos!.... ¡Todo es cuestión de un minuto!

Aquí llegaba de mis reflexiones y ya se acercaba el momento de levantarme y elegir el punto más aparente para la catástrofe de mi vida, cuando llamó mi atención un diálogo medio en inglés y medio en italiano y español, sostenido por dos individuos que no había visto entrar y que estaban sentados en una mesa hácia mi derecha.

El que hablaba inglés, era un tipo de marinero muy pronunciado y yo lo veía con su pipa humeante entre los dientes y una sonrisa que nunca se borraba del todo de su

fisonomía, dándola- juntamente con los mechones de pelo rojo que se escapaban de su gorra chata de cuero de zorro y con su barba, recortada en forma de herradura, que ponía al descubierto una boca sin lábios que casi le llegaba desde una oreja á la otra—un aire marcadamente funambulesco.

Su acompañante formaba con él un verdadero contraste: seco, anguloso, huesudo, estaba envuelto en una manta de lana de cuadritos blancos y negros y cubierto con una galerita cuyas álas, verdaderamente embrionarias, eran una nota alegre que dulcificaba la expresión de su rostro, al cuál sus ojos, chiquitos y vivos, acentuaban de una manera que hacía pensar en rastrillos, en ganchos, en uñas, en cosas, en fin, de agarrar y de arrastrar: aquella cara debía ser indudablemente la que soñó Shackespeare para su Shylock ó Moliére para su Harpagón y el sombrerito debía ser obra de alguno de esos hombres que echan á la chacota todas las cosas de la vida.

—¡Le digo á Vd. que nó!... El Gorro de doña Catalina es un canalla, un pillo y á mí me hace ésto porqué soy italiano.... ¿Sabrá bien Vd. cómo andamos ahora los franceses y los italianos....?

—Esa no es la cuestión....! La cuestión es que Vd., diga lo que diga el Gorro de doña Catalina ó cualquiera otro júdas de mar ó tierra, convenga en ir á dar la paliza.... ¡Eso es lo que interesa...! ¡Con los lobos ya se podrá empezar el otro més y entre tanto iremos á Sloggett á lavar oro!

—Sí;.... pero El Gorro....

—¡Mire!.... ¿Cómo es que le dicen á Vd?

—Don Cayetano.

—¡Mire Don Cayetano, no me embrome la paciencia, eh!... ¡Le vá á caer una racha, si se descuida, que no le

dejará ni las álas del galerín!... ¡Vamos; diga derechamente si toma ó nó parte en la empresa y basta de charla!

—¡Vea...! ¿Cómo le dicen á Vd?

—¿Quiénes?

—¡Digo!... ¿Cómo le conocen á Vd... cómo le llaman?

—¡Ah!.... ¿Mi nombre:.... ¡Como quiera no más! ¡Cachalote, si le gusta!

—¡Bueno!... ¡Vea, señor Cachalote, yo quiero ir algo en la empresa.... á mí me gusta: con franqueza!.... ¿Sabe?... Lo único que hay, es que estoy pobre y que el cútter vá á consumir todo lo que tengo.... ¿comprende? ¡Bueno!... Vea, pués, que no puedo arriesgarme entónces, así no más, de palabra, sin una garantía! ¡Mire; consultemos á ese hombre que está ahí y que nos mira con cara de juez: verá, él me vá á dar la razón...! ¡Negocio sin garantía no es negocio, don Cachalote... ¡por la Madonna!

Y sin más trámite el titulado D. Cayetano me saludó y me hizo señas de que me acercara á su mesa, aún cuando sin ofrecerme una copa de snáp, como su compañero, que salvó la omisión con toda cortesanía.

—¿No le parece, señor, que lo que digo es justo?—me dijo con el acento más calabrescamente español que encontró en su repertorio.—¿Cómo quiere que éntre en un asunto como ese, sin una garantía?

—Veamos—repuse, luego de beber mi snáp, que me supo á gloria, pués el airecito de la mañana, al colarse por entre las rendijas de las paredes de tabla que formaban la sala de *El Diluvio* helaba hasta las palabras—no sé de lo que se trata.

—Vea—me dijo el inglés en su español chapurreado y dedicándome una de sus habituales sonrisas, que le llevó las comisuras de los lábios casi hasta reunirse en el occipucio—este señor, ahí donde usted lo vé, con ese sombre-

rito y esa cara de zorro, quiere convencerme de que es ventajoso para mí darle el cincuenta por ciento de una expedición de caza, pesca y lavado de oro que voy á hacer!... En cambio, ofrece hacerme abrir en plaza un crédito de cién pesos y no contento todavía, me exije, para que el negocio sea negocio, que le garanta el préstamo con el cútter que tengo fondeado ahí... en esa caleta de la derecha!

Don Cayetano oyó impasible esta tirada y ni parpadeó siquiera, limitándose á hundirse hasta el cogote su ridículo sombrerito, cuando se apercibió de que era motivo de broma para su contrincante..

Como yo continuara en silencio, el inglés se sacó la pipa de la boca, escupió con toda parsimonia, la colocó cuidadosamente sobre la mesa y fijando luego una mirada en el prestamista dijo:

—Mire Don Cayetano ó Don Júdas ó el diablo, yo no sirvo para juguete suyo ni de El Gorro de doña Catalina, que es otro que tál.... y le prevengo que no quiero hablar más de eso!.... ¡Si me habla, no respondo de que me aguanten las ánclas!... ¡Conqué así... aquí me fondeo!

El calabrés, que seguía impasible el desarrollo del discurso, volvió á darle otro empujoncito á su gracioso sombrerito, escupió, se pasó por la boca la palma de la mano y sacando de su garganta privilegiada las más agudas y más dulces notas del registro, replicó con vivacidad:

—¡Por San Genaro, Sr. Cachalote!... Yo soy hombre de negocios y nada más. ¿A usted no le conviene lo que propongo?... ¡Bueno!.... ¡Esperarémos!.... ¡Lo que no sirve á las ocho, suele servir á las once!

Y envolviéndose bien en su chál de cuadritos, salió con un paso menudo y apresurado, que tenía algo del andar de la láucha.

Cuando nos quedamos solos, el inglés fijó sus ojos en mí, y exclamó:

—¡Qué gente esta, señor!.. ¡Ese judío, El Gorro de doña Catalina y el otro, Guanaco, son todos rizos de la misma vela!... Créen que el oficio de sleeping partner.... ¿Sabe? de «sócio dormilón», les vá á llenar el bolsillo sin hacer nada! ¡A fuerza de ser pillos son zonzos! ¡El «dormilón» si quiere ganar, debe ser liberal!... Eso es lo justo, ¿no le parece?...

—Bueno,—dije por decir algo—pero entre amigos...

—¿Amigos?...¡Esos!... ¡Pero si los conozco tanto como á Vd. ó como al diablo!

—¡Ah!.... Como le oí hablar del Gorro de doña Catalina y del Guanaco...

—¿Vd. los conoce?

—¿Yo?.... ¡No!.... ¡Me llamaron la atención los nombres, no más! ...

—¿Qué nombres?

—Los de ellos.

—¡Ah!.... ¿Y Vd. crée que esos nombres son de ellos?... Si estos tiburones se designan por apodos no más.... Es costumbre de los loberos y de los buscadores de oro—sus víctimas—que ellos han tomado, en su afán de tomarles todo! ¿No es de aquí Vd?

—¡No señor!

—¡Yo tampoco!... ¡Ni quiero ser!... ¿Y se vá á fondear aquí, en esta caleta de tiburones, ó sigue viaje?

—¿Yo?... Vea; no sé... ¡Anoche me han pelado en la ruleta y no conozco á nadie, ni tengo un peso!

—¡Ah! ¡ah!.... ¡Conozco!... ¡Eso se llama estar á pique en veinte brazas!.... ¡Oh! ¡oh!.... ¿Quiere un remolque?.... Tengo mi cútter ahí, en la bahía: se llama *The Queen* y es chiquito, pero marinero!.... Si gusta, hay lugar á bordo

todavía... Somos cuatro, que andamos por irnos á lobear, y uno más no nos hace daño... ¡al contrario!

Un rayo de luz alumbró mi ánimo abatido y acepté con júbilo la proposición tentadora: entre suicidarme estúpidamente en Punta Arenas ó luchar brazo á brazo con la suerte, no era difícil la elección para un temperamento como el mío.

Y por otra parte—¿á qué negarlo?—seducía á mi alma aventurera y á mi ardor juvenil, la vida accidentada de esos bravos que juegan su existencia á una sola carta—la única que les queda talvéz—y se lanzan á buscar la fortuna, allá, entre los escollos donde la mar bravía rompe en los barrancos abruptos, paradero de los lobos que se recrean jugueteando con el espumarajo de las olas.

Me atraían con fuerza invencible las tajaduras sombrías de los peñascos enhiestos, donde ejercen su vigilancia los albatros y los alciones, guardianes solitarios del desierto imponente y grandioso.

II.

Bordejeando

Ese día lo pasé con el inglés, que en balde recorrió todos los puntos que conocía por referencias, como paradero habitual de prestamistas y negociantes de rio revuelto, de «sócios dormilones», como designan en la región á los que corren, solamente con su capital, los riesgos de las operaciones provechosas que se desarrollan, allá, en las soledades de los canales fueguinos ó entre las roquerías salvajes del mar austrál.

No encontró nadie que quisiera fiarle un centavo á la empresa que, con los trés compañeros que me había anunciado y yo, se proponía llevar á cabo y que no era otra que ir á dar una paliza—como se dice en la jerga regionál, á la caza de lobos marinos—y luego á lavar oro en un paraje que él decía conocer y de donde había sacado el capitál suficiente para comprar el cútter que con bandera chilena cabeceaba á la derecha del muelle.

Este constituía, según lo afirmaba, todo su haber en el

mundo y toda su esperanza para llegar á la realización de sus ilusiones—muchas y complicadísimas.

Era mi compañero y protector, segun creí comprenderlo, un desertor de cierto barco holandés que había tocado años atrás en Santa Crúz, en la costa argentina y que más tarde se había perdido sin dejar ni rastros, en viaje de La Serena á la costa australiana.

No era inglés como yo lo había creído sinó norte-americano, pero se había formado en los veleros ingleses que hacen la navegación entre Jamáica y el Continente, llevando rón y azúcar para alimentar las refinerías yankees jamás repletas. Allí, juntamente con la navegación, aprendió á cobrar horror al agua, á ese líquido infame, como él decía, que solo sirve para que los peces se bañen y los hombres se laven la cara.

Navegando de mar en mar, sin distinción de banderas, porque el hombre no tiene más pátria que el barco que pisa, comenzó á chapurrear todos los idiomas conocidos y aún otros que no se conocen todavía sinó por escasas personas y ahora, cansado de su asendereada existencia, buscaba un cabe á la suerte para echarse á tierra con el bolsillo lastrado.

Hasta entonces no había logrado sus propósitos, ni siquiera en principios. Trabajando siempre por cuenta de otros, jamás había podido verle las patas á la sota. Ahora las cosas cambiaban: tenía un cútter propio y ánimo suficiente para dar el gran salto y hacerse rico ó morir por ahí, donde quiera, cuando le sonara la hora.

Era casi un desesperado como yo, sinó lo era más, pero tenía mayor coraje y mayor audacia y sabía afrontar con decisión las tormentas de la vida.

—¿Crée que á mí me importa algo no encontrar aquí buen fondo para el ancla?.... ¡Bah!.... ¡judios no faltan!

Y de hacerme desollar, prefiero que sea en cualquiera otra parte, y no aquí, donde todos se han puesto de acuerdo. ¡Canallas!.... El que ha preparado la trampa es El Gorro de doña Catalina, ¡pero....!

—Dígame; ¿quién es ese Gorro de doña Catalina, que tanto nombran?.... ¿Qué es?

—Es un montenegrino ó croata ó qué sé yo.... Uno de esos diablos que no son turcos, ni húngaros, ni nada, sinó hombres con más cáscara que una tortuga. Yo le conocí hace muchos años en Kesington, en Jamáica, entonces era sacristán ó aprendiz de cura en una iglesia presbiteriana que había en el puerto. Después le encontré por ahí, por todas partes: unas veces de marinero, otras de contramaestre ó de capitán. En las Malvinas estuvo establecido con una especie de garito disimulado trás la apariencia de escritorio de consignaciones y ahora, por mal de mis pecados, me he topado con él aquí, ejerciendo la industria de armador, almacenero ó demonio.

—Pero, ¿cómo se llama? ... ¡Nombre verdadero ha de tener!....

—¡Talvéz!.... Pero, ¡vaya á saber uno el nombre verdadero de un lobero ó de un minero, que es lo mismo!.... En Jamáica no supe nunca su nombre, y en Malvinas le llamaban La Mariposa, por esas manchas azules que tiene en la cara

—Pues amigo.... ¡lindo tipo!

—Vea: es uno de esos piratas de tierra que más vale no hallar en el camino; ¡él es el que me ha embromado aquí!... ¡Ha hecho una conjuración de judíos contra mí!.... ¡Oh!... ¡pero no importa!.... ¡El interés rompe todo: aquí hay mucha plata para los loberos como yo, que soy más conocido que el cachiyuyo.... aunque nunca haya venido!.... Ya verá: no ha de faltar quien se tiente. ¡Los «dormilones» tienen el ojo muy abierto!

Y luego comenzó á contarme las aventuras de su viejo conocido, sirviéndole de estimulante el snáp de *El Diluvio*, ante una de cuyas mesas descansábamos de nuestra excursión por calles y callejones.

Según pude deducir, el personaje en cuestión era uno de esos aventureros que tanto abundan en los puertos de mar muy frecuentados, especie de resaca que flota á lo largo de los muelles, se pega á los cascos de los buques, si á mano viene, ó se vá quedando en la playa hasta que vientos favorables la llevan tierra adentro.

Por cierto que en Punta Arenas no era un ejemplar único: sinó toda la población, por lo menos la del puerto, era seguramente de la misma ralea en su casi totalidad.

—¿Entonces hace mucho que Vd. anda por estas tierras?....

—¿Yo?.... ¡Ya lo creo!.... Sin embargo nunca había estado sinó de paso en esta caleta, que es un verdadero abrigo de cóngrios y tiburones.... Una cosa es venir como he venido yo otras veces, á gastar los pesos recogidos por ahí lobeando ó lavando oro—pués este pueblo se traga todo lo que producen las expediciones—y otra cosa es venir á comerciar como ahora!... ¿Punta Arenas?... ¡Punta Uñas le debían haber puesto! Entra V. á un *bar*, como éste en que estamos, por ejemplo, y se encuentra conqué en vez de snáp, del que V. viene sediento, le queman las tripas con vitriolo y le rascan las orejas con la musiquita esa del patrón; busca mujeres para pasar el aburrimiento y le presentan consumidoras de whisky, capaces de chuparse un almacén de una sentada; pide la cuenta del gasto y.... en dos días de jolgorio le han comido á Vd. medio costillar!... ¿Sale á la calle?.... Pués no le digo nada: lo ván convoyando los judíos, los trapisondistas y toda esa nube de sardinas hambrientas que serían capaces de comerse una ba-

llena. Cuando cae aquí un lobero con plata, tiene que ser muy hombre para escaparse: sinó se la sacan con la bebida, es con las mujeres ó con las casas de juego.... Vea: esta población es chica como Vd. vé—quizás seis mil almas—bueno: aquí hay más de cinco mujeres por hombre y el negocio más fuerte que hacen los barcos que ván á Chile, es de botellas y cascos vacíos!

—¿Y el comercio es honrado?.... ¿Es rico?

—¿Rico?.... ¡Ya lo creo!.... Hay casas de mala muerte en apariencia—sobre todo aquí en el puerto,—que tienen capitál de cién y de doscientos mil pesos. Ahora, de honrado no sé: cuando Vd. compra porotos son capaces de mezclárselos con piedras.... Esto no lo harán todos, los millonarios como Menendez, por ejemplo, pero algunos no le quepa duda que lo hacen.

—¡Bueno.... eso es naturál!..... La gente tiene que vivir.

—Claro que tiene que vivir, pero eso no quiere decir que lo haga á costa de uno. Aquí, al que cae con plata le toman como carnada: los voraces le atropellan, le atosigan, le muerden, le empujan!.... ¿Vé esos dos que ván entrando?.... ¡Le apuesto á que nos buscan á nosotros: ya verá; déjemelos á mí no más!

Dos individuos, ni altos ni bajos, ni gruesos ni flacos y vestidos con trajes obscuros—una pieza de género utilizada en familia—se detuvieron ante nuestra mesa y quitándose el sombrero y dejando ver ambos una gran calva lustrosa, dijo uno de ellos—hablando por la nariz y comiéndose la mayor parte de las sílabas, como es de hábito en los chilenos:

—¿Los niños son los que andan por ir á lobear en ese cútter que está ahí á la vera del muelle?

—Sí señor.

—¡Perfectamente!... Yo soy Andrónico del Cerro Z. y este niño, que tengo el gusto de presentarles, es mi primo y sócio el señor don Andrónico del Cerro T.

Mi compañero, que era alegre y chacotón de buena ley, dijo, cerrándome un ojo y usando el español más anglesado que pudo encontrar en su largo repertorio de bromas:

—¡Perfectamente!.... ¡A esos cerros tan lindos.... pero tan pelados al parecer, que acaba de presentarme, yo quiero presentarles también algo bueno: yo soy Guillermo Snáp H. y este niño, que es mi primo y sócio, es don Guillermo Snáp X...!

Y como sus interlocutores le miraran con ojos de asombro, exclamó con una de aquellas sus sonrisas tán características:

—¡Oh! ¡oh!.... ¡Yo sé!.... ¡Entre nuestras dos familias se acaban el abecedario.... si las dejan los maestros de escuela!

Al oirle, los dos Cerro soltaron una carcajada y yo les imité, mientras el bromista, grave y sério, nos miraba por bajo las cejas, golpeando en la palma de la mano su pipa de madera que apestaba con el olor á la nicotina conservada.

—Pues bien, niños.... nosotros celebramos conocerles y les invitamos á beber lo que gusten y á que hablemos dos palabras.

Y comenzó la charla entre el inglés y los visitantes.

Al poco rato y en momentos en que el dueño de *El Diluvio* tocaba los últimos acordes de Marta, que hacía media hora gemía entre sus uñas, se pararon los trés:

—Lo dicho, dicho está—dijo D. Andrónico del Cerro Z.

—Dicho está—repuso mi compañero.

Y nos despedimos.

—¿Vé?.... ¿Qué le dije, compañero?.... Ya tenemos todos plata, provisiones y herramientas! No hay más obligación que darles á los Cerro el veinte por ciento líquido, venderles de preferencia los artículos y llevarles grátis á Ushuwáia un pequeño contrabando de mercaderías... ¡Estos Cerros sí que saben ser «dormilones»! ¡Amigo, qué noche tenemos que pasar!... Cuando la suerte se acerca, hay que festejarla: ya somos ricos!

Y nós divertimos como puede divertirse uno en Punta Arenas: oyendo canciones marinas entonadas en los cafés por los concurrentes aficionados, viendo jugar ó jugando algunas partidas de náipes y bebiendo brandy y whisky á todo lo que daba el garguero, especialmente el de mi nuevo amigo, que era casi sin rivál.

Punta Arenas nocturno es una especialidad: la bebida y el juego son las diversiones casi exclusivas de la población y alternan con las representaciones de ocasión que suelen darse en la sala de tal ó cual *bar* espacioso, sin que impidan á los concurrentes satisfacer su gusto favorito, ya sean las cartas ó la botella.

Como se comprenderá, en estos jolgorios no faltan damas, de aquellas, por supuesto, que son como el desecho de todas las ciudades del mundo y que ván allí, atraídas por la generosidad proverbial de los loberos y de los lavadores de oro que, al regreso de sus expediciones peligrosas, no son por cierto exigentes ni descontentadizos.

Al día siguiente, que comenzó á las trés—hora en que en mi tierra las gentes acostumbran á usar aún lúz artificial, si llegan á hallarse despiertas por un evento—nosotros empezábamos nuestras operaciones de carga.

Embarcamos á vista y paciencia de todo el mundo, no solo nuestras provisiones, sinó también las mercaderías pa-

ra Ushuwáia y nadie tomó razón de ellas ni nadie se preocupó de su procedencia ni destino.

Las previsiones no eran por cierto muy variadas y consistían en harina, galleta, porotos, té, café, algunas damajuanas del aguardiente chileno llamado guachacay, dos barriles de vino de la tierra, algunos cajones de ginebra y las ropas usuales en el trabajo que íbamos á emprender.

—¿Sabe que no es mucho lo que llevamos?

—¡Oh!... No es mucho, pero es lo necesario: ropa de lana y botas de vaqueta!.... A bordo ya tengo los útiles y las herramientas, no solo para el lavado de oro sinó también para la paliza: la sál es lo único que falta y ya llevo la órden para cargarla en Ushuwáia.

—¿Sál? ¿Y para qué, teniendo el mar?

—¡No!.... ¡Sál de Cádiz, amigo... para salar los cueros, que cada uno vale una esterlina y dós también!.... ¡Oh! Hay que usar buena sál, y es carísimá, como que viene de Europa.... ¿Vé?.... ¡Ahí tiene!.... ¡Yo no sé lo que hacen sus paisanos: tienen sál en toda la costa, allá arriba de Patagones y no mandan ni un grano!.... ¡Habían de tenerla así los chilenos y ya vería!

Concluída la carga, fuimos á una carnicería vecina al puerto, donde un alemán rechoncho nos recibió con cara de malas pulgas, proporcionándome la ocasión de saber prácticamente lo que es un comerciante al menudeo en la capitál de Magallanes.

En la carnicería se vendían también verduras,—al peso, como los fideos—acordeones, ropas, baules y relojes: cuando el carnicero vino á despachar, estaba en la veta de pedir y sus precios eran algo de hiperbólico, sobre todo cuando tuvo que informar sobre unos repollos de los cuales parecía desprenderse con visible mala voluntad.

Mi compañero—por hacerle rabiar—se los hizo pesar sin

discutir el precio y el comerciante al ponerles en la balanza fué habilísimo.

—¿Sabe carnicero?.... El día que Vd. se muera, ni las gaviotas ván á poder acompañarle al cementerio.... Vd. vuela muy ligero y... ¡no pesa nada!

—¿Cuánto valen esos bifes?—dije yo.

—¡Hoy no se venden: son para mañana!

—Nosotros nos vamos ahora,—repuso mi compañero.

—¡Buen viaje!

—Y queremos esos bifes...

—¡Vengan mañana!.... ¡Hoy son para adorno!

—¿Y esa pata?

—¡Adorno!

—¿Y ese matambre?

—¡Adorno!.... ¡Lleven esa carne vieja, si quieren!.... ¡Hoy no vendo más!

No hubo forma de convencerle: tuvimos que embarcar lo que él quiso y al precio que se le antojó.

Y, riéndonos de rábia, llegamos al cútter, que amarrado á un anclote se mecía dulcemente, siguiendo el vaivén de las grandes ólas que iban silenciosas á depositar su carga de espumas y de mariscos en la playa arenosa.

III.

Entre dos aguas

El contrato, extendido en papel simple, pués la palabra de un lobero ó buscador de oro vale su firma, por más que parezca increíble á quién no conozca la maravillosa región fueguina y su población—que si bien es un mosáico en cuanto á lenguas, religiones y nacionalidades, tiene no obstante una convención que es ley: aceptado un compromiso, solamente la muerte impedirá su cumplimiento—fué colocado sobre una mesa y luego de firmado y rubricado por los Cerro Z. y T. empezamos á hacerlo nosotros, que éramos sócios y responsables de mancomum et insolidum.

El primero, fué el dueño del «The Queen», nombrado capitán y que con gran asombro mío escribió su nombre y apellido—Samuel Smith—con una bellísima letra cursiva, luego firmé yo, después Juan José Intronich, austriaco—aprendiz de barbero en sus mocedades—Oscar Schnell, dinamarqués, aficionado á la botánica y mineralogía y Antonio Souza Williams, portuguéz, natural de Badacoa provincia de Trás

os Montes y representante en los mares australes, según él, de la más antigua nobleza lusitana.

Luego que los comerciantes bajaron á tierra y «The Queen» solo contuvo á su bordo los cinco desesperados que pretendíamos jugar nuestra vida contra una caricia de la fortuna, el capitán Smith nos reunió en la camareta y abriendo una botella de snáp, dijo, con su sonrisa habituál, que esta vez tenía algo de risueñamente grave que yo hasta entonces no le había notado:

—No tengo para qué decirles, ¿eh?... Ya me conocen... ¡Yo me vuelvo rico ó me quedo allí! ¡Ese es mi propósito y debe ser el de los que me acompañen! Así, pués, todavía está en tiempo de quedarse el que quiera, y á fé de Samuel Smith dueño del cútter «The Queen» de treinta y cinco toneladas de porte, que no guardaré mal recuerdo del que lo haga!.... ¡Chicote que se ha de cortar, que se corte!

—Vean—exclamó aquí el portugués, que siendo moreno, bajo, de cútis apergaminado con un tinte bilioso pronunciadísimo, era la antítesis del austriaco Intronich, rosado, con una talla de casi dos metros, fornido, ventrudo, por lo cuál en los canales era conocido por Avutarda—ese mismo discurso, se lo he oído ya varias veces! Este, no dá un paso sin pronunciarle, á lo que parece. Una vez se lo oí allá en el Mar de la Sonda... ¿Te acuerdas Smith?... ¡Cuando abandonamos el costado del «Victoria», capitán Stevenson!.... La otra, cuando nos desertamos de las filas del brick aquél con que hacíamos el crucero de Buena Esperanza, capitán Sherfield...

—¡Hombre!...¡Es cierto!... ¿Sabes que acabo de dejarlo ahí en el muelle al tál capitán?.... Anda de judío: ¡se llama El Gorro de Doña Catalina!... ¡Bueno! Esto es otra cosa: ahora no se trata de juguetes ni de contar historias!.... Vamos á tener que echar el resto y así, el que no esté

bien dispuesto, que lo diga ahora y después no vaya á andar con arrepentimientos!

Todos manifestaron su conformidad: el portuguéz é Intronich ruidosamente como acostumbraban, el dinamarqués Schnell con un gruñido—pués él para decir una palabra invertía triple tiempo que cualquiera—y yo—que siendo un desconocido para mis compañeros—creí de obligación decirles cuatro palabras á mi respecto y ver si les convenía mi sociedad.

—Yo, señores, del mar no sé más que cualquiera vieja lavandera: que es de agua y que ésta es salada. De navegación tampoco sé nada! En Buenos Aires—que es mi tierra—era estudiante de derecho y nunca fuí amigo de ejercicios ni de molestias... Me enamoré de una muchacha que... en fin... que no quise dejar de querer y mi padre me embarcó por ello en un buque de la escuadra: me deserté en Punta Arenas, y aquí estoy. ¡Esto es todo!.... ¡Respecto á trabajos no sé ninguno, pero aprenderé los que me enseñen!

—Superior, hijo mío,—dijo Intronich:—aprenderás de cocinero y algún día, cuando vuelvas á ver á tu novia, esa muchacha *en fin*... como has dicho, sabrás enseñarle á hacer un asado de ballena... de corset y una sopa de tortuga con el carey de sus peinetas... si las tiene!

Y las frases de Intronich fueron el programa de mi vida de abordo. No era difícil, seguramente, pero tampoco era fácil, para quien, como yo, jamás había tenido la curiosidad ni siquiera de saber cómo se asaba la carne.

Felizmente no me faltaron maestros.

El portuguéz, á quien sus compañeros le llamaban Calamar y el dinamarqués, eran tán eximios cocineros que ni el mismo Intronich—á quien en materia de comidas se le reputaba como una especialidad—tenía peros que ponerles.

Al caer la noche, allá entre las ocho y las nueve—pués

en esta región austrál el día estivál es casi continuado—comenzó á soplar un vientito fresco del noroeste, que nos venía como de perlas para salir del Estrecho y penetrar á los canales y el capitán Smith determinó levar el ánela, disponiéndonos á zarpar.

Punta Arenas es puerto libre y por ello afluyen á él los comerciantes de toda la región del Sur, tanto argentina como chilena y especialmente de la primera.

Estos encuentran allí facilidades de todo género para sus transacciones, consistentes, por lo general, en el cambio de productos naturales—pieles, oro y maderas—por mercaderías importadas que se consiguen casi á precio europeo, sinó menor.

Los buques de ultramar, que llegan en gran número, traen siempre buenas pacotillas y aún cargas, obtenidas en todos los mares del mundo, unas veces como productos de salvatages en naufragios ó colisiones y otras de robos ó piraterías.

Estas particularidades hacen de aquél puerto, como es natural, un centro de actividad y de recursos que atrae á sí todas las fuerzas vivas de los mares australes, las que Chile aprovecha enérgicamente para formar en Magallanes un estado poderoso, que contrasta singularmente, por su riqueza y civilización, con la miseria y dejadéz reinantes en las provincias embrionarias de la costa argentina.

Esto es doloroso decirlo, pero es cierto: en los mares australes, la estrella solitaria de Chile significa civilización y el sol argentino barbarie.

Como sin mayores trámites ni diligencias nos habían despachado las autoridades, con la simple declaración de que íbamos con carga comerciál para Navarino, aún cuando bien sabían que íbamos con cargamento para Ushuwáia y á buscar oro y matar lobos marinos en la costa argentina,

—desplegamos la vela é impulsados por la fresca brisa favorable, comenzamos á salir de la rada.

Ya hacía rato que debía ser de noche en Buenos Aires—dada la hora que alcanzábamos—cuando aún nosotros teníamos lúz. Con razón exclamaba el portuguéz Souza Williams contestándome á una observación:

—Aquí, amigo, cuando se traen gallos, mueren locos casi todos. Pierden la chaveta pensando quizás en la hora á que deben cantar!.... Las cavilaciones les quitan el sueño y Vd. los vé marchar camino de la olla á pasos apresurados. Tal vez mueren pensando en que para cantar á destiempo más vale no haber nacido!

Un centenar de buques había en la rada y ninguno tenía gallardete de mi pátria: todos eran chilenos.

Y cómo saludándome orgullosos y burlones, cabeceaban sobre sus ánclas, el «Huemúl», el «Cóndor», el «Yañez» y el «Toro»,—los valientes vapores-avisos que al servicio exclusivo de la gobernación chilena recorren incesantemente aquellos vericuetos del mar fueguino, estudiándolos hasta en los menores detalles y sirviendo de providencia á los que se aventuran en ellos.

Recostado en la borda pensaba en esto y seguí con la vista, hasta que se perdieron á lo lejos, las luces de la pequeña villa, que dentro de poco será ciudad rica y populosa. Al mirar hácia el cielo estrellado, ví con júbilo la Crúz del Súr—mi vieja conocida—que abría sus brazos, no allá abajo, en el horizonte, como en Buenos Aires, sinó arriba, casi sobre mi cabeza.

Parecía protegernos contra las ólas del mar inmenso, que al chocar rumoroso en la popa de nuestro cútter, se desmenuzaban salpicándonos ó formaban un manto de blanca espuma que relumbrando nos seguía, como una sombra!

IV.

Aprendizaje

Me acerqué á Oscar, quien, impasible y como ageno á todo lo que le rodeaba, llevaba el timón y manejaba la vela, que inflada por el viento favorable impulsaba la embarcación—silbando casi entre dientes y con gran propiedad—pues era una especialidad en ese arte—una de esas viejas canciones de los balleneros, que no están escritas en parte alguna, pero que todos las saben, transmitidas de generación en generación por la tradición orál.

Permanecí en silencio mirando la franja de lúz que se movía, bailando al compás de las grandes ondas silenciosas que seguían al cútter y parecían empujarlo: derrepente dí un salto para atrás, aterrorizado.

—¿Qué hay, muchacho?

—No sé,—dije, aún no repuesto de la impresión—un péz enorme que saltó ahí, en la estela. Me pareció que atropellaba!

—¡Ah!.... No es nada: alguna tonina ha de haber sido... ¿No las conoces?

—¡No!

—¿Y en qué barco has andado que no conoces las toninas?

—En el «Villarino» no más... y como pasé arrestado casi hasta que me deserté, no he visto nada!

—¡Buen lobero diablo, vás á ser entónces...! Las toninas son esos peces grandes y cabezones que ván ahí, cerquita no más. Atrácate á la borda y mira á la estela: son esos bultos negros que cruzan de á dos. Siempre andan en parejas: mientras uno zambulle el compañero saca la cabeza como para recibir el oleaje. Ván en hilera y silbando: ese zumbido que se oye no es del viento, son ellas que lo hacen cada véz que asoman sobre la cresta de una óla. Cuando hay mar y es de día, andan leguas atrás de los buques y dá gusto verlas tan graciosas y tan mansitas... La tonina es la amiga del marino. Cuando sale, como ahora, es seguro que el viento refrescará ó vá á haber tormenta. Esta es la tradición.... y como esta véz salga cierta, vamos á tener una mañana dura si estamos fuera de «Puerto Hope».

En ese momento, una gran óla nos salpicó en la cara y yo sentí algo como un chicotazo que me obligó á llevar la mano sobre el carrillo, enredándoseme entre los dedos una cinta viscosa que me pareció una víbora.

—¡Demonio!... ¿Qué diablos es esto? ... ¿Un bicho?

—¡No hombre!... Eso es una hoja de alga... de cachiyuyo... ¡Es que pasamos junto á algún camalote, como dicen en tu tierra, y que comienza el viento á refrescar: las toninas ván á tener razón y no nos vá á faltar baile!

Y con su vista habituada á mirar á través de la obscuridad—pues los marinos parecen tener algo de los gatos—dijo:

—Allá se vé todavía Punta Arenas! ¡Fíjate á la derecha, pero medio arriba!... ¿No vés esa claridad?... Bueno; eso es Punta Arenas, que quién sabe cuando volveremos á ver!

Y los dós nos callamos como dominados por la melancolía, que parecía emanar del mar entenebreciendo nuestro espíritu y por aquel silencio que, apesar del ruído de las ólas al chocar, del silbido de las toninas que nos escoltaban ó del viento que hacía crugir el velámen, se imponía como una obsesión.

Derrepente se oyó la voz de Smith:

—¡Hola, Oscar!... ¿Quieres dormir?

—¡No!... ¡Hay tiempo!... Todavía estamos cerca de Agua Fresca.... ¿Porqué no haces café?... Andan toninas y talvéz refresque el viento ántes de que lleguemos á Hope.... ¡Ya sabes que yo no soy muy amigo de este maldito Estrecho!

Y sentí á Smith que se movía y poco á poco se acercaba al hornillo canturreando:

—¡Hola Oscar!... ¿Y el cocinero?... ¿Está ahí?

—A la órden, capitán.

—¡Venga á ver cómo se hace el café, si no sabe... ¡Mire que todas las noches no se ván á parecer á ésta!

Y dando traspiés y tropezones llegué cerca del palo, donde, sobre un cajón de fierro, teníamos instalada la cocina, que no era sinó un gran tacho lleno de fuego y con su tapa correspondiente.

Smith, por reirse á mi costa, me iba dando en voz alta su lección sobre la manera de hacer café.

—Primero se vé si hay fuego y si no le hay, se hace.... Después se agarra la cafetera y se llena de agua de aquél barril—no se saca del mar, muchacho, no te vayas á olvidar, que eso es importante—y como el café no se hace con agua fría, se la pone á hervir... Mientras hierve, tomas la pipa, te haces un ovillo ahí, al lado del palo y... cuidas!

Y como lo dijo lo hizo, invitándome á que le imitara.

—¿Sabe?.... Iba allá á popa y las toninas, que yo no conocía, me pegaron un susto....

—¿Las toninas?.... Eso no es nada: el día que veas los tiburones sí que te has de asustar. Hay uno, que nosotros le llamamos «martillo» y que por aquí anda poco, que es imponente. Tiene el lomo negro y la barriga medio amarillosa con pintas como de sangre: es cabezón, de cola derecha y se mueve con gran celeridad, teniendo la particularidad de que siempre anda con la cabeza para arriba como si estuviera parado. De cualquier lado que uno le mire, le vé siempre la boca abierta, casi á flor de agua mostrando una cuádruple hilera de dientes que son como los de una sierra y con las puntas como agujas. Cuela el agua como una coladera y no se le escapan mariscos ni peces chicos. Aquí, el que anda más, es el tiburón negro, que es sonso y medio cegatón: siempre le acompaña el «pilotin» que es un pecesito blanquizco que le sirve de lazarillo y le pilotea hácia donde hay que comer.... Donde abunda el «martillo» y anda en cuadrillas de centenares, es en el Mar de los Sargazos, que se encuentra entre las Lucayas y estas costas de Patagonia, en el camino que siguen los balleneros norte-americanos. La travesía de ese mar es tremenda, sobre todo en la parte del trópico, donde los veleros se topan con su mayor enemigo: la calma chicha. Allí son esos canallas los reyes del desierto de agua.

—Por supuesto: hombre que agarran no cuenta el cuento, ¿eh?

—¡Qué esperanza! El tiburón no ataca al hombre sinó por casualidad. Eso de los peces que matan, son historias mal urdidas. En todos los años que navego, nunca he visto morir á nadie atacado por tiburones... y eso que ya he pre-

senciado la caída de alguna gente al mar, casi en la boca de esos diablos, que son curiosos como mujeres.

—Pero eso que dice, permítame, está en contradicción con todo lo que cuentan los que han escrito aventuras de mar...

—Así será... pero lo que yo te digo, también es verdad; pregúntalo á los muchachos—que todos son hombres veteranos—y verás. Yo he visto cadáveres comidos por tiburones y he encontrado también pedazos de ropa ó botines entre las tripas de éstos, pero nunca he oido decir, con fundamento, que hayan herido ni causado la muerte á nadie: la gente de tierra es muy habladora, amigo, y no hay que hacerle mucho caso cuando charla de cosas de mar.—Sigo la lección: cuando el agua está hirviendo, echas dós cucharadas de café, pones la tapa y—.... que siga la danza.

—¿Y las toninas abundan fuera de estas costas?

—¡Ya lo creo! Y, vé, tienen carne buena—casi no se diferencia de la del atún—y dán buen aceite y en abundancia. Yo he comido, así no más, cruda, en una balsa en que nos salvamos trés—entre ellos Oscar—en el naufragio del «Williams Pitt», ántes de llegar al archipiélago de Pomotou en la Polinesia.... en el Pacífico, ¿sabes?

Y alzando la voz, agregó:

—¿Hola Oscar?.... ¿Te acuerdas de la balsa aquella en que nos salvamos, cuando el «Pitt»?

—¡Hombre!... ¡Mejor es que traigas el café, que estar recordando esas cosas á semejante hora!

Y como el café estuviera á punto, Smith sacó la cafetera y me volvió á decir con su sonrisa simiana:

—¡Sigue la lección, cocinero!.... Para que el café se asiente, sacas la cafetera del fuego, le echas unos dós dedos de agua fría del barril, no del mar—¡no te vayas á

equivocar muchacho, que la cosa es importante!—y, pasados dós minutos, sirves el líquido en un jarrito de estos para cada uno de los que ván á tomar, teniendo cuidado, si yo soy de ellos, de servirme á mí casi tanto como lo que te vás á reservar para tí. ¡No te olvides de esto, muchacho, mira que es importantísimo!

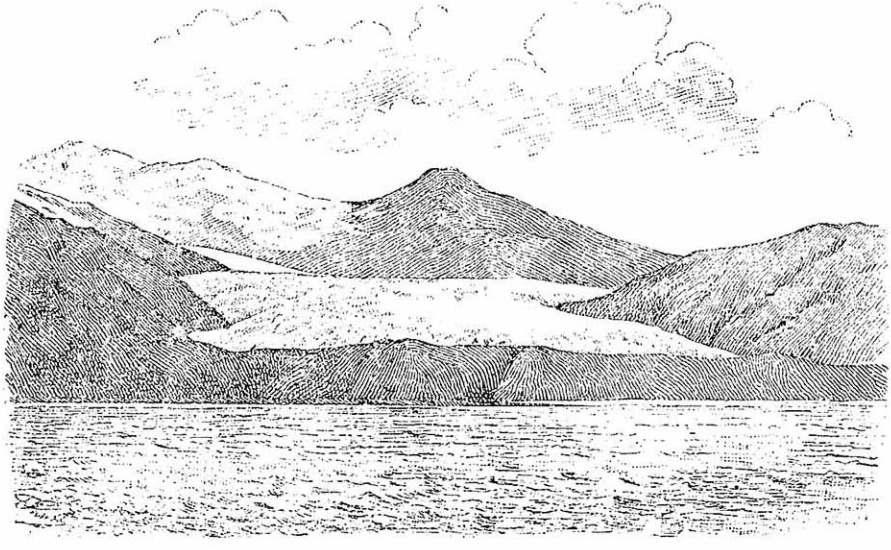
Y tomando el jarrito que le correspondía, fué á relevar en el timón á Oscar, quién luego de beberse su porción se tendió sobre cubierta y se quedó dormido.

Yo, transido de frío,—pués la temperatura aunqué estivál para un fueguino podía llamarse invernál para un porteño,—bajé á la camareta y fuí á tenderme en el lugar que me había sido designado como dormitorio.

Y allí, como viera por entre una rendija de la escotilla un trozo de la via láctea que brillaba como una corona de diamantes, haciendo resaltar la negrura uniforme de las Manchas del Súr, que á aquella hora y en tales alturas, tenían para mí un encanto desconocido—comenzaron á desfilar ante mis ojos todas las escenas de mi vida ciudadana.

Cuántas veces vagueando en las calles de Buenos Aires, las había mirado indiferente, sin pensar que llegaría una hora en que ellas fueran para mí como una esperanza y en que sintetizáran todos los recuerdos de mi vida: mis amigos bulliciosos, mi novia de los veinte años—mi Panchita adorable—y mi hogar, desolado talvéz por mi partida.

Y me dormí viendo entre sueños la cara llorosa de mis padres que pensaban quizás no verme más.



V.

Perspectivas

Tarde es para un lobero despertar cuando los rayos del sól comienzan á calentar y confieso que al pisar la cubierta, mis compañeros me recibieron con una rechifla que yo agradecí, porqué, á la verdad, jamás habría soñado encontrar bajo aquellas ásperas cortezas, tesoros de afecto y de ternura como los que encontré.

Aquellos hombres, curtidos por el sól de los trópicos y quemados por los hielos de las lejanas tierras de Graham, recorridas en los veleros noruegos y yankees, que se arriesgan en aquellas latitudes—donde aún no ha ondeado la bandera azúl y blanca, por más que no disten sinó quinientas millas de nuestro territorio y encierren riquezas que, por más que poseamos muchas, no tenemos porqué despreciar—parecían sentirse rejuvenecidos cuando me veían á su lado y era de admirar el afán que demostraban por adiestrarme en su arte rudo y en todo aquello que su experiencia les había enseñado.

Poco á poco me fuí convirtiendo en el niño mimado de abordo y pronto desde el bravo hidalgo lusitano hasta Oscar—que era de suyo huraño y retraído—no me miraban como al sócio que tiene las mismas obligaciones, sinó como á un patrón que, como Smith, podía hacer las cosas si quería ó podía, pero sin que fuera dado reclamarle nada.

Luego de terminada la ovación, exclamó La Avutarda con su vóz de trueno y su marcadísima entonación austriaca:

—¡Vea!.... ¡Este es su Winchester, amigo: ya está limpio!.... Las balas que le corresponden son esas cién que están ahí... y ahora, venga, ayúdeme á desarmar esta llave, que está más agarrada que la boca de Calamar, cuando no tiene á sotavento una copita de whisky ó de old brandy!

—¡Oye, Avutarda!. .. ¡No seas haragán; deja al muchacho que vaya á tomar su café!.... ¿No tienes vergüenza, hijo?.... ¡Si hasta eso te habrán ganado tus amigos de Falckland!.... ¡Porqué ántes no eras así!

Tendí mi vista sobre el mar y quedé encantado con el paisaje que descubrieron mis ojos.

La costa baja sobre que está situado Punta Arenas y que habíamos recorrido durante mi sueño, iba poco á poco desapareciendo para dar lugar á los caprichosos acantilados, por entre cuyas hendiduras, tapizadas de musgos y de líquenes, chorrean rumorosas las corrientes de agua que nacen en las montañas vecinas. Allá, en el fondo, recortan estas sobre el horizonte, sus lomos negruscos, apareciendo derrepente sobre el mar, en lontananza, en forma de una punta que se vé como tajada y que velan brumas azuladas: es el Cabo Froward que se presenta coronado por el Monte Victoria empinándose sobre el Estrecho.

A un costado, la Isla Dawson cubierta de vegetación, muestra de distancia en distancia las cumbres enhiestas de los cerros que encierra y que relumbran con los rayos del sól naciente, mostrándose, intermitentes, cada véz que una de las grandes ólas eleva el cútter en su vaivén magestuoso.

Abajo, y como cortado á pico en el flanco de la áspera montaña, se abre el Canál Gabriel, que parece una obra de gigantes y que presenta el aspecto de una inmensa boca que sonrie: se vén primero los dientes blancos, formados por los glaciéres que desprende de sus flancos abruptos el monte Buckland en sus fantásticas prolongaciones y luego —avanzando—la nariz fina y afilada: es Punta Ansious que parece tomar el olor al Canál Magdalena que se abre al frente, ancho y pintoresco, sembrado de islotes verdegueantes.

Es nuestro camino.

Smith, de pié en la proa, exclama, señalando un repliegue de la costa lejana:

—Allá está Puerto Hope, el feliz, el deseado.... Esa pequeña bahía, cuántas vidas ha salvado, sirviendo de providencia en las horas negras y angustiosas!.... Ningún marino que venga del Estrecho, puede dejar de saludarla con júbilo.

Y alzando la vista miré más léjos y quedé como deslumbrado; arriba, casi en las nubes, erguía su blanca cúpula, coronada de nieves eternas, el Monte Sarmiento, el gigante vigía de la región austrál, que desprende glaciéres y ventisqueros desde una altura de 7330 piés y cuya cima orgullosa no conoce aún la planta del hombre, tan osada como valiente.

—¿Qué te parece, muchacho?—dijo Smith con su expresión de burla—¡allá, arriba, en ese monte, está la fortuna!....

Hay que subir en cuatro piés para alcanzarla,—á estar á lo que dicen los alacaluf, que son los indios de estos canales. Según ellos, cuando uno se encuentra en la cumbre ya no tiene que pensar en nada: la vida está hecha. Corren arroyos de vino chileno, hay cascadas de té despeñándose por entre cerros de galletitas y de mejillones asados y calientitos!.... Y si por acaso eso no satisface, le esperan á uno en cada hondonada, ballenas varadas, que convidan á festin suculento, tropillas de nútrias y de lobos de dos pelos que se sacan la piel alegres, para brindarla al viajero, por más que allí no se necesita abrigo semejante, pués la temperatura no es fría como la que azota á los indios en las horas crudas del invierno, sinó más templada que la de un día de nevazón ó tibia como les parece que es la de este verano fueguino que á tí te hace tiritar, pero que ya te hará sudar como á nosotros.

Y al acercarnos á la entrada del Canál Magdalena, recostándonos un poco á la costa á fin de tomar de bolina el viento que hasta allí nos había favorecido y que cada véz refrescaba más—cumpliéndose el pronóstico de las toninas —un enjambre de gaviotas, gaviotines y palomas de mar, se acercó al cútter, rozando las ólas con su vuelo rápido y caprichoso, ya para alzar una agua-viva que su vista perspicaz ha apercibido ó ya para apoderarse de las cáscaras de papa que Smith—entregado á tareas culinarias—ha arrojado por sobre la borda y que, boyando, siguen el impulso de la corriente.

VI.

Espumarajos

Pusimos la proa hácia la bahía que forma el Puerto Hope y como en ese momento pasara ante ella, como cerrándonos el paso, una pareja de delfines, los cuales, mientras saltaban sobre la óla que alzaba la quilla, lanzaban su chillido peculiar, dijo La Avutarda que acababa de tomar el timón:

—Estas no son toninas, muchacho.... fíjate bien: son delfines. La tonina es casi redonda, tiene el cuerpo rayado de blanco y negro y nunca se cruza por la proa, sinó que convoya los barcos. Estos, como vés, son larguruchos, negruzcos y no silban sinó que más bien chistan. Los indios alacaluf cuentan que el delfín—que es un hijo de la luna á quien ésta dejó abandonado en una caleta, cuando emprendió su gran viaje en busca del sól, del cuál estaba enamorada—espera que ella vuelva á reunírsele cualquier día y por eso sale á recibir las embarcaciones. Cuando se vé defraudado en sus esperanzas, se enoja y comienza á cruzar

por la proa, chillando de rábia al verse impotente para detener la marcha de quién le ha engañado.

—¡Pero hombre!... ¿Esos indios alacaluf tienen una historia para cada animal del mar, á lo que parece?

—¡Ya lo creo!—dijo Smith.—Se ocupan en hacer esas poesías mientras esperan en sus canoas,—ocultas por ahí, en cualquier arruga de la costa— que pase algún cútter que puedan asaltar.

—¿Son ladrones, entonces?

—Son de lo más bandido que uno se puede imaginar,—repuso la Avutarda.—Se pasan días y noches en las caletas casi inaccesibles,—manteniéndose de mejillones ó de otros mariscos y de los tallos secos del cachiyuyo, al que le llaman kelp como los tehuelches—tratando de cazar algún lobo ó alguna nútria para en seguida, con pretexto de cambalachar el cuero, acercarse á los barcos ó á las poblaciones y ver de alzarse con algo. No son flojos como los yaghanes, que viven sobre el Canál del Beagle, sinó arrojados y valientes. Se largan al mar en sus canoas puntiagudas y emprenden lucha con las ballenas ó con los balleneros si á mano viene. Clavan al cetáceo cinco ó seis arpones de hueso, con dientes afilados y sujetos con cuerdas de junco torcido y luego que comienza á desangrar, le siguen en la canoa, arrastrados vertiginosamente. Nunca se ha oído decir que vuelquen, pués en cuanto se vén mal, largan la cuerda y continúan á remo hasta que la ballena debilitada se vara ó muere. Entonces la remolcan y se arma el festin, acudiendo á él los indios de muchas leguas á la redonda. Esto sí que es bárbaro y repugnante. El hombre civilizado que llega á presenciar por casualidad una de estas escenas y á ahogarse un poco con el humo nauseabundo de las hogueras en que medio asan la carne, conserva asco para mucho tiempo. Yo no he visto cosa

igual. Hombres, mujeres, viejos y niños, se embadurnan de grasa,—que luego se descompone rodeándolos de una atmósfera infecta que se huele á una milla,—comen de una manera brutál y se duermen allí no más, sobre el cuerpo de la ballena, al lado de los buracos que le abren con sus cuchillos de hueso, pués, para no perder tiempo, hacen el fuego sobre el mismo cadáver muchas veces.

—Y son súcios, ¿eh?.... —exclamó Calamar....—¡Qué cosa bárbara!

—¿Súcios?... ¡Inmundos!... Como no se lavan jamás, se les forma sobre el pellejo, que es como cuero de vaca, una costra impermeable que los resguarda del frio. Las indias son más limpias. Siendo ellas las que se ocupan de la canoa y las que corren con el trabajo de fondearla, de echarla á tierra ó de botarla, contínuamente andan en el agua y se hacen muy nadadoras. Los indios, por el contrario, casi no saben nadar y por eso las canoas atracan á la costa para los desembarques y cuando no las pueden echar á tierra ó temen las rompientes, las mujeres tienen que llevarlas léjos de la orilla, fondearlas con unas piedras enormes que les sirven de ánclas enredándose en los cachiyuyos sinó dán fondo y luego ganar la costa á nado. Si estos indios fueran muchos, no se podría andar aquí en los canales chilenos sin estar alerta: como son bravos, pasaría con ellos en el agua lo que con los Onas en tierra, allá en el lado del Atlántico.... Y son enamorados como diablos...

—Calamar, ¿te acuerdas de aquel alacaluf que en el primer viaje que hicimos juntos á estos parajes, se llevó el capitán de la «Sán Sebastián», el portuguéz aquél, tu paisano, que después de haber pirateado en la Oceanía y robado negros en la costa de Guinea, se fué á Jerusalén ó que sé yo, á hacerse fraile?

—¡Ah!.... ¡sí!... el negrero Jacobo. Es verdad: él se llevó

un alacaluf de éstos. Se llamaba Chiloáia y llegó á ser el mejor gaviero de abordo: una véz que me fuí al mar, una noche de tormenta, de aquellas que se arman allá en California, si no hubiera sido por él tal-véz no estaba ahora por entrar á Hope.

—¡Bueno!... Ese Chiloáia se quedó enamorado en Waïhou, un islote chiquito que hay allá en el Pacífico y que es la primera tierra que se encuentra cuando uno sale de Juan Fernandez para Nueva Zelandia. Recalamos á refrescár víveres y el indio se enamoró de una muchacha papu, una de esas negras medio amarillosas de las islas; se quiso quedar y Jacobo no lo dejó... Pués, amigo, á la noche se largó al mar y se fué á juntar con la novia. Y estábamos como á seis millas, ¿eh?... no era juguete.

—¡Ah! ¡Ah!.... ¿Con qué Vds. han andado en Waïhou?—dijo Oscar con su pachorra habituál. Yo también estuve, hace como ocho años. Fuimos con un brick á comprar carey y aceite de coco. En ninguna parte he visto más tortugas ni de mayor tamaño que allí..... ¡Qué barbaridad!... El único puerto bueno de la isla—que parece un ocho acostado sobre el mar—es una ensenada arenosa, que tiene en el fondo y como á trés millas de la costa, unos cerros llenos de palmas. Yo he visto salir las tortugas á poner y, francamente, he tenido miedo: la playa entera estaba cubierta y se movía como si hubiera agua. Los negros de la isla, que son, como todos los de la Polinesia, altos, barrigones y con unas getas como de ballena, esperaban que las tortugas dejaran los huevos y cuando se volvían al mar las atropellaban, cortándoles el camino, hombres y mujeres: ellas daban vuelta las piezas mejores—las más grandes y de cáscara más transparente,—y ellos las iban degollando. Las tortugas, según dijeron, hacen estas salidas una véz por año y hay que aprovechar. Los huevos los sacan por

millares para comerlos: creo que los negros engordan en esa época no más, pués en el resto del año no debe haber mucha comida en la isla.

—¡Oh! ¡oh!....—dijo Smith,—es rica: hay cabras y ovejas en abundancia y se hacen unos quesos que parecen de Holanda.... Allí estoy casado con mi octava señora; quizás la conozcan Vds.: es la quinta hija de un tío de Païapu, que es el rey, el negrito más pedigüeño que he conocido en mi vida. Yo estuve trés meses y mi mujer—que talvéz ahora se la habrán vendido á otro—me costó una damajuana de rón, dos libras de pólvora y un paraguas punzó, que ni sé cómo había venido á mis manos. Es un país raro esa isla: cuando los hombres ó las mujeres se hacen viejos, los matan sin compasión. Una mañana, estaba sentado con mi mujer á la puerta de nuestra choza, cuando derrepente ví pasar unos quince negros que iban tocando un tamboril y se dirigían á la playa, siguiendo á una pareja de viejos que de distancia en distancia bailaba y cantaba. Como era la hora de la marea baja, fueron hasta muy léjos sobre la playa Al anochecer les ví volver con la misma ceremonia, pero la pareja de viejos no venía. Pregunté por ella.

—La hemos dejado, me dijeron. Nosotros—sus hijos—determinamos hacer la fiesta que corresponde á los ancianos que no pueden trabajar. Allá se quedaron los pobres viejos, bien cerca uno de otro.

—¿En dónde?—exclamé horrorizado—¿en el mar?

Y entónces supe que en la isla es de ley que los viejos mueran cuando ya no pueden provéer por sí mismos á su subsistencia. Llegada esta época, los hijos les invitan á un paseo á la playa y lo realizan á la hora de la bajamar. Ván hasta la orilla del agua, cantando y bailando, como yo ví, cavan dós hoyos en la arena ó uno, según el caso y

colocan al ser ó los seres que ván á desaparecer, enterrando los cuerpos hasta el cuello. Luego les acompañan hasta que empieza la pleamar y cuando ya las ólas barren la playa se retiran poco á poco cantando y recordando las buenas obras de aquellos que amaron.

—¡Pués amigo Smith,—dije yo,—bien hizo Vd. seguramente en no esperar la vejéz en playa tán inhospitalaria para los años!

—Mire quién, para caer en esas,—repuso el portuguéz.

Y como habíamos llegado á Puerto Hope y el viento huracanado comenzara á soplar en el canál levantando un oleaje que nosotros felizmente veíamos de lejos, echamos el ánela, dispuestos á esperar horas mejores en aquel refugio seguro, que Smith había saludado con tanto calor al apercibirlo en lontananza.

Dos albatros gigantescos pasaron en ese instante por sobre nuestras cabezas con rumbo al Súr y La Avutarda, que me los mostró en momentos en que describían una gran curva sobre las ólas encrespadas que venían á morir á la entrada del canál, me dijo:

—¡Ahí tienes, los chasques del viento!... ¡Ván avisando á los marinos que el contramaestre de cuarto debe echar su vistazo al velámen, si conoce su deber!... ¡Para el hombre de mar, el albatros es pájaro sagrado y no permitirá nunca que delante suyo se le haga un tiro ó se le ofenda de hecho!... ¡Fíjate qué lindos son y cómo siguen el compás de las ólas, balanceándose!

VII.

Arenillas

Fondeamos como á veinte brazas de la costa y resolvimos con Oscar ir á tierra á buscar algunos mariscos de esos que abundan en las pequeñas caletas arenosas ó tienen su habitación en los grandes socavones de las peñas que avanzan sobre el mar y que éste bate en las altas mareas:

—Vaya, traiga los rifles, mientras yo boto la chalupa... Aquí no es bueno bajar desarmado: los indios son muy canallas.

—¿Y habrá por aquí?

—Es seguro. Antes de la noche vendrán al cútter y ahí se quedarán dando vueltas, hasta que los echen: ya lo verá. Para despedirlos hay un medio fácil, una especie de ley que los que frecuentan estos canales han puesto en vigencia á fuerza de hacerles barbaridades: se dispara un tiro. En cuanto oyen el estampido,—que los écos del mar y la montaña prolongan indefinidamente y de un modo fantástico, mezclado al clamoreo áspero de las aves marinas—se alc-

jan aterrorizados. El procedimiento es ya cosa admitida: es como una especie de adiós fueguino.

Dós golpes de remo bastaron para que atracáramos á una pequeña ensenada—rincón delicioso, donde el artista no hubiera encontrado una nota que agregar á la naturaleza—protegida por el manto verdoso de las algas, cuyas hojas largas y flexibles revolvía el agua á su capricho.

Estábamos en la hora de la bajamar y las ólas dejaban al descubierto una ancha faja arenosa, extendida en suave pendiente, desde el pié de las peñas cortadas casi á pico, que formaban la costa y se presentaban cubiertas de líquenes caprichosos, de musgos con hojas como de seda y esmaltadas por millones de esos diminutos organismos marinos, que dada su estructura y colorido, más semejan despojos del joyél de alguna diosa de las aguas, que manifestaciones palpables de las fuerzas de la vida.

Sobre la piedra negra que formaba el cuerpo de los peñascos, resaltaban los surcos aquí rojos, allá verdosos y más lejos como jaspeados de colores indefinidos—que la paleta de los pintores no posée todavía—dejados á capricho por los chorros de agua que bajan de lo alto culebreando, —empeñados en su tarea demoledora y persistente—ó por el vaivén continuo del oleaje que parece traer diluídos topacios y esmeraldas.

—¿Vé?...—me dijo Oscar,—¡mira ahí, entre las algas!... ¿Qué vés?

—¡Qué hermoso!... ¿Qué es eso?

—Eso es una centolla, un cangrejo riquísimo que no se encuentra sino aquí en los canales, vagando entre el cachiyuyo. Fíjate bien: parece de lacre. Yo he visto centolla de éstas, que tenía medio metro y he visto también un calamar de dós, que tenía un pico duro y corvo igúal al de un loro. Son verdaderas maravillas de estos mares. Este can-

grejo, secado, es un barómetro seguro: cuando está el tiempo malo, se pone rojo, casi cárdeno, y á medida que el tiempo se asienta, el color pierde su intensidad, hasta quedar en un rosa-pálido, muy bonito.

Y tomando el bichero lo sumergió y pronto extrajo la centolla, que ignorante del fin que la esperaba, estiraba y recogía sus enormes patas, las cuales, según pude comprobarlo más tarde, eran un bocado delicioso.

—¿Vés esas algas?... Agarra una hoja cualquiera y tira: tienen á veces un largo increíble y no se cortan sin gran esfuerzo. Yo he visto, como á dós días de las Lucayas arriba de las Antillas, las puntas de estas algas sobre el agua y puedo asegurarte que la sonda no tocaba fondo y que era larga: algunos dicen que tienen hasta un kilómetro. Aquí, no son tán grandes por cierto, pero lo son más que la hoja de cualquier planta de tierra. ¡Y mira si vienen de lejos! ¡Comienzan en el Golfo de Méjico y se extienden por todo el Océano con rumbo á la América del Súr y á las tierras polares!

Oscar se detuvo derrepente en su operación de arrancar lapas y mejillones de las piedras de la costa—que estaban como empedradas—y exclamó mirando á lo lejos, hácia el fondo del puerto:

—¡Mira las avutardas cómo andan allá en las piedras!... También hay patos-vapores en la orilla.... No: á esos sí que no los debemos dejar ir; vamos á acercarnos costeando. ¡Los pichones de avutarda y esos patos, en la parrilla, son de chuparse los dedos!

Y por la playa nos dirigimos hácia el punto señalado, teniendo la felicidad de tomar una jóven avutarda—linda ave de color negro, muy cubierta de pluma y de gran vuelo—y dos patos-vapores.

Estos son peculiares de la región y deben su nombre al

aspecto que presentan cuando huyen en el agua, pués siendo de escasa plumazón, no pueden volar. Para impulsarse, se ayudan con un rápido aleteo, que semeja el movimiento de las ruedas laterales de un piróscafo y su cuerpo plomizo y rechoncho, coronado por el pico rojo, tiene algo de un cacso con su chimenea.

Al encaminarnos hácia la chalupa para regresar, tuve la suerte de hallar un curioso ejemplar de estrella marina, que Oscar me hizo notar, pués la que yo había visto hasta entónces era pequeña, de un rojo súcio, casi negro y con manchas más intensas que le daban un aspecto singular. Esta era grande, casi de una cuarta de diámetro, de color anaranjado y con pintas rojas:

—Esta estrella no es de aquí. Yo la he visto únicamente en el Mar de la India, donde tampoco es muy abundante. Dicen que en Ceylán su aparición coincide con la de las conchas de perlas y los pescadores le llaman, no sé porqué, «la madre del corál», esa madrépora admirable que fabrica bajo el agua palacios maravillosos.

Cuando llegamos al cútter, estaban al costado, pero sin atracar, dos canoas de indios alacalúf, que los de abordo, estudiadamente, se hacían como que no veían, explicándome en vóz baja que era estratéjia para sacarles á menor costo los cueros de nútria que tuvieran.

Los indios eran cuatro en una canoa y trés en otra y yo, por su aspecto, no pude deducir si eran hombres ó mujeres.

Altos, musculosos, de mirada dura y casi bravía, nos presentaban sus caras completamente lampiñas y nos miraban con sus ojos redondos, sin cejas ni pestañas y que tienen la más extraña expresión que puede imaginarse.

No veíamos su vestuario, pués se mantenían en sus canoas, acurrucados al lado del hornillo que llevaban al medio, arrebujados en una pequeña piél inmunda, ocupados exclu-

sivamente, al parecer, en asar mejillones, sin cuidarse para nada de nosotros.

Naturalmente, también nos jugaban estilo, á su modo, á los del cútter.

Derrepente los remeros, que mantenían las canoas en posición merced á una pala corta que manejaban con gran destreza, hablaron entre sí en un lenguaje guturál—formado por sonidos ásperos que tenían algo de chirrido de áves marinas ó de choque de agua sobre piedras—y un indio, poniéndose de pié en la canoa y mostrando la desproporción entre el tronco y las extremidades—pués no era alto sinó que lo parecía cuando estaba en cuclillas—preguntó en una mezcla de español y de inglés, si queríamos cambalachar cueros por guachacay—que es el aguardiente infame que los chilenos introducen en la región y merced al cuál han visto desaparecer en su territorio, silenciosamente, las razas primitivas.

Smith les declaró que no era comerciante y que no quería cueros.

—¿No lobo?... ¿No nútria?...—dijo otro que estaba sentado.

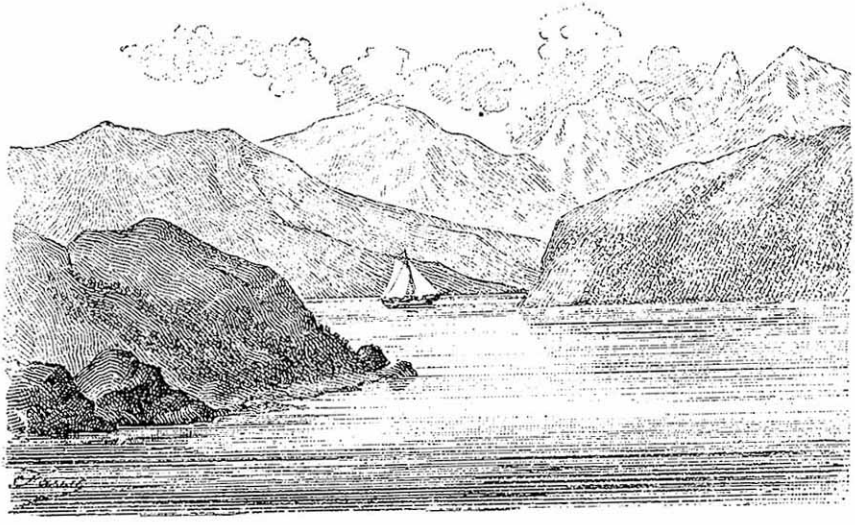
—No.

—¡Bueno!.... ¡Regalo!

Y el indio, poniéndose de pié, tiró al cútter un cuero de nútria perfectamente seco y arrollado en espirál, con la parte del pellejo para el lado de adentro.

Esta manifestación fué correspondida con una galleta.

Comenzó el negociado. Gracias á la habilidad de Smith y del portuguéz, que eran tratantes eximios, adquirimos á costa de un poco de té, galletitas y una botella de guachacay, amén de unas copas consumidas sobre el terreno, unas diéz pieles que llevaban escondidas y que sacaban recién cuando la tentación les vencía.



Terminada la operación por haberse agotado la mercancía en poder de los fueguinos, Smith les despidió con el adiós usuál: disparó su rewolver al aire. Las dós canoas, sin esperar más, bajaron hácia la costa y pronto las vimos atracar entre las malezas que bordeaban un arroyito que rumoroso caía al mar, allá en el fondo de la bahía.

VIII.

A flór de agua

La Avutarda había vivido algún tiempo en las misiones inglesas que desde hace treinta años desempeñan modestamente su tarea civilizadora en estas regiones—teniendo sus mártires—y conocía muchos detalles sobre la existencia del indio de los canales.

Esa noche, mientras hacíamos los honores á la buena cena que nos proporcionaron las áves y los mariscos, me los comunicó, instruyéndome en los misterios de la vida fueguina que, seguramente, no pasará á la historia con los mágicos colores con que han pasado la de Grecia y la de Roma.

El indio fueguino forma trés razas que tienen caracteres propios y que no se confunden: el Ona, que habita las llanuras que caen hácia el Atlántico; el yaghán, que vive sobre el Canál del Beagle y el alacalúf que puebla las tierras que vamos atravesando y que alcanzan hasta el Canál de Brecknock, que es para sus débiles embarcaciones una barrera infranqueable.

El yaghán y el alacalúf son indios de lenguaje y raza diferente, pero de costumbres muy semejantes.

Se alimentan de peces, mariscos y áves marinas y son navegantes: los primeros son tímidos, débiles y no forman, precisamente, tribu, pués viven diseminados; los segundos son fuertes, osados y tampoco se reunen en grupos, siendo de carácter guerrero.

Navegan en canoas de cuatro ó cinco métros de largo por uno de alto y otro de ancho—formadas con la cáscara del fágus ó falso roble, que es el árbol abundante de la región, conocido con el nombre vulgar de cóigüe, generalizado por los chilenos.

No tienen quilla y son muy agudas de popa y proa—forma que necesariamente les dá un plán ovoidál, el cuál les permite deslizarse sobre el agua con gran rapidéz y las dota de condiciones marineras muy recomendables, que ya las hubieran hecho adoptar como tipo de embarcación práctica, si no fuera por las dificultades que opone su manejo —casi invencibles para quién no se haya criado aprendiéndolo.

Raro, muy raro, es el extranjero que hasta hoy haya conseguido dominarlo: todos los que lo tientan, concluyen al fin por abandonar el aprendizaje cansados de luchar con su canoa, que al menor movimiento comienza á girar sobre sí misma sin avanzar una línea.

Entre los indios, son las mujeres quienes se encargan de él y lo hacen por médio de una ó de dós palas cortas, según los casos, improvisándoles también una vela cuando el viento lo permite y hay abordo un pedazo de tela ó un cuero de tamaño aparente.

Miéntras la mujer trabaja en la maniobra, los hombres ván sentados en la parte média, rodeando un hornillo, formado por una tierra especiál de la región, que parece una

arcilla y que también les sirve para tomar las junturas de las embarcaciones ó los pequeños rumbos que abre el uso.

Horas enteras se mantienen en esta posición, asando pequeños mariscos que comen en cantidades fabulosas y esperando tranquilos que les llegue una ocasión digna—que casi nunca les llega—de demostrar los bríos del sexo, de los cuales se sienten no sólo orgullosos sino celosos.

Entre los hombres fueguinos, la haraganería no es un vicio sinó una prerogativa, así como el trabajo y las privaciones son privilegio exclusivo de la mujer. La fueguina come después que su marido ha comido hasta saciarse, duerme cuando éste se lo permite, bebe cuando él la convida y se viste con los harapos que él ya no considera dignos de cubrir su importantísima humanidad.

Es por esto, quizás, que entre yaghanes y alacalufes, las modas no existen ni se conoce la coquetería femenina. El vestuario se usa para librarse del frío únicamente y á este resultado llega un hombre por médio de una vistosa pollera, como una mujer por médio de un mugriento pantalón de tela embreada,—de esa que sirve par envolver fardos—como uno que ví en Ushuwáia, vistiendo el cuerpo de una matrona yaghán y que en la parte más ancha y partiendo de un cuadril, ostentaba una inscripción que decía: *Frágil*, con grandes caracteres blancos.

Allí no se conocen nuestros convencionalismos sociales y el ser humano no obedece á otra ley que la de la imperiosa necesidad.

Los indiecitos parece que yá nacieran conociendo esta verdad y pronto se independizan del pecho materno—que no es muy constante tampoco—buscándose la vida en el fondo de la canoa donde nacieron y que es la casa de sus padres, abundante siempre en despojos útiles para sus estómagos poco exigentes.

La canoa—que es peculiar de la región y la única muestra de su ingenio que presentan los indios—fuera de sus armas y útiles, tallados en piedras ó en huesos de áves ó de peces—no es tampoco una obra maestra de labor ó de inteligencia.

El indio baja á tierra al llegar el verano y elige un fágus aparente para su objeto. Le hace una incisión circular en la parte inferior y ésta la liga con otra igual en la superior, por médio de un corte profundo y perpendicular: cuando venga el calor, la cáscara se desprenderá por sí sola y entonces el indio tendrá el cuerpo de su embarcación y también el materiál para fabricarse algunos baldes destinados á conservar el agua y para los usos ordinarios de su vida.

Recogida la cáscara, hará un corte en las extremidades para formar la popa y la proa, colocará en el interior unas cuantas costillas de madera que la mantendrán abierta y luego coserá los bordes con barbas de ballena, envolviéndolos en varejones cuyas puntas le servirán para reatar y asegurar en ellas las extremidades que dejó libres.

Con esta embarcación, una mujer para remera, un hornillo de tierra para el fuego, un balde, una canasta tejida con juncos, que crecen abundantes donde quiera que haya una pulgada de tierra y sus armas—consistentes en harpones, chuzas y cuchillos, de madera ó de hueso—el indio es dichoso y tiene su vida asegurada.

Todo lo demás que adquiera, fuera de esto, será lujo, riqueza, fortuna.

Para un indio, encontrar un vidrio ó un pedazo de hojalata que pueda afilar, es como para un cazador hallar un winchester, ó para un ciudadano cualquiera hacerse de un empleo que le asegure la entrada al restaurant todos los días.

—¡Pero es raro!... Estos indios que estuvieron hoy me parecían muy altos, cuando les ví sentados y luego, de pié, me parecieron bajos.

—Claro,—dijo Calamar:—hacen solo ejercicio con los brazos y el tronco, por lo cuál el busto se desarrolla bién. En cambio no les sucede lo mismo con las piernas que poco usan, estando siempre sentados en cuclillas.

—¿Y entre los que vinieron había mujeres?

—No había más que dós hombres: uno era ese que tiró el cuero y que estaba vestido con una jacquette color pasa, sin faldones y que en véz de pantalón tenía una pollerita de muchacha. El otro, era aquél que estaba envuelto en un pedazo de frazada—resto de algún cambalache como el que hicieron con nosotros.

—¿Y cómo conocen ustedes las mujeres, así, sin dato ninguno y viéndolas vestidas de hombre?

—Pero es muy fácil... Vea; tienen en primer lugar el pelo más largo que los hombres y más embarullado, porqué nunca se peinan y después... ¡el talle, mi amigo!... ¡Parece que no tuviera ojos!

Y no pude menos que admirar la buena vista del portuguéz, que llegaba hasta ver talle en una fueguina remadora, cubierta con una chapona de marinero.

—¿Y sabe cómo se cortan el pelo?... ¡Lo más comodo!... Agarran una costilla de ballena, la calientan y luego la pasean sobre el cráneo, sin tocar el cuero, á la altura que desean dejar el cabello. Para este tienen un solo corte: se hacen un cerquillo como los frailes y las cerdas les caen en flequillo sobre la frente, dándoles un aire ingénuo.

—Lo más particular que tienen estos indios,—agregó Smith,—es su conocimiento exacto del bueno ó mál tiempo. Yo no sé como hacen, pero miran el cielo que está claro,

despejado, expléndido y dicen que no salen á pescar porque pronto vá á haber tormenta, y no se equivocan jamás. Este es el secreto que tienen para no naufragar: no salen del puerto sinó seguros de que en todo el dia no habrá cambio.

—¿Y queda mucha indiada aquí en los canales?

—Aquí, no. El indio les huye á las embarcaciones loberas, que son las que andan más en este lado. Han peleado muchas veces y de ahí ha resultado que los muchachos les tomen rábia y cuando pueden les quiten hasta las mujeres. Por eso se han ido para aquél lado del Canál Smith: allí tienen más recursos y los misioneros ingleses los amparan.

Y ante mis ojos se presentó derrepente, de relieve, aquella horrible lucha del salvaje con la civilización que quiere atraerlo exterminándole, ó robándole su mujer y sus hijos y que todavía le acusa de bárbaro porqué no se somete.

IX.

Al páiro

Como esa madrugada comenzara á soplar una fresca brisa del oeste, el cútter abandonó Puerto Hope miéntras yo dormía. Cuando salí á cubierta encontré que ya estábamos lejos del seguro refugio.

El cielo plomizo, el mar cási obscuro, sin reflejos y la calma absoluta que reinaba, todo presagiaba la tempestad.

Los albatros con su gran vuelo pesado parecían como agitados y anhelantes: iban y venían describiendo círculos enormes, yá perdiéndose en las asperezas de la costa, que tenía un color cobrizo casi uniforme, yá deteniéndose como para hablar con los alciones, los petreles y las gaviotas, que revoloteaban en silencio describiendo grandes curvas, cuyo centro era nuestro barco, que iba con las velas recogidas por falta de viento y á remo, tratando de llegar á una caleta cási ignorada que Oscar y la Avutarda conocían.

Smith y Calamar, de pié, empuñando los largos remos que crugían en las chumaceras, apenas ganaban líneas sobre la corriente, que era impetuosa.

—Si sopla viento fuerte, muchacho,—me dijo Smith,—bajas á la camareta y cierras la escotilla: creo que vamos á te-

ner un mál momento; aquí las rachas no son como para esperarlas jugando!

En ese instante miré hácia el punto donde el día ántes había visto el Monte Sarmiento y no le ví más, ni tampoco los islotes verdegueantes que como una alfombra se tienden á su pié. Una espesa cortina de vapores se elevaba ahí, por delante de mi vista, muy cerca del cútter al parecer.

—La tormenta ha de estar léjos: no se oyen truenos ni hay relámpagos.

—Esas cosas no se vén por aquí, son de lujo—exclamó Calamar.—Aquí las tormentas son silenciosas como puñalada de pícaro. Jamás he oído un trueno ni visto un relámpago.

Una ráfaga de viento frío sopló sobre el canál, levantando la cresta de las ólas.

—¡Mál comienzo!—dijo entredientes La Avutarda...—¡La caleta está léjos todavía! ¡Fuerza á los puños!

—Armemos la vela y corramos el viento... nos volveremos á meter en Puerto Hope.

—¡No hombre!... Si ahí no más, á la vuelta de esa punta, está la caleta,—repuso Oscar.

En este instante vimos delante nuestro una canoa indígena, cuyo único tripulante no la podía manejar y que las ólas arrastraban á capricho.

—¡Ese loco se vá á estrellar ó vá á tener un sombrero raro en cuanto se descuide!—dijo la Avutarda.

Y no había concluido su frase, cuando un golpe de viento, que pasó silbando, alzó el agua como una neblina, empapándonos, y trajo hasta nuestro costado la frágil embarcación. Cuando iba á chocar, la arrebató con violencia y en álas del huracán la vimos pasar como una flecha, hácia popa.

Yo me había acurrucado cerca del palo, no léjos de Smith, y escuchaba, tiritando, el silbido del viento que azotaba con ruído siniestro las bozas de las velas y sacudia un cabo que caía desde la perilla, cuando sentí un grito y ví á La Avutarda que, arrebatado por una segunda racha, en momentos que se paraba para mirar la canoa, pasaba casi por sobre Oscar, que iba en el timón y caía al mar con un ruído que repercutió lúgubremente en mi oído.

Quise pararme para ver lo que sucedía y una tercera racha me azotó, acostándome sobre cubierta y dejándome como alelado.

Cuando me recobré, yá La Avutarda, que había conseguido tomar un cabo que Calamar le arrojó, trepaba por sobre la borda de babor.

—¡Diablo!...—dijo so nriendo:—¡un zambullón!... Cuidado cocinero; mira que si vuelas no vuelves: para eso hay que ser médio pájaro.

—¿No se ha hecho nada?

—¡No!... fué un bañito no más.

En ese momento doblamos una pequeña punta donde el mar rompía bramando y subía, blanco de espuma, casi hasta la cima del peñasco que la formaba, bajando luego hasta el pié para volver á subir de nuevo.

Oscar con mano firme y ojo sereno conducía la embarcación en silencio, mientras los remeros, abstraidos en su tarea, se inclinaban y se levantaban, mojados hasta los huesos como lo estábamos todos, yo sin haber hecho nada y La Avutarda después de su chapuzón.

Una hora estuvimos bregando con las ólas, que se arremolinaban sobre unas piedras negras que mostraban su calva superficie no léjos de la orilla y al fin enfilamos un pequeño canál que quedaba hácia la izquierda y al cuál el oleaje, quebrado en las rompientes de la entrada, llegaba apenas.

No bien estuvimos á cubierto del viento, echamos el ánela y Calamar poniéndose de pié exclamó, dirigiéndose á La Avutarda y estirándose para desentumirse:

—¡Cómo se te habrá aguado el róm que tenías guardado en la barriga!... ¿Qué lástima Avutarda, nó?

Y, mojados como estábamos, procedimos á desayunarnos con los restos de la cena y á calentarnos con un buen jarro de café con róm, que es el mejor enemigo del frío y de la humedad.

Smith, que había bajado á la camareta y consultado su relój de plata—semejante á una cabeza de cebolla y al cuál, según su propia declaración, hacía quince años le daba cuerda todos los días á las diéz de la noche, hora en que lo había adquirido—exclamó:

—¡Son las once!... ¡Hemos estado al remo la friolera de trés horas!... Vean que viento hay afuera. Sinó fuese por esta caleta... ¡hum!.... creo que á estas horas estábamos ya en Punta Arenas ó íbamos llegando!

—Y, ahora, conforme llueva, vá á limpiar, repuso Oscar. ¡Ya vá á caer el agua!... ¿Quién iba á creér con una mañana tán linda?... ¡Cuando el indio aquél que pasó, se dejó sorprender, cómo habrá sido la cosa!

Y como su anuncio comenzara á cumplirse, oyéndose el tamborileo de la lluvia sobre la cubierta, bajamos á la camareta y allí, acurrucados, oíamos el crujido del mar al romperse en los arrecifes que se cubrían de espuma y el estallido como cañonazos de las ólas que chocaban y que retumbaba con écos siniestros en las cavernas lejanas ó volaba en álas del viento rebotando de risco en risco y de ladera en ladera.

—Y sigue no más,—dije yo.

—¡No...! Ahora vá á clarear,—repitió Oscar.—¡Esto no es nada!

—Nada no,—replicó Calamar.—El viento ha sido de los buenos. Claro; no es como uno que nos aguantamos en Slóggett con La Viruela y Julián el Roto, hace dós años, pero ha sido bravo! ¡Verdad también que Slóggett no es este canuto infame!

—¿Entónces fué cuando resucitó el vasco Guillermo?

—Sí. ¡Qué cosa tremenda fué! Nosotros, por precaución, pués el mar estaba como hirviendo desde temprano, dejamos la playa y nos fuímos arriba del acantilado, á una casilla que habíamos armado en sociedad: éramos once. Estaba de gefe del campamento Ratón Gonzalez, aquél cuyano que el año pasado fué fusilado por los muchachos de Puerto Español, en Bahía Aguirre, por un robo que les hizo. Era un bandido.

—¡Oh! ¡Oh!—repuso Smith,—yá no tenía cabida en ninguna parte: no respetaba nada ni á nádie. A mí me contó el suceso, su compañero Dón Perico. Dice que los dós vivían juntos y trabajaban á médias un pozo que se les agotó; una noche Ratón Gonzalez volvió tarde y cuando vino traía como un kilo de oro y le dijo, mostrándoselo: «Vea compadre, mañana dejamos á estos roñosos y nos largamos por la costa.» No había concluído de hablar cuando llegaron cinco mineros y les rodearon abocándoles las carabinas. ¡Claro!.... Les prendieron y les quitaron el oro, que era robado. Decía Dón Perico que era una cosa bárbara! Esa noche les juzgaron y al otro día al amanecer, Ratón Gonzalez fué fusilado en la punta del arenál, en aquellas piedras coloradas que hay hácia la derecha de la barranca. Dón Perico fué desterrado del campamento y sólo, con su winchester y veinte tiros, tuvo que hacer la travesía hasta Slóggett: el viejo me dijo que en su vida había sufrido más; los piés se le habían desollado y sinó hubiera sido por unos indios pescadores se muere de hambre!

—¡Dígame,—dijo Calamar,—ese Dón Perico es un gallego viejo, que tiene una verruga en un ojo y es médio tartamudo?

—¡Eso es!

—¡Buena ficha!... Ese estaba también en Slóggett cuando el asunto de Guillermo, que les iba contando: El viento comenzó á soplar de una manera tremenda y nunca he visto una mar más brava; las ólas cási llegaban arriba de la barranca y barrían la costa con una fuerza infernál, haciendo chicotear la cortina de raíces de árbol que, como saben, cae de arriba, chorreando el agua de las filtraciones. Derrepente, vímos, un poco ántes de cerrar la noche, que una chalupa se desprendia del costado de una goletita como de veinte toneladas que estaba anclada en la costa y que se dejaba venir. Nosotros nos dimos cuenta: el barco estaría mál y los hombres le abandonaban. Mál consejero es el miedo, ¿eh?... ¡Bueno!... Al otro día, cuando aclaró, la goletita, que había sido arrastrada por el mar, estaba encallada como á dós cuadras tierra adentro, habiendo subido la barranca que tiene como quince métros en ese punto. Solamente uno de los tripulantes se había salvado; era el vasco Guillermo. Dice que cuando vió mál el buque y que el viento no amainaba, comenzó á beber róm y que recuerda haberse caído cerca de popa, sobre una vela. Después no supo nada más. Los compañeros, seguramente, le abandonaron no pudiéndole llevar en la chalupa y eso le salvó, pués ellos, con los restos de la embarcación, estaban acostados para siempre sobre aquel arenál que hay ántes de llegar á la boca del cañadón! ¡Esa sí que fué tormenta!

—¿Qué carga la del vasco, eh? dijo La Avutarda... Yo siempre he creído que los borrachos tienen un Diós que nunca les olvida ni se duerme!

—¡Vé,—exclamó Oscar, ya paró el agua!... Ahora vá á aclarar!



X.

Murmullos y centelleos

Con los primeros rayos del sól, levamos el ancla en la madrugada siguiente y abandonamos la caleta hospitalaria, recibiendo, al salir al canál, un vientito fresco que infló nuestras velas y parecía empujarnos cariñosamente hácia adelante.

Por todas partes donde uno tendía la vista, veía las huellas de la tempestad: yá eran los montones de espuma blanca pegados contra las rocas de la costa á altura considerable, yá las fajas negruscas de la resaca formada por los desgastes que el agua recoge en su largo trayecto y vá sembrando poco á poco sobre las pequeñas playas escondidas ó yá los pelotones de álgas arrancadas por las corrientes y que vagan al capricho de las ólas, siguiendo su ritmo.

Oscar, que iba sentado cerca de la borda, metió derrepente la mano en el agua y extrajo unas hojas que boyaban.

—Vea qué álgas bonitas! Cada hoja parece de seda Son como de goma y las hay blancas, amarillas, rojas como

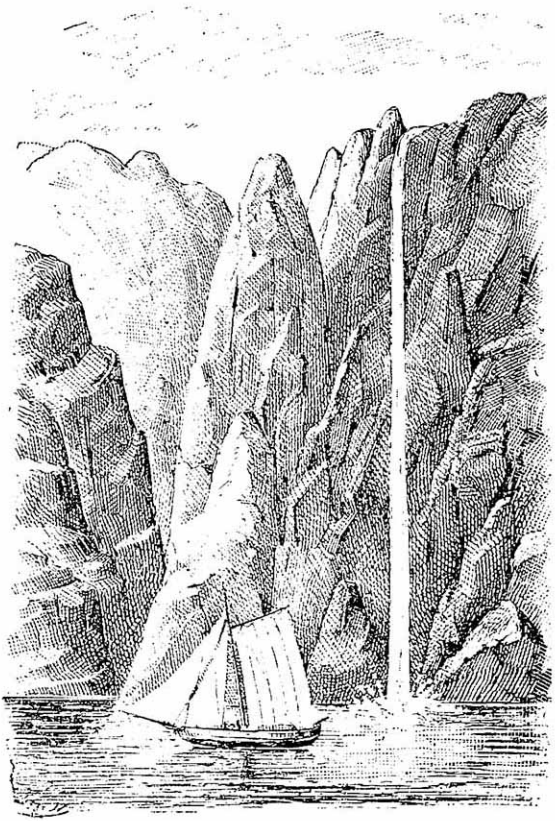
sangre, rosadas... Pegadas sobre papél, presentan, después de secas, las figuras más caprichosas: unas veces son arbolitos enanos; otras, ramitas muertas de esas que arrastra el viento ó armazones de peces raros. Cuando vinimos de las Tierras de Graham con el capitán Lársen, en 1892, trajimos una colección formada por el médico de abordo, que tenía cincuenta y trés clases diferentes.

—¿Anduvo Vd. en esa expedición?

—Yo me contraté en Malvinas. Fué un viaje lindo y lo realizamos en un invierno y parte de un verano. ¡Tierra rara, amigo! No hay un árbol ni un pastito. El verano que allí se conoce, es como el invierno más frío que Vd. se puede soñar; hubo días en que se nos heló el aguardiente, ¡figúrese! No hay casi día durante seis meses y falta noche durante otros seis, pues las auroras australes—que es la claridad del sól reflejándose en las llanuras de hielo, según dicen—iluminan el horizonte cási siempre y alumbran con una lúz pálida y azulada, semejante á la de la luna cuando está velada por las nubes. ¡Y si viera, sin embargo, como andan los pengüines, las avutardas, los sháags y todos los pájaros de aquí! Como nunca han visto hombres, se dejan agarrar sin miedo. También vímos una véz un zorro blanco, pero ese se nos ganó en un socavón y no le pudimos sacar: después nunca vímos más animales. Otros marineros contaron que en expediciones anteriores vieron osos, pero yo no ví nunca ni sus huellas.

—¿Y las costas cómo son?

—¡Qué sé yo!... Allí no se vé sinó hielo. Se conoce donde es tierra firme, porqué en la baja marea quedan descubiertas las piedras de abajo, casi siempre coloradas y porqué los témpanos son chiquitos y muchos, debido á que los quiebran los golpes del mar. El capitán trajo muchas muestras de piedras y también lava de un volcán apagado que en-



contramos muy adentro. En una hondonada, cerca de éste, hallamos algunos musgos y liquenes de un color amarilloso y en la orilla del mar, á una altura de más de mil doscientos piés, recogimos pedazos de madera petrificada.

El capitán Lársen, que era hombre curioso, trajo de todo, hasta pedazos de una como lama verde que dá una pequeña flór colorada y que decía el médico que era el pasto del polo austrál. En Buenos Aires ha de haber muestras en algún museo, pues el capitán le regaló una colección al gobernador de Tierra del Fuego.

—¿Y qué andaban haciendo Vds. por allá?... ¡Paseando no ha de haber sido!

—No. Anduvimos cazando lobos que hay en enjambres y pescando ballenas. Hicimos un acopio bárbaro. El contramaestre Blacker, me dijo que el cargamento que venía—aceite, barbas, cueros y ámbar gris, sacada del hígado de los cachalotes—valía más de cien mil pesos oro.

En ese momento alcé la vista y miré hácia proa.

Pasarán los años y jamás veré espectáculo semejante al que se presentó ante mis ojos: no hay fuente luminosa, no hay arco-iris, no hay sueño de la imaginación más exaltada, que pueda compararse con aquella realidad que presentan las costas abruptas al derramar sobre el mar cascadas de topacios, de esmeraldas y de rubíes. Se hace uno la ilusión de verlas brotar de sus entrañas, que relumbran como si fueran de nácar.

Arriba, allá atrás, alzando sólo su cabeza nevada, se levanta el Monte Sarmiento con sus trés picos desiguales y blancos, que desprende hácia el mar verdaderas llanuras de hielo, á las que el ojo no les vé fin, pués se confunden sus límites con las brumas que velan la cima de las montañas lejanas, esfumándose en lontananza. Abajo, se vén diseminados los islotes que forman el Laberinto y que pa-

recen ser los restos de algún otro monte enorme que se desmoronara y cuyas ruinas y escombros el mar fuera impotente para cubrir.

Aquí se alza una punta que parece un dedo; allá corre una sucesión de largas piedras negras que al querer desviar las corrientes éstas baten como un martillo coronándolas de espuma y que figuran las vértebras dorsales de un esqueleto gigante; más allá, asoma una cabellera enmarañada y canosa, formada por una gran piedra brillante en que las ólas se estrellan con fúria desmenuzándose y más léjos un brazo amenazador, levantando una enorme maza, emerge de entre un hacinamiento de islotes pequeños y parece querer cerrar el paso á las corrientes. El oleaje, revolviéndose impetuoso, lo embiste, saltando por sobre él y formando una especie de cascada, cuyas aguas, al salvar la barrera, se alejan con ruído estruendoso semejando yá una carcajada burlona, yá un grito de triunfo cuyos écos se confunden poco á poco con el siniestro murmullo de las rompientes ó el estridente chirrido de las áves marinas que buscan su alimento entre las tajaduras de los escollos ó entre las peñas varioladas que el agua ataca imperturbable con su acción lenta y corrosiva.

Sobre el canál, cuya superficie es apenas risada por la mar de leva, yerguen sus paredes cortadas á pico los glaciéres que vienen del interior y semejan ríos helados que bajando de los flancos de la montaña, nivelan los abismos y las cimas, tendiendo una sábana de colores variados desde la cumbre del monte enhiesto.

Aquí una tajadura presenta una esmeralda colosál de una altura de treinta ó cuarenta métros, que sobre su verde intenso muestra el esmalte rojo de una ladera moteada de incrustaciones violetas ó azules; allí, un picacho que parece tallado en facetas brillantes, descompone la lúz en

mil haces de colores distintos; más allá los arco-iris que, como una diadema, envuelven la cumbre del alto cono, se reflejan sobre la masa blanca de un blóc gigante de una veintena de varas de espesor y lo tiñen con reflejos de aurora ó iluminan con fulgores cárdenos los rebordes salientes, ofreciendo paisajes fantásticos, alumbrados con luces azufradas que tienen reminiscencias de relámpagos.

Y poco á poco la bruma que comenzaba á levantarse, fué nublando la lúz del sól y pronto el vistoso panorama desapareció de mi vista, como cubierto por aquel telón plomizo que de véz en cuando la brisa desgarraba, haciéndolo flotar yá sobre la cumbre de los cerros, yá sobre sus laderas ásperas é inaccesibles.

—Lindas vistas, ¿éh?—exclamó Smith.—Lástima que no duran hasta más de las diéz: en cuanto se levanta la brisa se velan con las brumas. Este monte es huraño y celoso como una novia y, según dicen los indios, cuando uno lo mira se esconde.

XI.

Silforama

Las bordadas nos llevaban yá á la derecha del canál, yá á la izquierda, pero nos permitían aprovechar el fresco vientito reinante, que, según declaración de Smith, era el peor que podríamos tener cuando saliéramos á Brecknock, cuyo nombre no mentaba sin visible temor y sin hacer la mueca peculiar que acompañaba á cualquiera preocupación de su ánimo, aquella especie de sonrisa forzada que le llevaba hasta la nuca las extremidades de la boca.

Doblamos el cabo Turn y contemplamos Las Pirámides—trés cerros gemelos que se reflejan sobre el mar y parecen ser los guardianes del canál Cockburn el cuál abre su ancha boca casi sobre el océano que truena á lo léjos, batiendo desesperado aquella costa americana como triturada por el martilleo incesante de las ólas.

Aún llevaba en la retina la imágen de los montes que acabábamos de contemplar y que retratan en las aguas límpidas del canál sus siluetas coloreadas, tiñéndolas con su lúz maravillosa, cuando Oscar dijo—señalándome una isla que se alzaba ante nosotros como cerrándonos el paso y que mostraba sobre su superficie rugosa, yá paredes á

pico donde veíamos sobre el gris uniforme de las rocas pizarreñas, el ziz-zag blanquisco de las vetas cuarzosas, yá las hendiduras azuladas, formadas por el embate contínuo contra la áspera muralla de granito rojo, yá los picos atrevidos del interior, amontonados en confusión caótica y que parecían bregar desesperados por mirar al mar, empinándose los unos sobre los otros:

—Esa es la isla King y esos otros islotes que se vén más léjos, Fitz Roy. Vea qué capricho el del ilustre marino que trabajó más en estos mares, ¿eh?... Dió el nombre de su segundo y el suyo, á los peñascos más insignificantes...! Dicen que fué en recuerdo del naufragio de un bote en que andaban haciendo sondajes y que se les estrelló; el hecho es que lo bautizó así y que son los únicos recuerdos que hay en la región, de tan insignes navegantes.... Ese capitán era un tipo originál: se mató en Inglaterra á consecuencia de haberse equivocado por una hora en la predicción de un ciclón.... Haber bordeado tanto la vida, como él, para venir á embicar de ese modo, ¿eh?

Poco á poco seguimos avanzando y derrepente al trasponer unos islotes y roquerías, el aspecto de la naturaleza cambió por completo. A los cerros cubiertos de vegetación, á los glaciéres imponentes que bajan hácia el mar como ríos de hielo, á los montes que se presentan vestidos perpetuamente con su manto de nieve, sucedieron las rocas negruscas, áridas, como calcinadas, en que el viento del sudoeste no permite ni á los musgos desarrollar su vida sóbria y misteriosa.

Aquello es la verdadera imágen de la desolación y á la verdad que los viajeros que han conocido la región fueguina por esa muestra, han tenido razón para describir con colores sombríos la parte súr del continente.

No es posible imaginar nada más desierto ni nada más

árido: las rocas rojizas, que parecen mostrar aún en su superficie las huellas de las revoluciones geológicas que han atravesado, no sirven de refugio á un ave, ni de asidero á un vegetál.

El viento salino del Océano reina omnipotente y arrastra sobre sus álas todo lo que puede contener un gérmen de vida: las rocas peladas, relumbran como bruñidas por el viento que las barre.

Franqueado el canál Cockburn y abierto ante nosotros el de Brecknock, mi espíritu se sobrecogió de espanto: recién el mar con su vóz tonante habló á mi oído y se presentó á mi vista revestido de toda su grandeza imponente.

Las ólas enormes, empujadas por el sudoeste, que reinaba furioso, venian á azotar los islotes de la entrada que parecen ser partículas del continente desprendidas por el oleaje incesante.

Se elevan como montañas y chocando con otras, formadas por las corrientes encontradas, se alzan, después de un estallido, en verdaderas columnas de espuma blanca, sobre el flanco de un peñasco abrupto que poco á poco carcomen, ó sóbre una roqueria caprichosa que yá asoma su cabeza deforme ó yá la oculta, semejando á un gigante médio sumergido que se complaciera jugando á las escondidas, mecido por el viento que silba á través de las ondas como impaciente por alcanzar la costa desolada.

—¡Yo no he visto jamás,—dijo La Avutarda,—un lugar más triste ni más miserable que éste! ¡Dá miedo, amigo, mirar á los costados!... Fijate, muchacho: no se vé ni un árbol, ni un pasto A veces, en alguna hondonada, suele arraigar un arbolito y los gajos que nacen para el lado del sudoeste se doblan sobre el tronco y corren en favor de él: por eso es que parecen hombres mancos; la ramazón la tienen solamente de un lado.

—Y los indios, ¿cómo viven?... ¡No ha de ser tan desolada la costa!

—¿Los indios? ¡No hay ni uno!... Aquí, cuando más podrás encontrar algún náufrago ó algún desgraciado abandonado entre las piedras: nada más. Te dará una idea aproximada de este desierto, pensar que en él no hay ni arañas. Yo anduve una véz trés días con un compañero y no encontramos ninguna clase de bichos: hasta los mariscos parecen huir de las playas, porque són escasos... Saca uno los montones de algas ó recoge las que ha tirado el mar y que, como están secas es la única leña que se halla y entre ellas no se encuentran ni siquiera caracoles.

—Sepa,—interrumpió Smith,—que el mar aquí, no tiene desde Polinesia, ni un islote que lo ataje. Se viene sobre esta boca de Brecknock ó sobre la del Estrecho, que está más arriba, sin hallar un sólo obstáculo que aminore su empuje. En ninguna parte del mundo hay un oleaje más bárbaro... ni en el Mar Argentino que es el que baña esa costa de Slóggett donde vamos á bajar, si el cútter no se nos estrella por aquí... Salvado este maldito paso, lo demás es como marchar con viento en popa.

Trés días estuvimos luchando con el viento y con las ólas para aproximarnos á algún punto de la costa que nos permitiera atravesar el canál frente al océano inmenso; todo fué inútil.

El sudoeste estaba como conchavado, según la expresión de Calamar, que conocía aquellos vericuetos mejor quizás que los del cútter que montaba.

Bordeando, aquí para refugiarnos detrás de un islote de contornos garapiñados, semejante á un chicharrón, dejándonos ir de bolina más allá, para tomar una caleta resguardada ó corriendo un largo para alcanzar á alguna ensenada sombría, como excavada en la roca viva—conseguimos, al fin, guarecernos detrás de una punta atrevida que

se internaba en el mar y sobre cuya extremidad las ólas, impulsadas por el viento y la corriente encontrada, formaban un remolino rugiente.

Allá, léjos, tronaba el mar bravío y yo con Smith y La Avutarda determinamos irlo á vér en su siniestra belleza, desde la ladera de un cerro que se alzaba hácia el centro y en cuya cara opuesta al mar, llevaban una vida de lucha constante algunos pequeños arbustos, cuyo tronco rugoso indicaba bien á las claras que, aunque enanos, pertenecían por su tenacidad á raza de gigantes.

Todos presentaban el mismo carácter: las ramas se desarrollaban, bajo el castigo del rasante sudoeste en la cara opuesta á éste y noté algunos cuya copa en véz de ser redonda, formaba un ángulo recto con el tronco.

Desembarcamos en un breñál áspero, casi cortado á pico y ayudándonos con las manos y los piés, alcanzamos á una pequeña meseta que barría el vendabál y que parecía bruñida:

—¡Vea, qué plumero el del sudoeste!... Se podría desafiar á la patrona más puntillosa á que encontrara aquí un grano de polvo, ¿eh?...

Efectivamente. Las piedras mostraban su esqueleto descarnado en la más horrible desnudéz.

El ojo podía recrearse estudiando las líneas, trazadas como con regla, que formaban las aristas de los peñascos—semejando obeliscos, columnas tronchadas, pirámides caprichosas, minaretes, torres de castillos fantásticos—podía seguir las vetas claras del cuarzo ó de la mica brillante y escamosa, que se entrecruzaban sobre el granito rojizo, formando arabescos y geroglíficos indescifrables; pero no hallaría un reborde débil, un corte sutil que diera idea de delicadeza: la superficie pulimentada, era la expresión genuina de la fuerza soberana, del vigor acentuado, de lo claro, de lo neto.

Allí, no era la mano de Diós la que había modelado, deleitándose con las resultantes de la armonía, sinó el brazo poderoso de Plutón, complacido en el desórden y en el contraste chocante.

Llegamos al cerro que anhelábamos, después de una brega fatigosa de que nuestras ropas y calzados conservaban muestras tangibles.

Con las manos y las rodillas ensangrentadas á fuerza de agarrarnos á las piedras ásperas—yá para no despeñarnos á un hoyo profundo, como tajado al pié de un picacho escarpado, yá para defendernos del ímpetu del viento que batia furioso y parecía querer arrebatarnos para agregar con nuestros ayes quejumbrosos, al estrellarnos contra algún acantilado, nuevas notas á la música monótona de sus silbidos estridentes—nos sentamos en un reborde y tendimos la vista sobre el Océano que tronaba y mujía, lanzando espumarajos de rábia impotente, al estrellarse contra la costa fragosa que podia carcomer lentamente, pero no arrollar, como parecía desearlo.

A un lado, allá, entre brumas azuladas, se veía la costa de la península de Brecknock, alta, tajada sobre el mar como enorme muralla, recortada aquí, dentada allí, pero no mostrando líneas definidas en parte alguna y semejando un gran gusano peludo, replegado sobre sí mismo, que presentara al mar su superficie rugosa y achicharrada; más acá, las roquerías negras, batidas por las ólas con estrépito, paradero de los petreles y de los alciones que las recorren en silencio; y, abajo nuestro, hácia la derecha, un enjambre de islotes blancos de espuma, que parecen fragmentos del continente arrancados por el viento que silba y arrojados sobre el mar encrespado que descarga intermitente sobre la costa, la artillería de su oleaje incansable.

—¡Qué cosa bárbara!

—Esto no es nada,—repuso Smith.—¡Si viera la entrada del Estrecho, allá en la Isla de los Evangelistas, frente al Cabo Pilar!... ¡Aquello es tremendo! Figúrese el oleaje rompiendo contra un cono acantilado, que se alza á cincuenta métros sobre el mar, que allí no dá fondo ni tiene valla que lo ataje y que alcanza cási hasta la cumbre, á poco que el viento le ayude. Le aseguro que es terrible y que el único punto que puede comparársele, es el Cabo Pilar, que queda en frente, una punta aguda que forma la entrada del Estrecho. Azota el mar con tanta fúria y la corriente es tán grande, que á veces las ballenas, cuyo empuje en el agua puede imaginarse, son arrebatadas y estrelladas contra la costa, encontrándose luego sus cadáveres boyando y blanqueando de gaviotas y gaviotines, que se entregan, en médio de gritos alegres, á banquete interminable.

—¿Y qué hay en esa isla de los Evangelistas?... ¿Hay población?

—¡No!... ¡Qué vá á haber!... ¡Si es un peñón que se levanta aislado: es un faro chileno que marca la entrada del Estrecho. Viniendo, hay que dejarlo á la derecha, pués sinó vá á dar uno contra las rompientes de la costa: allí las roquerías salen muy afuera y el sudoeste arrasa como aquí. Este maldito viento es el azote del Estrecho y de toda la parte austrál, sobre el Pacífico... Para contrarrestarlo hay que bajar cási hasta las tierras polares, como doscientas millas al súr y tomar allí, recién, los vientos contrarios.

—Me dijo véz pasada mi compadre Dón Queco, interrumpió La Avutarda, que la vida en Evangelistas es un martirio atroz: él estuvo de torrero y dice que cási se enloqueció y eso que no es hombre delicado, como lo sabemos.

—¡Yá lo creo!... ¿Dón Queco es aquel italiano flaco, que

estuvo véz pasada abandonado en las roquerías del Cabo de Hornos y que recogieron Vds. cuando la expedición aquella, célebre, del cútter «Froward»?

—¡El mismo!... Ese se conchavó de torrero para Evangelistas y estuvo un turno de seis meses, ganándose 600 pesos; pués, con todo, no quiso volver más. ¡Cómo sería la cosa! El que vá una véz, no se reengancha ni á palos. Dicen que el ruído del mar es tán grande, que los hombres se quedan sordos para siempre algunas veces y otras por trés ó cuatro meses. El vapor «Yañez»—ese que vímos fondeado en Punta Arenas—atiende al servicio exclusivo del faro, que el gobierno chileno cuida de un modo especiál. Cada trés meses vá con víveres y correspondencia, se mete en una de esas caletas de la costa y espera un día de poco viento y de mar tranquila—como puede serlo allí, por supuesto. Se acerca y los del faro dejan caer una jáula de madera—que se maneja con un guinche. En ella viene todo lo que quieren mandar á tierra y los del vapor la cargan con lo que llevan. Tienen que andar listos, así mismo, porque no es juguete estarse allí sobre las máquinas. Después de esto, yá no vuelve á saberse nada de los del faro ni estos vén gente, hasta el otro viaje, en que ván en la jáula, junto con las provisiones, los trés hombres que relevarán á los que han estado desterrados médio año. El relevo lo hacen por mitád. La construcción de ese faro, honra á Chile y es una muestra de su civilización, pués no sirve tanto á sus intereses como á los de la humanidad entera.

—¿Y la lúz del faro se vé de léjos?

—Cási á veinticinco millas. Decía mi compadre Dón Queco, que los albatros, las gaviotas, los alciones, los petreles y todos los pájaros del mar, se ván de noche en bandadas sobre el foco y que cási no pasa ninguna en que dós ó trés no se rompan la cabeza contra la lente, que es su

proveedora de carne fresca, pués estando á tanta altura no pueden pescar ni obtener mariscos. A su cárcel, cuando más, les llega la espuma del mar que al romperse contra el peñón, en las horas de tormenta, suele salpicarles...! La construcción costó muchos miles, según dicen. ¡Figúrense lo que habrá sido el transporte de los materiales, cuando todavía no estaba armado el guinche!

—¡Amigo...! ¿Sabe que la vida allí ha de ser peor que morirse?

—¡Demonio...! ¿No le he dicho que los hombres de los faros se suelen enloquecer de aburridos...? ¡A estos los cuidan mucho, pero así mismo...!

—Yá lo creo,—dijo Smith.—A mí me contó una véz un torrero del faro que hay á la entrada del Golfo de Skager-Rack, en las costas de Noruega, que allí se habían suicidado, tirándose al mar, cuatro de los cinco torreros que le habían precedido en el empleo.

El sól brilló en ese momento y el océano embravecido lució ante mis ojos su manto inimitable, dejándome encantado con su visión fantástica.

Los rayos, oblícuos, alumbraban por detrás las montañas de agua, que se precipitaban hácia la costa y yá se las veía azules como turquesas, verdes como esmeraldas ó multicolores, pero siempre festoneadas de espuma que parecía formada de topacios y que se destacaba más brillante cuando alguna nube pasaba sobre el sól, obscureciéndole momentáneamente, pués entónces las ólas eran como de azabache y más allá jaspeadas ó cobrizas.

Y los arco-iris, cómo desplegaban sus galas profusamente!

Donde quiera que una óla saltaba hecha pedazos, donde quiera que una rompiente arremolinaba el oleaje movedizo, el ojo descubría la brillante corona, reflejándose yá sobre un peñón obscuro ó yá titilando sobre las ondas bravías.

XII.

Al largo

Regresamos á bordo al caer la tarde y después de hacer los honores á una sopa de meros que había pescado Calamar en una pequeña ensenada tranquila y en cuya preparación se había excedido, previendo el hambre que traeríamos á cuestas, nos tendimos á dormir y estóy seguro que ninguno de los trés excursionistas tuvimos esa noche un minuto de desperdicio.

Al tomar el café, en la mañana siguiente, dijo Smith:

—Si esto sigue como vá, no pasamos Brecknock ni en quince días. El viento está clavado!

—No hay más que esperar,—repuso La Avutarda...—el mál no tiene remedio.

—Eso no,—replicó Oscar lentamente.—A mí me han hablado de un paso que hay por ahí arriba, por Puerto Villarino y que vá á caer al médio cási de la Bahía Desolación, en el otro lado... podríamos buscarlo!... Entre estar metidos en esta caleta sin hacer nada y hacer algo, hay alguna diferencia.

—¡Hombre! A mí me habló una véz de ese paso,—dijo Smith,—aquel austriaco dueño del «Madgiar», el capitán Samuél. Estabamos entónces á bordo de un brick inglés que iba con lanas de Malvinas para Inglaterra y recordando de estas costas, me contó que él, cada véz que quería pasar al Canál del Beagle, nunca daba la vuelta, sinó que se metía por ese canalito y salía al fondo mismo de la Bahía Desolación, frente á la isla aquella donde Kásimerich tiene su harém indígena.

—Vamos á buscarlo, entónces,—exclamó Calamar.—De aquí nos salimos con la trinquetilla, recostándonos un poco á los islotes para dispararle á la mar de popa y prontito no más estamos allá.

—Es que yo no me acuerdo como es la caleta de entrada de que me habló Samuél y no vamos á andar voltegeando á riesgo de dar una cabezada....

—Yo,—dijo Oscar,—lo único que sé es que se trata de una caleta chica que queda atrás de un islote grande: es lo que hé oído decir.

Momentos después salimos de nuestro refugio é impulsados por el sudoeste y la corriente, volabamos sobre las ondas, como tragándonos el espacio.

Smith, que iba en el timón, llevaba la vista fija en los escollos y en las rompientes, evitando prudentemente toda maniobra que implicara un riesgo y al caer la tarde echamos el ancla frente á una caleta que, estrechándose hácia el interior, presentaba la boca como tapada por un islote que durante la baja mar quedaba casi arrimado á la costa, pero que en caso contrario era independiente.

Lo recorrimos cási en toda su extensión esa tarde y tuvimos ocasión de hallar entre las tajaduras de sus costas, verdaderos bancos de mejillones, que esa noche comimos á uso indígena: les echabamos entre el rescoldo y cuando sus

valbas negruzcas se abrían, era señal de que el manjar estaba á punto y entonces, con un grano de sál y otro de pimienta, le saboreabamos con gusto triturando á veces las perlitas de variados colores que contienen.

—Estas perlas no son como las de Ceylán,—dijo Smith,—pero són buenas. He visto algunas del tamaño de un grano de maíz y las hay negras, blancas y rosadas. En Buenos Aires se han hecho alhajas con ellas, según me han dicho.

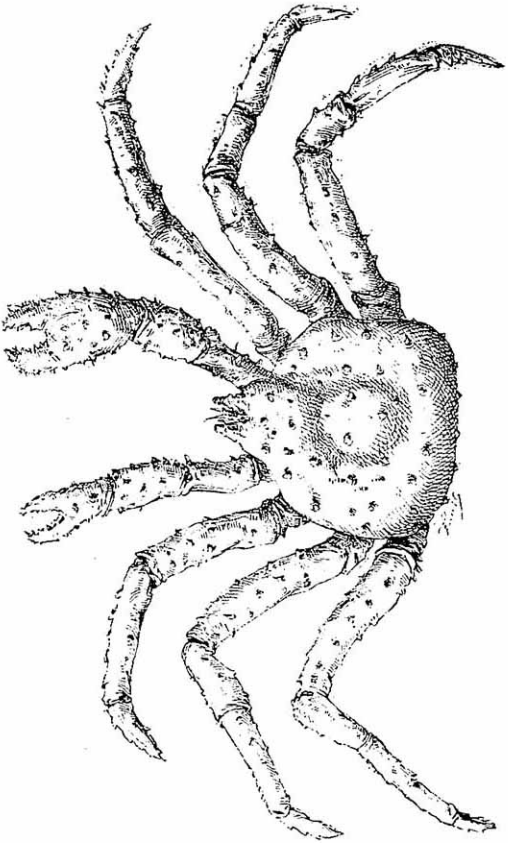
—Este marisco será algún día la fortuna de esta comarca,—declaró Oscar.—Abunda de un modo tál y es tán fácil su recolección que desalojará á las ostras. Y mire que se reproduce, ¿eh?... Los indios y los pájaros le hacen una guerra sin cuartél y la merma no se nota.

—Y eso que los indios son estómagos....—replicó La Avutarda.

—¡Vaya!.... ¡A fé de Calamar, creo que primero se vería volar una ballena ántes que un indio se declare hartado!

—En los paraderos indígenas de la costa, se conoce donde ha estado el wigwam, como le dicen al toldo, por los montones de valbas que quedan. Yo he visto en un mismo lugar trés montones de más de cuatro metros de circunferencia; parecían una cerrillada.

—Y yo,—dijo Smith,—con ese Samuél que me enseñó la caleta que buscamos, corríamos una véz la costa de Darwin —cuando todavía Slógget no se conocía y recién se empezaba á hablar del oro fueguino—y al pasar cerca de un islote que sólo se vé en bajamar, notamos que una india nos llamaba desesperada. Atracamos y la alzamos, pidiéndonos entonces por señas, que la pasáramos á la costa y en cuanto fondeamos, se fué. Al otro día, al amanecer, volvió abordo con cinco indios que nos traían cueros y nos contaron que unos lectores les habían quitado esa muchacha y



la habían llevado, dejándola después abandonada en el islote, expuesta á una muerte segura.

—¡Qué bárbaros!

—¡Si aquí suele andar una canalla terrible!—dijo La Avutarda.—¡Así acaba también!

—Los indios nos llevaron á su campamento para obsequiarnos con collares de caracolitos vistosos, de huesitos de ave y con muestras de sus canoas y útiles de pesca, hechos en pequeño y que són, como los cueros, su base de comercio. Allí ví unos diez montones de valbas, enormes. Les pregunté cuantos eran los que vivían en el wigwam y si hacía mucho que estaban acampados: me contestaron que eran nueve y que estaban allí desde el otro verano, es decir, un año poco más ó ménos... Según mi cálculo y según las valbas, se habrían comido más de dos toneladas y media de mejillones por cabeza.

—¡Qué brutos!... A estos no les igualan ni los negros del Gabón, en la costa de Africa,—repuso Calamar.—En las colonias portuguesas que hay allí y en Angola, se cuentan horrores de la voracidad de esa gente. Dicen que un negro sólo, es general que se almuerce un antílope, que es una especie de ciervo como el huemúl de los chilenos: es decir un ternero de año.

—Dígame—interrumpió Oscar,—ahora que habla del huemúl, ¿existe ese animal ó es una creación de los chilenos para adornar su escudo?

—¿Cómo no vá á existir?... Cuando anduve con el inglés Greenwood en las puntas de Santa Crúz, cerca de la cordillera, cazamos uno... Greenwood me dijo que era huemúl, á lo ménos.

—¿Y cómo era?

—Es un animal como el guanaco, pero más fornido... médio tirando á ciervo por el pelo y la alzada. Los cuernos

no són pelados sinó en la punta y hasta la mitad los cubre un pelito fino. Tienen la cara larga y la frente angosta y eso les dá una expresión de inocencia ó de tontera, marcadísima. Mi compañero, que Vd. conoció, era hombre campero y muy entendido en todas estas cosas de Patagonia y él me decía que los indios tehuelches tenían al huemúl por un animál que se había caido de la luna y afirmaban que es tán escaso porqué las hembras no tenían sinó un hijo en toda su vida y eso en un año en que hubiera dós eclipses, uno de sól y otro de luna. Me aseguraba también que no había conocido indio que hubiera visto nunca un huemúl chico.

—Eso no es extraño,—exclamó Smith. Yo conozco muchísima gente que asegura que no hay nádie que haya visto un burro, muerto de enfermedad ó de viejo. Dán á entender con eso, que los tales animales no se mueren por un resfrio... ó que se marchan del mundo de un modo misterioso y sin despedirse... ¡Y yo, á la verdad, jamás he visto ninguno!

—Hombre raro era el inglés Greenwood, ¿no? Yo anduve con él en una expedición que hicimos para el lado del Chubut en 1880, cuando todavía no era Calamar: entonces me decían «El Condesito». Fuimos á cazar avestruces y guanacos, pués le habían encargado de Buenos Aires una partida fuerte y también á agarrar baguales. Nos fué muy bien... ¡Vea lo que es la vida!... Cuando el inglés, que había padecido tanto, se iba ya á retirar á poblado, se le incendió el rancho y perdió todo lo que tenía... Después supe que se había vuelto á Inglaterra donde vive todavía.

—¿Quién era ese inglés?—dijo Smith.

—No sé,—repuso Oscar,—era una especie de loco que decía que los hombres civilizados le daban asco. No se juntaba nunca sinó con algunos indios amigos ó con alguno

que otro roto desalmado, de esos que andan por ahí vendiendo ó cambalachando guachacay: por casualidad se juntaba con europeos, gustándole más andar sólo.

—Eso fué,—dijo Calamar,—desde que se le murió su amigo Dón Nicolás, un francés que había sido su sócio. Antes no era así Yo le conocí cuando fué á Santa Crúz; entonces acababa de fundirse en Punta Arenas, donde había ido de Buenos Aires á poner un almacén. Los porteños casi le apedrearon por unos artículos que publicó en un diario inglés en 1877 y se vió forzado á emigrar al súr, viniéndose á Magallanes. Cuando se fundió, ganó el desierto y llevó una vida tremenda que los viejos de allí, que escaparon con vida de aquél célebre motin de presos—Punta Arenas era presidio entonces—y los de Santa Crúz, recuerdan todavía: los indios le tenían miedo... ¡Cómo sería el nene! Ganó alguna platita y se asoció con Dón Nicolás, teniéndome de peón á mí. Anduvimos mucho en esas tierras y hasta acompañamos en sus expediciones al teniente Del Castillo y al Capitán Moyano, argentinos, en 1881 ó 1882.

—¿Y Dón Nicolás quién era?—dije yo, pués me divertían extraordinariamente estos relatos.

—¡Qué sé yo!... Era un francés y le llamaban así no sé porqué. Entre él y Greenwood, se recorrieron toda la Patagonia avestruceando y guanaqueando. Eran peores que los indios. Se iban adentro, allá por la cordillera y agarraban baguales, los amansaban y se armaban de tropillas que les servían para cazar. Esos baguales son chiquitos, pero resistentes y malos como diablos; con ellos no podían nada, sin embargo. Son animales raros, esos: tienen el anca muy baja y redonda y són muy altos de crúz, probablemente por causa del esfuerzo que hacen para trepar las cerrilladas, pués allí el campo parece una mar alborotada, que se hubiera petrificado.

—Yo conocí á Greenwood en 1881, á fines, dijo Oscar. Entónces andaba con un francés que no era Dón Nicolás..., se llamaba... ¡espérese!

—¡Poivre!... ¡Yo le conocí también: monsieur Poivre!... Dón Nicolás ya se había muerto: es verdad. Fué con este con el que acompañamos las expediciones. Poivre era gaucho también y tenía la manía de buscar carbón y kerosene. Cuando andaba en el desierto, no dejaba vericueto en que no se metiera y siempre llevaba un quillango de guanaco en que había pintado un mapa con tinta de calafate... ¿No se lo vió alguna véz?

—¿Cómo nó?... Conforme acampábamos se echaba al lado del fogón y se ponía á dibujar.

Y como á la madrugada debíamos penetrar, con la primera claridad, á la caleta que se abría ante nosotros y se perdía en el interior, flanqueada por un murallón acantilado, abierto en la roca viva, nos fuímos á dormir, quedándose de guardia La Avutarda que tenía, entre muchas particularidades, la de velar durmiendo, pués estando sobre cubierta no había ruído insólito, por insignificante que fuera, que no le despertase.

XIII.

Á remo y vela

Con la primera lúz de la mañana penetramos al canál misterioso, impulsados por los largos remos, que rechinaban en las chumaceras, manejados por La Avutarda y Oscar.

Calamar á proa, con un bichero en la mano á fin de prevenir accidentes y Smith en el timón y manejando la vela para aprovechar cualquier vientito favorable,—por más que entre aquél cajón reinaba una calma desesperante,—llevaban la vista fija en el camino á seguir, mientras yo contemplaba embelesado las altas paredes de piedra amarillosa, coronadas por las largas raices de los árboles, que se veían casi suspendidos sobre el abismo y que enlazándose unas á otras, caían como inmensas víboras plateadas.

—El canál tuerce á la derecha, cási en ángulo,—dijo Calamar....—parece más bien que la caleta se acabara ahí, en ese desplayado...!

—¡Mire el desplayado,—replicó La Avutarda!...—¿Qué no vés que es un río de piedra, portuguéz bendito?... ¡Es se-

guro que tuerce y se ensancha!. . Smith, ojo á la vela: yá sabes como són de traidores los chiflones!

Y momentos después virábamos frente á lo que Calamar creyó un desplayado y enfilábamos la proa á una especie de bahía que, á lo léjos, aparecía como limitada por unas altas montañas que alzaban en el fondo sus cumbres coronadas de nieve. La brisa rizaba suavemente las aguas y permitió algunas bordadas que nos hicieron ganar bastante camino:

—¡Como no se cierre el canál, allá, frente á aquellos glaciéres, estará bueno!

—¿Será como ahí, en eso de enfrente, quizás?

—¿En dónde?

—Eso que dijeron que era un río de piedra...

—Y eso es, pués,—exclamó La Avutarda.—¿Qué no vés? Fijate que es como un cañadón que baja serpenteando por entre esos dós cerros grandes y por el fondo de aquella hondonada que vá faldeando las sierras montuosas: no tiene agua sinó cantos rodados, que vienen Diós sabe de donde, arrastrados de torrentera en torrentera. Estos ríos de piedra, forman el fondo de glaciéres ó neveras que han desaparecido y que no són sinó ríos de hielo que desprendiéndose de los flancos de los grandes picos, siguen por los desniveles, rellenándolos. Después encuentran los taludes de las montañas, sobre el mar, resbalan por estos y caen arrastrados, lentamente, por su propia gravitación: por esto se dice que los glaciéres ó neveras caminan.... Luego, llega un momento, al cabo de los años, en que la masa de hielo se concluye, yá porqué se ha cortado del monte que la originaba ó yá por otra causa y cuando el último trozo ha caído al mar, queda ese camino de piedras que á veces suele ser torrente impetuoso y á veces no, como en este caso que tenemos por delante, sin ir más léjos!

—¿Y el río de piedra baja hasta la playa?

—¿Playa?.... Mira, si estuviéramos en bajamar, verías! La barranca, ahí donde parece playa, ha de ser un acantilado de diéz metros por lo menos. Este canál parece excavado en el corazón de una montaña; fíjate bién y observa que en todo lo que hemos andado y hasta donde alcanza la vista, por los dos lados, no se vé una tajadura: parece que fuese una grieta!

—Yo he tirado el escandallo dós veces y no hay fondo, interrumpió Calamar... y eso que tiene veinticinco brazas.

—Pero es claro, observó Smith... ¿Qué no vén?... No hay ni marejadilla siquiera, ni rompientes, ni nada. El mar aquí es profundo.

En ese momento viramos sobre la otra costa y al doblar una pequeña punta vimos un chorro de agua como de dós métros, que caía, blanco de espuma, desde una altura verticál como de veinticinco, habiendo abierto su continuidad un surco negruzco en la roca viva.

El agua, al caer á plomo sobre la inmensa superficie quieta del canál, lo hacía con un ruído ronco que retumbaba y formando un borbollón espumante se iba poco á poco perdiendo en ondas concéntricas que muy cerca se perdían, siendo impotentes para mover la gran masa líquida que las rodeaba.

Bordejeando unas veces y otras corriendo pequeños largos, cuando la brisa lo permitía, alcanzamos á la tarde al pié de una nevera.

Caía al mar por cinco ó seis hondanadas separadas entre sí por peñascos escarpados que emergían de la capa de hielo, como agujas, esmaltándola aquí y allá y tiñéndola con colores negruzcos y rojizos en todos sus posibles matices y combinaciones.

Más allá, el canál volvía á estrecharse tomando la apariencia de una grietadura.

Temiendo penetrar á ella sin lúz, echamos el ánela en seis brazas de agua y fondo arenoso, en un pequeño desplayado al costado de un gran blóc errático que alguna conmoción geológica había talvéz arrojado hasta allí en época remota.

La sombra de la montaña empezó poco á poco á extenderse sobre el canál, cuyas aguas cristalinas reflejaban allá en el fondo y hasta en sus menores detalles, como una máquina fotográfica, las cumbres enhiestas que nos cobijaban y cuando yá la superficie había tomado un tinte tornasolado, uniforme en toda la extensión que abarcaba la vista, una ganza seguida de una docena de pichones, que parecían copos de espuma, comenzó á atravesar á la otra banda, lentamente.

Y pronto el agua fué perdiendo su hermoso tinte y la tiniebla reinó imponente y soberana: se hubiera dicho que estábamos en un mundo muerto, sinó fuera por el golpear cadencioso del agua rumorosa sobre las piedras de la orilla y por el titilar de las estrellas que allá, abajo, en el fondo, brillaban con sus luces caprichosas, evocadoras de tanto recuerdo.

XIV.

Instantáneas

La grietadura por donde nos deslizamos en la mañana era tán estrecha, por más que fuera como tirada á cordél y que las paredes se alzaran perpendiculares y cási sin presentar un reborde, que á cada momento parecía que íbamos á tocar con los remos.

Oscar y La Avutarda, manejando los bicheros y haciendo fuerza con ellos, afirmándolos en la paréd, ayudaban á impulsar la embarcación lentamente, pués siendo la hora de la bajamar, la corriente nos era contraria y también la suave brisa reinante.

—Si sopla un chiflón aquí, salimos de este canuto como una bala,—exclamó Smith,—si no nos estrellamos como un huevo!

—¡Báh!—repuso Calamar,—eso no importaría tanto!... El caso es que en estas paredes peladas ni siendo gatos llegamos arriba: deben tener lo ménos cuarenta métros. Parece que el cerro hubiera sido cortado con cuchillo y por uno á quien no le temblaba el pulso.

Dós horas hacía que trabajaban los remos y los bicheros, cuando el sól nubló nuestra vista mostrándose derrepente á lo léjos.

—¡Vaya, hombre!... Se nos acaba el tubo á lo que parece!

Y trás un esfuerzo vigoroso, salimos á una gran cancha formada por las paredes que habíamos venido costeando y que, al abrirse, perdían su aspecto desolado y se convertían en una série de colinas y cerrillos cubiertos de árboles, que bajaban hácia el agua en pendiente suave, mostrando aquí y allá barrancas chatlanadas que estaban indicando desembarcaderos.

—Atraquemos por ahí, hombre, y descansemos,—dijo Smith —nos hemos ganado el dia.

—A fé de Calamar: una botella de old brandy, viejo capitán, está indicada, como decía aquel Dr. Roberto que nos curó del escorbuto en el Mar de China, ¿te acuerdas?

—¡Yá lo creo! Fragata «Santandér» capitán Olazaguieta, álias Mascarón! Esperemos un poco y daremos fondo en aquella punta arbolada que se vé á la derecha.

Aprovechando la oportunidad que se presentaba para hacer hablar á Calamar, exclamé:

—¿Pero cómo diablos se explica que Vds. andando lo que han andado en mar y tierra, no sean ricos todavía?

—¡Ahí tienes, pués!—repuso Calamar,—como lo esperaba. ¡Eso mismo digo yo! Vé, yo soy viejo yá—nací el año 50—y corro el mundo desde los catorce, en que entré como grumete abordo de la «Spaniard»: he lavado arena aurífera por toneladas, he muerto lobos, he pescado ballenas, he cazado guanacos y avestruces en Patagonia, he sido tropero en el súr de Buenos Aires, donde encontré á La Avutarda trabajando con máquinas de matar vizcachas, en fin, he hecho de todo, hé ganado plata á montones y no tengo un peso.

—¡Claro!—dijo La Avutarda...—¿Porqué no cuentas que hás estado dós veces en tu tierra y que te dabas aires de príncipe y te gastaste en un año lo que no habías gastado en tu vida?

—¡Gran cosa!... Eso fué cuando...

—¡Sería cuando quieras, pero fué! Lo que hay, hijo, ¿sabe qué es?... ¡Que somos loberos, que no tenemos pátria, religión, ni familia!...

—Alto ahí,—gruñó Oscar,—Smith tiene ocho familias.

—¡Yá lo creo!—replicó el aludido—y todavía me parece poco. Yo tengo temperamento matrimoniál; lo que me falta es constancia, un pedacito chiquito de constancia: esto mismo me decía el Sr Keen en Buenos Aires, cuando me tuvo de mayordomo en su estancia del Salado.

—Bueno,—prosiguió la Avutarda,—nosotros somos loberos de raza, hemos nacido aventureros, andariegos, y no nos pararemos sinó para morir: esta es la verdad. Uno de nosotros está dós ó trés años en el desierto, en el polo ó en el diablo, gana un centenar ó un millar de libras y se vá á un puerto—el primero que halla—y no sale más hasta que se le acaban. Eso es todo. A nosotros nos falta freno; personificamos el libre albedrío y marchamos en la vida empujados por nuestras pasiones exclusivamente. Smith, por ejemplo, se llena de plata en un viaje y se vá ál oriente á arrendar un harém en una barbaridad y á quedar á los seis meses vestido de turco, pero sin un chelin: yo lavo oro por ocho ó diéz mil pesos y voy á Punta Arenas y lo juego al monte en una hora; Calamar gana una fortuna recogiendo de á un centavo en todos los pueblos del orbe y luego se vá á Portugál y los gasta en hacerse llamar señoría y en chupar botellas de oporto con el retrato de su rey Dom Luis; Oscar corre bordadas en todos los mares, trabaja en el ecuadór, pesca bacalao y ballenas.

caza guanacos, corre una caravana del demonio y luego que repleta el bolsillo, no se vá á su casa sinó á cualquiér ciudad grande y comerciál y allí se dedica á especulaciones importantísimas que al més lo dejan como nuevo... ¡No hombre!... Nosotros hemos nacido para loberos y mineros: para nada más!... ¡Por más plata qne ganemos no seremos ricos nunca; hay que convencerse!

—¡Eso no!... ¡Alguna véz que ganen bastante se sosegarán!

—¡Cómo no!... ¡Oscar y yo hemos tenido fortuna cinco veces, el portuguéz cuatro y Smith quién sabe cuántas y ya nos vés!

Smith hizo su mueca característica y dijo con toda gravedad:

—¡Vea; los hombres són como vienen al mundo y no hay vuelta que darle!... Yo tenía una véz un amigo en Slógget, cuando recién se habían descubierto los lavaderos... ¿sabe?... ¡Bueno!... Habíamos lavado mucho oro; todos veníamos muy contentos y él—que se llamaba Bonetito—también y quizás más que nosotrós, porqué pensaba hacer muchas cosas buenas y ser feliz... Tenía padre, madre y también una nóvia—una sola nóvia como los hombres que quieren verdaderamente á las mujeres... Mientras estuvo allá, no bebió nunca, ni jugó: vivía conmigo y yo lo sé. ¡Bueno!.... Cuando vinimos, no traíamos nada: bebidas no había y de víveres andabamos así no más, á média ración. Llegamos á Ushuwáia que con sus trés boliches de mala muerte nos parecía la City de Londres. ¡Bueno!... Fué allí, al mostradór y dijo al almacenero, que yá no quería vender más guachacay sinó muy caro, sabiendo que á los mineros no hay cosa mejor que encapricharlos para desollarlos vivos:

—¡Déme una copa de guachacay!

—No tengo más.

—¡Si me dá, le lleno de oro la copa en que me sirva!... Busque una grande, que le conviene.

Y como lo dijo lo hizo aquél mi amigo, á quién, sin embargo, todo el oro que encontraba le parecía siempre poco para llevarles comodidades á los suyos!... Qué cosa, eh?... Los mineros siempre parecen juiciosos y á lo mejor... ¡pataplúm!

—Són como el loco de Rivadavia... como dicen en mi país,—exclamé riendo.

Echamos el ancla y saltamos á tierra, con excepción de Smith que se quedó de guardia y se entregó á su ocupación favorita: pelar papas, pués este vegetál era, para él, la base más importante de su cocina cosmopolita.



XV.

Mar de fondo

A pocas varas de la orilla comenzaba su reinado la selva fueguina cuya exuberancia, aún cuando parezca paradojál, dado el clima de la región, cuya temperatura média no es ni siquiera la que corresponde á un clima templado—tiene gran semejanza con la más lujuriosa de los trópicos.

Los grandes árboles de tronco blanquizco, que elevan su copa á veinticinco y treinta métros de altura, apenas dejan entre sí el espacio suficiente para dar paso á una persona y alzan, allá arriba y como un penacho, sus cabelleras verde-obscuras, formadas por hojas finas y cortas, semejantes á las de esos pinos que, como curiosidad, se cultivan en nuestros vastos jardines.

No tienen, como las selvas del trópico, variedad infinita de familias ó de tribus: aquí el árbol tiene sólo un carácter y un aspecto, lo que dá á la agrupación algo de monótono y de triste. Como excepción, se nota entre el boscaje uniforme algún arbusto que desdice del tono generál ó algún árbol que difiere de los demás por su forma ó su

contextura; yá es un manchón verde claro que se destaca, yá uno médio amarilloso que casi desaparece bajo el manto bordado de los helechos que lucen orgullosos su vistoso ropaje.

El suelo no se presenta como en aquellos tampoco, sinó que lo tapiza una capa de pastos variados y multicolores que llega á tener hasta un métro de espesor y que se extiende lozana sobre otra traidora—los turbales, formados por el pastizál muerto y las hojas y detritus del bosque—en que el viandante desprevenido puede hundirse hasta el cuello.

—Estos turbales són tremendos,—dijo Oscar: no dejan caminar y por eso són una dificultad enorme para los viajeros. Aquí, ó se anda á pié ó no se anda; el caballo y la mula son inútiles... La turba es el orígen del desierto de estos montes y no desaparecerá sinó con ellos y cuando los animales se coman el pasto y no le dejen acumularse. Cómo hoy no los hay y las lluvias són frecuentes y el sól no evapora el agua, se forman estos verdaderos pantanos de hojas.

E inclinándose sobre un tronco que estaba caído—cuya cáscara andaba quizás por los canales sirviendo de canoa indígena—me hizo notar que casi desaparecía entre el pastizál y cortando una plantita, me dijo, enseñándomela:

—¿Vés?... Esta es la violeta amarilla que en el mundo entero no se halla... Es planta de aquí no más, como la frutilla silvestre, que es especiál...! Fíjate cuánta clase de gramilla distinta: hay, desde el alfilerillo hasta la pata de araña y la cola de zorro; es una delicia... ¡Cuando este país sea conocido, será uno de los más ricos del mundo!

En ese momento, Calamar, que se había alejado, regresó con una buena provisión de huevos de avutarda que había recogido en un pequeño descampado y volvía, gozando de



antemano con una tortilla monumentál que yá veía con la imaginación tendiendo su fleco dorado sobre los bordes brillantes de la sartén:

—¡Miren que bolada!.... Traigo una docena: á Smith le daremos la noticia poco á poco pués es capáz de enloquecerse!

Y cuando llegamos al cútter, el aludido nos recibió haciéndonos señales de silencio y luego en vóz baja nos dijo:

—¡Ni hablen!... ¡Tengo miedo que se me escape...! He pescado un róbalo que pesa lo ménos una arroba y allí, abajo de los árboles, he hallado hongos: hay como una média cuadra!

—¡Gran cosa...! ¡Nosotros hallamos huevos de avutarda!... ¡Ojo á la tortilla!

Y Calamar, que era el hombre eximio de la cocina, fué á su puesto á preparar el almuerzo con qué todos soñábamos, mientras el cútter con todas sus velas cargadas y aprovechando el vientito que reinaba, corría sus bordadas impertubable, desde una á otra orilla del canál.

Cuando el almuerzo estuvo á punto, plegamos las velas y nos detuvimos á la entrada de una pequeña bahía que parecía un inmenso socavón. El agua debía de ser profunda: ni una óla rizaba la superficie uniforme que reflejaba en el fondo, como un espejo, el cielo azúl, sin una nube y más cerca, el velámen de nuestro barco, en que se veían hasta las costuras de los remiendos y la barranca rocallosa con su cabellera erizada, formada por el gramillál florecido.

—¿La avutarda es un pato, nó?

—Propiamente, talvéz nó, porqué carece de natatorias; pero es áve del agua: siempre anda en la orilla, comiendo caracolitos y mariscos.

—¡Y cómo vuela agregó Smith! Yo he encontrado avutardas en Curamalal, en el súr de Buenos Aires y también

en la Sierra de la Ventana. Me dijeron que allí llegaban muy flacas á principios del invierno y que conforme se acercaba el verano comenzaban á volar hácia el súr. Estos diablos se ván á invernar y vuelven gorditas á pasar el verano en amores! Los batitús, los chorlos y las becacinas, que acá abundan también, las acompañan siempre en los viajes, así como los patos reales. Algunos que los han visto haciendo la travesía, afirman que vuelan en bandadas tán grandes que obscurecen el sol. Aquí, en habiendo monte, al hombre no le falta qué comer; ¿mire que hay áves, eh?

—Yá lo creo,—dijo Calamar.—Y eso sin contar las águilas, los halcones y los buitres que vienen á llenarse el buche con zorzales, chingolos, cardenales y calándrias.

—Han estado alguna véz en la Isla Toba, esa que queda por allá, cerca del golfo San Jorge? preguntó Oscar.

—Yo hé estado,—dijo La Avutarda.

—¿Hás visto los caranchos como són?

—Sí: són blancos.

—¿Qué cosa rara eh?... En ninguna otra parte hay caranchos de ese color: á lo menos yo no he visto!

Toda esa tarde navegamos entre bosques enormes, donde hoy no se oye más ruido que el martilleo de los carpinteros horadando con sus picos agudos los troncos de las hayas seculares, el chillido de los loros y el silbido de los cardenales, que se asientan en bandadas inquietas sobre los árboles pequeños en los claros del monte y pensaba entre tanto, en el día, no lejano talvéz, en que aquella riqueza exuberante llame la atención del capitál—el diós moderno—que con su varita mágica todo lo transforma.

XVI.

Reflejos

Al caer la noche alcanzamos al fondo de la gran cancha que habíamos atravesado y nos guarecimos al costado de una barranca escarpada.

Yá entre dós luces la exploraron un poco Smith y Calamar, recogiendo en su excursión las primeras fresas y grosellas silvestres del territorio fueguino, que yo comí complacido, sin pensar, por cierto, que un día llegaría en que mi estómago desfalleciente extrajera de esas frutas jugosas las fuerzas que necesitaba mi organismo para proseguir la penosa lucha comenzada.

—Volviendo al tema de hoy,—dije.—¿Conocen Vds. algunos mineros ó loberos que se hayan retirado con fortuna de estos canales?

—Mire,—me contestó Smith,—loberos y mineros, nó; pero sí hombres que ocasionalmente han tomado ese trabajo. Como ya te explicó La Avutarda, los loberos y los mineros de oficio, de raza diremos, són gentes que no se ocupan de

otra cosa ni pueden ocuparse, pués el género de vida que llevan y á que se acostumbran, las inhabilita para todo lo que implique órden y disciplina. Generalmente són marineros que yá se han aburrido de bordejear en todos los mares del mundo, unas veces en los veleros y otras en los vapores de carga, yendo desde el Océano Artico al Antártico y de la India á la Polinesia ó á la América; que hablan mál todos los idiomas conocidos y hasta olvidan el suyo propio; que no tienen más familia, más pátria, ni más religión que el barco que montan, sea cuál sea; que lo mismo sirven con un capitán mercante que con un pirata ó contrabandista; que se avezan al peligro y á la vida ruda yá en la pesca de la ballena y del bacalao ó yá en las luchas sangrientas que tienen por teatro las sondas ignoradas donde los piratas malayos reinan omnipotentes; y que, al fin, cansados de tanto rolido, se quedan un buén día en una playa aurífera ó se contratan para una expedición lobera. Como la suerte es canalla, acaricia al marinero y le llena el bolsillo de esterlinas después de seis meses de privaciones, poniéndole en situación—por la primera véz de su vida—de llevar á cabo aquellas empresas á que le inclina el temperamento: por cierto que el trabajo ordenado de ocho ó diéz años no le produjo nunca satisfacción semejante! Y ahí tienes al hombre desviado de su rumbo y tomado por un remolino del cuál no escapará. Después de cada expedición riesgosa, en que habrá jugado su vida diéz veces en cada minuto, olvidará penas y sufrimientos, hambres y privaciones—buscará los placeres que le satisfagan y que anhela, los pagará con largueza, dilapidará el caudál logrado con tanto afán y luego volverá á jugar lo único que le queda—el pellejo—para continuar sus goces interrumpidos!

—¡Es tremendo, pero es así!—exclamó Calamar.

—Hay también loberos y mineros de ocasión, como tú, por ejemplo. Hombres á quienes el oleaje de la vida ó una circunstancia excepcionál, les empuja á estas empresas desesperadas. Esos llegan, luchan, trabajan con tesón, reunen un capitál y se ván por ahí, á cualquiér puerto y se establecen, formando una familia y pasando sus vidas quietos y apacibles, Són pocos, sin embargo, porqué las aventuras tientan y se necesitan muy buenas ánclas para aguantarse. Esos, llegan á las playas ó á las roquerías desconocidos y desconocidos las abandonan, llevándose lo que pueden; no tienen amigos sinó compañeros de remo; no dicen su nombre ni preguntan el de los demás y por eso es costumbre en el gremio usar apodos determinantes, originados yá por el modo cómo el hombre llegó á un campamento ó á una playa, cómo iba vestido, cómo saludaba, qué parecía ó cualquiér otra particularidad por el estilo. No ocultan su nacionalidad cuando no pueden, pero sí esconden su pasado, sus vicios, las causas que los llevaron al refugio de los desesperados y sus ilusiones y esperanzas. Por lo generál són gentes de desconfiarles: cuando salen de las ciudades á jugarse por ahí, anonimamente, no ha de ser debalde. En un campamento, pronto se notan los dós carácteres, que contrastan: los del oficio són expansivos, alegres, recuerdan su pasado y sus triunfos y contrariedades con placer; los otros són retraidos, huraños y poco les gusta permitir que se penetre el misterio que les rodea. Ellos no són aventureros, són forzados.

—Nosotros,—agregó Oscar,—nos conocemos todos: el mar es grande pero los hombres que viven de él y le aman, siempre se encuentran; sinó es en un punto es en otro donde se relacionan y sinó tienen un amigo común tienen otro. Además, como la base de la población de un lavadero ó de una pesquería, es por lo generál gente marina ya retirada,

será difícil que entre ella no haya alguno de los que han corrido juntos una tormenta ó capeado un temporál y entonces están como en familia. Los otros es distinto: se sospecha que cuando han abandonado las comodidades de la vida, no sea por nada bueno y casi se puede asegurar que de cién casos, noventa se hallan en esta circunstancia. Después, entre esa gente viene de todo: jugadores, tahures, borrachos, asesinos escapados por milagro de las cárceles ó de las uñas de la policía, ladrones, hombres, en fin, de esos que són la escoria de las sociedades humanas. Si los gobiernos que tienen playas auríferas conocieran sus intereses, pronto fijarían esa población flotante: no tendrían sinó darle facilidades para establecerse con el capitál que sacaran de los lavaderos...

—Y á todo esto,—interrumpió La Avutarda,—¿habremos dado ó no con el canál que buscamos?

—Yo creo que sí,—dijo Calamar.—Hoy estaba observando el viento que soplaba y me parece que mañana estaremos afuera.

—¡Seria bueno que el canál no saliese al otro lado, sinó que fuera una caleta cerrada!

—¡Pero hombre!... No hay más que ver el oleaje,—exclamó Oscar.—Ahora, durante la pleamar, no viene como cuando recién entramos, sinó que vá. Eso lo observé temprano no más.

Y pronto sobre la cubierta del cútter dormían mis cuatro compañeros, mientras yo, recostado en la borda, me recreaba mirando la fosforecencia del mar y escuchando la música salvaje que modulaba el viento, al filtrarse á través de la selva impenetrable.

XVII.

A favor de la corriente

Cuando me desperté al día siguiente, navegábamos yá en pleno mar y á mí me pareció que nos hallábamos allá, frente á Brecknok, tál era la desolación de las costas que veía á lo lejos y de los islotes coronados de espuma que parecían cerrarnos el paso.

Corríamos un largo en una bahía cási redonda, circundada de montañas y glaciéres y llevábamos la proa hácia una isla grande que se divisaba confusamente en el horizonte y que La Avutarda, tendido á popa remendando el velacho, me señaló diciendo:

—¿Vés aquella mancha negra, arriba, cási en el horizonte?... Ese es el reino de Kasimerich, un paisano mío que vive con cinco indias, entregado al goce supremo de haraganear.

—¿Y de qué vive?

—De lo que puede: negocia algunos cueros de nútria y de lobo, vende remos fabricados por él y también ropas y bebidas. Es un tipo originál: luego lo que lleguemos le

voy á hacer hablar y verás..... Ese sí que ha corrido tierras!

—Dígame... ¿Vd. conoce las nútrias de aquí?

—¡Cómo nó!... Y son lindísimas. ¿No hás visto los cueros en las peleterías de Buenos Aires? Este animal es mucho más grande que el que hay allá, en los ríos y lagunas de tu tierra y la piél es más negra, más peluda y más sedosa. Luego de sacado el pelo largo, que sale con facilidad, pués los indios lo sacan á mano no más, aparece una pelusa, que así, al naturál, es como felpa. El cuero vale tanto, porqué no hay necesidad de mandarlo á Europa, como al de lobo, para que le saquen el pelo largo; esta operación encarece la piél porque en el mundo no hay más que una casa que la haga: los indios la hacen, raspando el cuero por el lado de adentro, pero la hacen mál. La nútria se cambalachea miserablemente, cási por nada, pués se dán los cueros en cambio de alguna ropa de pacotilla, de un cuchillo ordinario y de té, galletitas y guachacay; sin embargo, si vás á comprar á los acopiadores, no obtienes una piél por ménos de diéz ó quince pesos, según la clase, y en Buenos Aires por veinte ó treinta. El cuero, después de curtido, es muy diferente del de la nútria de agua dulce, cuya felpa es de un plomizo súcio, poco vistoso: la de ésta es brillante y flexible, al extremo que el aire la hace ondular. Más se parece á la del lobo de rio, con el cuál el animál vivo es también muy parecido, siendo más ágil y más astuto. Aquí no la cazan sinó los indios, que se pasan días y noches esperando que salgan de los socavones en que habitan y que tienen paciencia para no fumar, ni moverse, ni hacer fuego. Se las halla solamente á lo largo de los canales y en el interior, en los lagos y ríos; nunca se las ha visto en las costas del Océano ni en las roquerías. La caza hay que

hacerla de noche, que aquí es siempre cruda y es necesario conocer muy bién los lugares.

—¿Y se sacan muchas pieles?

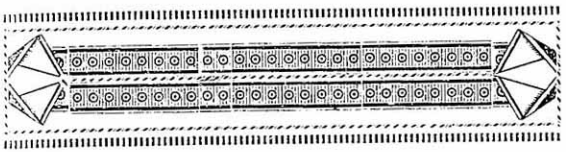
—No sé cuántas, pero han de pasar de dós mil por año. La nútria se vá á acabar pronto en la costa argentina: como no se cuida y se mata grande y chico en cualquiér tiempo, la cosa se explica. Todos esos vapores chilenos que estaban en Punta Arenas, no se ocupan sinó de vigilar los canales para que no se caze en las costas de su país... Los indios le llaman «aiapuk» á la nútria y según tradiciones ha habido en estos canales cantidades fabulosas: hoy el número ha mermado mucho y no atribuyen la merma á la guerra que ellos le hacen, sinó á las pestes que han traído los hombres civilizados.

A lo léjos negreaba la isla adonde nos dirigíamos y á la derecha veíamos el mar rompiendo sobre los escollos que forman la entrada de la bahía, aún casi inexplorada, pués tuve ocasión más tarde, de comprobar que nadie conocía el canál por donde nosotros habíamos hecho la travesía.

Bahía Desolación tiene indudablemente un nombre apropiado: el aspecto de sus costas es miserable bajo el azote del sudoeste, que en ella también reina omnipotente.

Después de dar una gran bordada para evitar unas roquerías que mostraban su superficie coronada de espuma y que me fueron señaladas como paradero habituál de lobos marinos, fuimos á echar el ancla en una pequeña ensenada que tenía un desembarcadero toscamente trabajado en la peña viva.

Estabamos en el dominio de Kasimerich, en el harém fueguino, como dicen los loberos y buscadores de oro, aludiendo á la particularidad de tener el patrón cinco mujeres indias que le cuidan, ayudándole también en sus transacciones comerciales.



XVIII.

Mar de leva

Penetramos cási en cuclillas á la miserable vivienda que en Bahia Desolación tenía todos los honores de un emporio de riquezas y que la imaginación de los loberos y de los buscadores de oro, perdidos allá entre las sinuosidades de la costa fueguina, se representaba—siendo el último de sus recuerdos—como una mansión de delicias.

Era una gran sala cuadrada, de paredes desnudas y cubiertas de hollin donde quiera que las piedras amontonadas que las formaban presentaban un reborde ó una cavidad. Aquello era cocina, comedor, almacén, pesebre de dós cabras lecheras y salón de baile cuando Kasimerich, humanizado por una dádiva generosa, extraía del arcón que le servía de cama, un viejo acordeón remendado que solamente él entendía y daba permiso al servicio para que interrumpiera las faenas habituales y compartiera con los huéspedes la felicidad paradisiaca de una danza cási á obscuras, pués no podía llamarse lúz á la tímida insinuación

que hacía un enorme candil de aceite de pescado, que día y noche ardía en un rincón no léjos de la entrada.

Era el dueño de aquella Arca de Noé de nueva especie, un hombrecillo diminuto,—tán escaso de carnes como sobrado de pelos y de palabras—que cási había perdido el hábito de caminar á fuerza de pasarse como empotrado en un gran sillón de cuero, situado al lado del fogón, que era su sitio de honor.

Al entrar nosotros se incorporó, quitóse el gorro de piél de nútria que cubría su cabeza calva y exclamó,—dirigiéndose á La Avutarda, que era su paisano y había sido su compañero de correrías,—mientras su fisonomía enigmática se iluminaba con una sonrisa que parecieron extrañar sus ojillos de garduña y su nariz característicamente judáica:

—¡Intronich!... ¡Viejo lobo!... ¡Bendita sea la racha que te ha obligado á refugiarte en este socavón!

—¡Salúd, Kasimerich!..... ¡Felices són los ojos que te vén!....

—Aquí me tienes, hijo... siempre en el remo, á pesar de este reumatismo del demonio!... Desde que lo pesqué, allá en la boca maldita del San Lorenzo—¿te acuerdas que comencé allí á quejarme de un dolorcito lento?—no me ha vuelto á dejar. Yá me parece que me sigue desde grumete y recién para Navidad harán once años que lo tomé!

Luego que La Avutarda hizo la obligada presentación y explicó á Kasimerich el objeto de nuestro viaje, rodeamos una pequeña mesa deslustrada y á indicación de Smith se destapó una botella de snáp, mientras dós de las chinas,—seguida cada una por un perro con aires de esqueleto.—comenzaron á aprontar lo necesario para prepararnos el almuerzo.

Las chinas no eran mál parecidas y estaban vestidas á

usanza de las campecinas chilenas, con vestido de percál claro, muy plegado, bata ajustada al talle, la abundosa cabellera negra dividida en dós trenzas y ceñida la frente por una vincha angosta de color punzó.

Yo las veía á través del humo, alumbradas por la llama viva del fogón, que se reflejaba sobre sus carrillos rojos y lustrosos, tiñéndoselos de un colorcito exótico bastante picante y, francamente, por mirarlas no seguía la conversación ó más bien dicho el galimatías de mis compañeros y del dueño de casa, que se cambiaban noticias de todos los habitantes de los canales y se transmitían impresiones apropósito de la caza y de la pesca.

Me levanté y poco á poco fuíme acercando al fogón.

Las chinas, fingiendo no verme, seguían en su faena imperturbables.

—¿Són Vds. de aquí, de los canales?

—No señor...! Somos tehuelches... chilenas.

—¡Ah!... ¿Y tienen muchos nóvios?

—A veces, sí... cuando vienen los loberos.

Y sentándonos los trés á la orilla del fuego, sobre un tronco de cóigüe que servía de banco, emprendimos una de esas conversaciones triviales para quienes las escuchan indiferentes, pero sabrosas y encantadoras para los que las sostienen.

Las muchachas ignoraban su edad y vivían contentas porqué comían y se vestían, no teniendo ganas de salir de la isla, que era muy linda.

Esto fué lo único que pude sacar en limpio después de una hora de charla.

—Vea, mozo,—dijo Smith derrepente, dirigiéndose á mí.—¿Porqué no se vá con las muchachas á caminar por ahí?... Vaya, conozca la isla... Vd. es jóven y eso talvéz le sirva de algo.

Y obedeciendo á la indicación socarrona del bondadoso amigo, salí de la sala, seguido por las muchachas y los perros.... y á la distancia por Oscar, quién con su paso mesurado y tranquilo no tardó en alcanzarnos: según me declaró después, él, aunque no era tán jóven como yo, era todavía curioso.

Pronto recorrimos el dominio, visitando los pequeños sembradíos de nabos, remolachas, coles, cebollas y habas, que verdeaban en una ladera resguardada y penetramos al bosque, yendo á recrear nuestra vista en la contemplación de una cascada formada por el arroyo que proveía de agua á la población.

Cuando regresamos, el almuerzo—un cabrito asado y una cazuela de pescado—estaba á punto y le hicimos los honores del caso, siendo ruidosamente aplaudidos por Kasimerich que, habiendo trasladado á su estómago el contenido de una de las botellas de snáp que estaban vacías sobre la mesa, tenía una verdadera alegría, que él, no obstante, atribuía inocentemente al placer de hallarse acompañado por una verdadera bandada de pájaros de mar.

Encendidas las pipas y con nuestra taza de té con brandy por delante,—dijo La Avutarda entre una bocanada y un sorbo:

—¿Y qué ha sido de tu humanidad, Kasimerich, en los ocho años que no te hé visto?

—¿Y de la tuya, Intronich?

—De la mía, poco tengo que decirte... ¡Bordeando como siempre!... Nos separamos en Tolón, me parece, ¿nó?

—¡Justamente, en Tolón! Yo te acompañé en el chinchorro que te llevó al brick en que te contrataste, y me acuerdo que, cuando nos separamos, te dije que quién sabe si volveríamos á vernos: no sé por qué me pareció que ese barco no era de suerte y te lo manifesté..... ¿Qué fué de él?

—El brick «Andrea Doria», capitán Samuél Smith, encalló en los arrecifes frente al faro de Mesina, en las costas de Sicilia, y de allí salió para pontón en Sala Consulina, en el Adriático, donde se envejecen los pescadores de aro en la oreja esperando que les caiga un cóngrio de cinco libras.

—¡Oh! ¡oh!—exclamó Smith—¡«Andrea Doria» fué suertudo! ¡Anduvimos con él como diablos y nunca hubo que hacerle ni esto!....—é hizo sonar una de sus uñas, casi fósiles, entre sus dientes sólidos y amarillos.—Hicimos dós viajes con naranjas y limones desde Palermo á Norte América, después anduvimos por Chio y el Archipiélago Griego, nos cargamos de esponjas en Levante y nos aguantamos en el Bósforo una tormenta que nos desarboló, frente al faro de la punta de Asia... Encallamos, después en Mesina, como á los seis meses, á causa de una maldita bruma y de las ganas de tomar puerto.

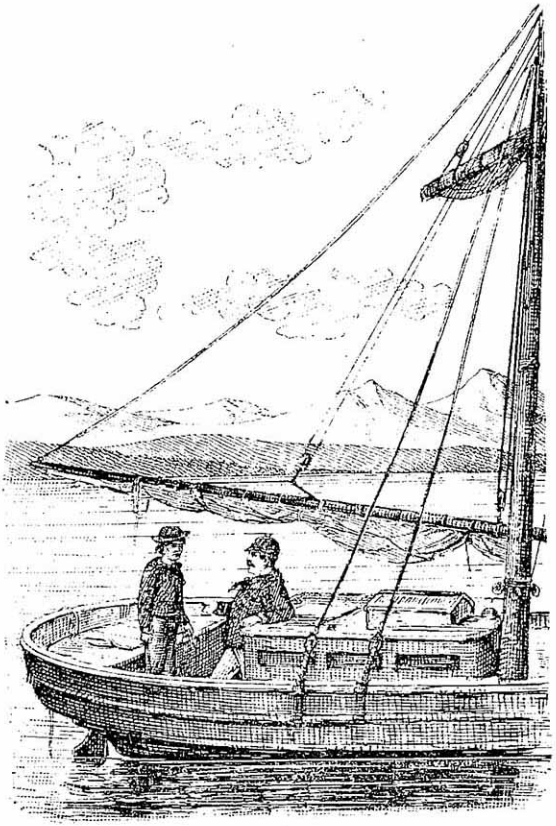
—¡Ya vés lo que he hecho, Kasimerich!..... Después de eso, me fuí en una chata á Lipari á cargar piedra pómez y de allí me contraté de nuevo para América.

—Pues yo, hijo, dí vueltas y vueltas en Tolón y me pasé á las Yslas Hyéres, al faro del Golfo de Lyón. Allí estaba bien, pero vino tu primo Gustavo y me convidó para completar la tripulación de la «Jeannette»—una goleta que iba para Quebec y Montreal con cargamento de vidrios—y acepté.

—¿Estuvo adentro del San Lorenzo, entonces?...—preguntó Calamar con curiosidad.—Vea: nosotros hemos andado por ahí una porción de veces, pero nunca entramos.

—¡Y bueno!... ¡Habrán andado en la pesca de la merluza!..... ¿A qué iban á entrar?..... Nosotros fuimos con carga de vidrios, que es cosa distinta. Para ese negocio hay que llegar inmediatamente después del invierno, pués la

nieve no deja en Quebec, en Montreal, ni en ninguna de esas poblaciones de ahí, que són grandes y muy ricas, ni un vidrio sano. La cosa está, entonces, en aprovechar la ocasión y llegar de los primeros, cási en los últimos fríos... ¡El negocio es tremendo!... Quebec ó Montreal, sólos, pueden dejar una fortuna y vale la pena arriesgarse en la entrada de la barra, que es brava. Además de la niebla,—aquella pegajosa del Sán Lorenzo, que Vds. conocen, porqué es igual á la de Sán Pedro de Miquelón ó de los bancos de arriba de Terranova, y que no deja ver á média cuadra,—hay más de cincuenta arrecifes. Allí, con boyas ni faros no se hace nada.... En cada escollo de esos, hay pontones con guardias, que durante el invierno disparan cañonazos á cada hora ó hacen sonar pitos, sirenas, campanas, el demonio. Para navegar hay que ir con el oído alerta a las señales: los ojos no valen nada... Cuando uno escapa bien y agarra Sán Lorenzo adentro, yá es otra cosa: la navegación es fácil y los remolques abundan. A nosotros nos compraron el cargamento por el manifiesto y sin poner condiciones: el capitán, que era el dueño de la carga, se ganó cinco mil libras netas. Decían que ese año que yo estuve, los fríos habían sido terribles y que las casas se habían quedado sin un vidrio, muy á la entrada del invierno no más. Este negocio ha llegado á hacerse tán grande hoy, que, de Francia y de Italia, salen verdaderas expediciones con esa carga, todos los años, haciéndose una competencia terrible. Allí me despedí de la goleta y entré en el «City of Gravennor», un vapor de carga que bajó con bacalao para Cuba, donde completó para Chile y el Perú. Nos incendiamos frente al Cabo Sán Diego, á la entrada de Lemaire, pués el capitán de caprichoso no quizo venir por el Estrecho. Fué una cosa tremenda!... Figúrense que el fuego se declaró un día que estábamos como á diéz millas



de la costa, frente mismo á los hervideros esos que hay afuera del Cabo y teniendo una suestada encima, capáz de dar vuelta á una fragata. Empezó en la bodega y cuando lo notamos, las llamas yá salían afuera; peleamos bién durante dós días y médio, consiguiendo acercarnos á la costa, lo que no era poco. Las corrientes de ese punto no tienen iguales en el mundo y no pudimos abordar, pués como vienen encontradas, se alza un oleaje en que el agua, cási hecha un tirabuzón, se levanta á dós metros de altura: si caíamos allí, no se escapaba ni uno; los *tide-race* se hubieran encargado de liquidarnos. Como conocía el asunto, aconsejé un esfuerzo grande y logramos meternos en Lemaire, yendo á embicar en Flinders Bay, en la isla de los Estados. Allí se acabó durante la noche el «City of Gravennor»: á la playa no llegaron ni astillas!... De los veinte de abordo nos salvamos cinco, incluso el capitán: los demás se estrellaron en las roquerías. Entonces fué que me vine aquí, á mi tierra, puede decirse, pués he vivido más en estos canales que en mi país.

—¡Hombre!..... ¡Feliz de Vd. que cuenta el cuento!—dijo Oscar.—No creo que en el mundo haya una docena de personas que puedan decir que naufragaron en Sán Diego!

—¡Oh! ¡Yá lo creo!... Yo he naufragado cinco veces, pero nunca como esta última: no me olvidaré jamás. La muerte anduvo cerquita!

Otra botella de snáp alegró un poco los ánimos y llevó la conversación por distintos rumbos: desfilaron negocios, aventuras amorosas, dramas de sangre, recuerdos de carpeta, hazañas marítimas, truhanerías y heroismos, en mezcla confusa.

—¿Pero qué diablos haces aquí, Kesimerich?... ¿A qué demonios te hás venido á enterrar en esta caleta como una almeja?

—¡Ahí tienes Intronich, lo qué es la vida!... Yá no busco que la fortuna me aplaste, yá no persigo montones de oro: estoy desengañado! Peso sobre peso, juntaré algo y me volveré allá ¿sabes? á oir rodar tranquilamente las ólas de nuestro viejo río azúl, nuestro Danubio inolvidable!

Y llenando nuevamente su copa y vaciándola hasta la mitad de un sólo trago, continuó:

—¡Sí, señor!... Estoy convencido: para tener algo es preciso acumular despacio, estivar miseria sobre miseria con toda tranquilidad... ¿Vés?... Compro de á un cuero de nútria á los indios y á los cazadores, que venden su pellejo por ilusiones, como lo hemos hecho todos; hago mis cambalaches en pequeño y en lugar de ir á lavar arena, allá, en los despeñaderos de la costa, cambio guachacay por orito y voy marchando... ¿Qué soy judío?... ¡Bueno!... Bastantes años no lo he sido y buenos pesos me cuesta!... ¿Y quieres saber quién me ha cambiado?... El mundo, hijo, el mundo! Hay en Punta Arenas, afuera del puerto, una muchacha hija de familia, que me gustaba de alma; quise casarme con ella hace cuatro años y no pude... porque era aventurero y no tenía arraigo, es decir, capitál... Y aquí me tienes buscándolo despacio: echaré el alma, la jugaré al diablo si es necesario, pero lo tendré. ¿Qué mi comercio es ruín, qué es canalla, qué lucro con el hambre, la miseria y la degradación de los indios y de los loberos?... ¡Bueno!... ¿Y qué?... Tendré capitál y todo se me perdonará... hasta los años, el reumatismo, y las aventuras... Lo cierto, es el consejo de los padres yankees: ház dinero, hijo mío, si puedes honradamente... pero ház dinero! Convénzanse compañeros y crean á uno que ha corrido la vida á palo seco, hoy en el mundo sólo hay una cosa reál: la libra esterlina... ¿La tiene uno?... Basta con

eso; los médios no importan nada!... ¡Oh!... Sólo siento haberlo sabido tán tarde!

—¡Bah!...—objetó Calamar refunfuñando:—eso lo sabemos todos!... Es que la cosa no está en que uno lo sepa ni en que los demás opinen que uno es un Diós: hay que serlo... ¿Qué importa que alguién crea que los cangrejos no caminan para atrás?.... No por eso ván á caminar para adelante... ¡qué diablos!... Lo mismo es la vida!... Feliz de Vd. que siquiera tiene la esperanza de ser dichoso y que una mujer le anima todavía: el que vé ese faro no es un ciego!... Quiere decir que la obra muerta estará carcomida, pero que el casco conserva el alma!... ¿Y nosotros?... Yá estamos muy desmantelados para qué nos tome nádie como barco de recreo... Ni con flores nos componemos!

Una de las indias entró á la sala y acercándose á Kasimerich entabló con él un corto diálogo en tehuelche, que me permitió apreciar la suavidad y armonía del idioma, acariciador del oído como un susurro.

Me pareció encontrar en él algo de trino de pájaros, unido á esos ruídos misteriosos de la selva andina, donde el vendavál, quebrándose en el boscaje, tiene siempre reminiscencias de brisa.

—Viene un bote de afuera,—dijo Kasimerich.—Han de ser loberos que vuelven ó lavadores de oro... Las chinas no conocen la embarcación!

Y, saliendo á la esplanada, vímos, avanzando á remo y lentamente, un viejo bote pesado, que Smith reconoció como de fabricación inglesa. Lo tripulaban cinco personas, cuya vestimenta dejaba, por cierto, bastante que desear.

Sacado el gorro de pieles, pelado y súcio, el cuero que les envolvía desde la cintura hasta las rodillas y los restos de camiseta que cubría el busto cayéndose á pedazos, los

hombres eran la efigie de Adán, vagando multiplicada en los canales fueguinos:

—Hombre,—dijo Kasimerich,—no puedo saber qué demonios serán esos!

—Más flacos de lo que están es imposible. Ni fuerzas para remar tienen. Le apuesto á que són lavadores... Fíjese lo que traen allá, á popa!

Y recién notamos un sexto tripulante que tendido sobre un encerado y como muerto, venía inmóvil.

Derrepente Kasimerich se golpeó la frente y exclamó:

—¡Claro!... Són lavadores, pero no de Slóggett, sinó unos cateadores que hace seis meses fueron á recorrer Darwin!... No había caído en la cosa!... Es el capitán Cebolla, Peters O'Neild que viene enfermo.

—O'Neild?...—preguntó Oscar.—Smith, sabes quién es el que viene?... Peters O'Neild es... Rinck-rinck!

—¡Vaya.... Vaya!.... Entónces vamos á recibirle como se merece!... Rinck-rinck es un alma de hombre!

Y al encaminarnos apresuradamente á la playa, donde yá atracaba el bote, noté que Smith, haciendo su mueca característica de cuando estaba emocionado, se quitaba la pipa de la boca y la guardaba en su bolsillo, con el aire de quien realiza un acto trascendentál de esos que no són comunes en la vida.

XIX.

Linterna mágica

Amarrado el bote, que estaba vacío,—pués no podía llamarse carga al barril del agua, á un pár de baldes, trés carabinas Winchester, una olla, una pava, algunos trozos de leña y atados de cachiyuyo seco—bajaron á tierra los tripulantes, conduciendo sobre una parihuela, hecha con los remos, al esperado Rinck-rinck.

Cuando se unieron á nosotros, dejaron su carga y dirigiéndose á Kasimerich, dijo el enfermo que parecía no habernos notado:

—¿Cómo te vá viejo amigo?... Esta véz no vengo á tu casa, sinó que me traen los compañeros!... Aquí me tienes con las piernas quebradas!... Me despeñé y quién sabe cuando volveré á levantarme!

—No ha de ser tanto O'Neild...! Yá sabes que aquí estás en tu casa y entre los tuyos. ¿No vés los amigos que te reciben?

O'Neild alzó su gorra, que cási le cubría el rostro, se incorporó y dando vuelta la cabeza, miró hácia donde estábamos nosotros, lanzando un grito, mientras Smith y Oscar corrían á abrazarle.

Y tomando la parihuela, emprendimos viaje hácia la casa.

Eran los compañeros de O'Neild, dós chilenos cuyas caras cruzadas de cicatrices demostraban bien á las claras que su vida no había pasado sin borrascas de taberna, un holandés cojo, un indio yaghán criado en las misiones inglesas y un norte americano, viejo conocido de Smith y de Oscar, á quien éstos llamaban Velacho de Gávia, aludiendo á su estatura reducida y á su cuerpo rechoncho y médio cuadrado.

Kasimerich cedió su sillón de honor al enfermo y luego Smith, descubriéndole las heridas que tenía en las piernas, las examinó con toda atención y depués de declarar que talvéz no se tratara de una quebradura, las vendó cuidadosamente y añadió que era necesario trasladar el herido á Punta Arenas:

—Eso pensaba yo,—exclamó Kasimerich—y recordaba que quizás esta noche venga el *Huemúl* que anda hace días recorriendo el Canál del Beagle..... Si viene, estamos salvados: el capitán es mi compadre de óleos, y hombre de corazón. Aquí en los canales ha habido hombres buenos y generosos como Piedrabuena, por ejemplo, pero este es de los mejores!

Y como era naturál, Kasimerich procedió á atender á los compañeros de O'Neild, prévia consulta á éste, pués exigían ropas nuevas, jabón, bebidas y otras gollerías.

—Puedes darles no más, hijo, haciendo la cuenta á cada uno. Tenemos unos doce kilos de oro y bien se pueden permitir un lujo!

Y allí presencié lo que era el negocio de Kasimerich:

—¡Una camiseta á mí y un pantalón!

—¡Un saco y un sombrero á mí y médias, camiseta, pantalón, faja!

—¡A ver, aquí, atienda!.... ¡Una muda completa!

—¡Calma, paciencia!... Las camisetas valen 20 gramos, pantalones 30, fajas 15...

—¡Vaya!.... ¡Nádie le pregunta eso: traiga y cobre!... ¡Lo que es, es... y se acabó!

Y á poco iba toda la clientela camino del arroyo, donde haría sus ablusiones y cambiaría sus harapos por las prendas que llevaba al brazo, extraídas de los rincones de la sala común, ante nuestra vista, pero sin que viéramos de donde salían.

—Sí señor,—dijo O'Neild dirigiéndose á Smith,—hemos hecho un cateo de seis meses, partiendo de los ventisqueros de Londonderry, hácia adentro. Hemos buscado las faldas del monte donde, según Chieshcalán, que es ese indio que nos acompaña, el oro brota de la tierra. Nos chasqueamos: no es oro sinó mica! Para llegar allí, agotamos las provisiones y tuvimos que vivir de frutas, de esos hongos que salen en el tronco de los cóigües y de pájaros. Fué bárbara nuestra decepción: ninguno de los seis había dejado de echar sus cuentas alegres y de construir sus castillos en el aire. Caminamos hácia la costa y en un arenál que parecía ser fondo de un lago desecado, cavamos un pozo y hallamos arena negra, *sirca* ¿sabes? Lavamos en una vertiente próxima y era regular, mejor que nada, seguramente. En cuatro meses nos ha dado doce kilos, que no es poco, pero que no es tanto como para arriesgar el número uno!

—Hasta aquí no veo como se te abrió el rumbo ese que te tiene á pique!

—¡Ah!.... Habíamos caminado trés días, yá de vuelta adonde dejamos el bote escondido cuando nos internamos: veníamos cási sin comer y el hambre nos traía locos,—pués al acercarse á las neveras que alcanzan á la costa, no se halla ni con qué alimentar un tucu-tucu,—y determinamos, para abreviar camino, faldear un picacho médio escarpado. No sé como sería, pero derrepente nos alcanzó un alúd, una de esas avalanchas del diablo, que venía corriendo

de risco en risco, talvéz desde el infierno y envolviéndome unas ramas de árbol, fuí con ellas á dar abajo...! Si no hubiese sido por los muchachos, que se han portado, no sé lo que me pasa ó mejor dicho lo sé muy bien: me quedo allí como tantos. Médio día perdieron en buscarme y otro médio día en ponerme en franquia...! Ha sido una campaña en regla!

—¡Qué Rinck-rinck este...!—añadió Oscar.—¡Siempre metido en aventuras y peligros, pero siempre escapando!

—¡Así es!... ¡Ese es el destino y no hay que hacerle!

—¿Te acuerdas de los malayos?... ¿Ahora once años?... ¡Yo creo que Smith sueña todavía con ellos!

—¡Báh!... ¡Gran cosa...! ¿Confiesen, sin embargo, ahora que yá eso no es más que historia: nunca creyeron Vds. que yo asaltara el barco, no es verdad?

—¡Oh! ¡oh!—repuso Smith,—yo sabía que sí, pero no sabía cuando y el hecho era que yá no había espera: Oscar y yo estábamos atados y el negro aquél de nariz partida, que hacía de capitán y que ahora estará en el infierno seguramente, estaba ocupado en afeitarme las piernas con su machete, mientras otro le desollaba el brazo á Oscar, cuidadosamente, para sacarle una fragata que tenía pintada! ¡Oh! ¡oh!... nuestro pescuezo no valía médio penique!

—Cuando ustedes atracaron á popa y saltaron arriba, los malayos se replegaron al centro y pensé que si peleaban, nosotros íbamos á pagar el pato: quedábamos entre dós fuegos!... ¡Suerte fué que no tuvieran pólvora!

—Cási nunca la tienen y por eso abordan y pelean al arma blanca. Cuando avisaron en la goleta que el bote de Vds. había sido apresado por los piratas, le dije al capitán que no hiciera apresto ninguno y sigilosamente salí con cinco muchachos elegidos y pegué el golpe.

—¡Hombre!... y tán á tiempo, que si tardas diéz mi-

nutos á esta hora andarían nuestros huesos correteando por las costas de Van Diemen!... ¿Y qué te hiciste después de ese viaje á Polinesia?

—Me quedé en Australia y de allí nos vinimos á Chile con Velacho que anda conmigo hace tanto.

—¿Es ese que viene ahí, ahora?...

—¡El mismo....! Fué también él quién mató al capitán malayo que te afeitaba las piernas. ¿Y Vds. qué se hicieron desde entónces?

—Nos quedamos en Sidney, como recordarás, pués Oscar tuvo que curarse y nuestro contrato estaba concluído: de allí yo me fuí á Inglaterra de contramaestre en el «Robert the Dévil» y él siguió su caravana también, hasta que nos juntamos en Malvinas el año pasado. Este estaba de capatáz en una fábrica de manteca que ha fundado Robertson, el bello Robertson... ¿lo recuerdas?...

En este momento penetraron á la sala cantando, los que habían ido á transformarse en el arroyo: venían blancos, limpios y respirando contento:

—¡A vér tabernero!.... ¡Venga whisky y déle al acordeón ese, que según las muchachas, tiene por ahí!... ¡Vamos á desquitarnos!

—¡Música!

—A vér si se mueve niño: mire que no estamos dormidos ni nos gusta estar al páiro!

—¡Niño... eche guachacay!

Y comenzó una barahunda y una gritería que eran de ensordecer. Smith y O'Neild hablaban de negocios y parecía que no la escuchaban, mientras Oscar, Calamar y la Avutarda se reían de las chinas que los huéspedes habían tomado como cosa propia y que seguían la jarana de muy buen humor, olvidando, en manos de Kasimerich, la gran ollada que serviría de almuerzo y que hervía á más y mejor.

Cuando estuvo listo el potaje—uno de esos guisos de porotos con tocino y chorizos, que hacen la delicia del roto chileno,—el posadero improvisado llenó un plato de lata para cada comensál y juntamente con una gran tajada de pán, hizo la distribución, sin fijarse ni en la posición ni en el paraje que cada uno eligiera para hacer la comida; aquello era el rancho de los marineros en los buques mercantes, ni más ni menos.

El ruído de los dientes apagó la algarabía y durante cinco minutos el silencio solo se interrumpió para pedir más ración ó vino panquehua, que parecía brotar de un rincón obscuro, al cuál, cada véz que se oía una vóz reclamándole, se acercaba Kasimerich con una jarra vacía retirándose después con una llena, que negreaba, como si contuviera tinieblas de las que encerraba el fondo de la sala.

—¡Buen tiempo hacía,—exclamó uno de los chilenos,—que por este gañote no pasaba un chorro de panquehua!.... A ver, niño, alcance el guachacay!... Este almuercito pide un litro... por ahora!

—¡Alto ahí!...—gritó Velacho.—Mientras el capitán esté con nosotros, hay que aguantarse al ánela... Yá te lo hé dicho Montoya!

—¡Aquí no hay capitán, ni nada!.... Yo soy igual á cualquiera!.... Y... vaya!... quiero mi parte de una véz: ese orito está corriendo riesgo... Que se haga el reparto y... venga el guachacay!

Como la cuestión tomaba giro desagradable, dijo otro de los acompañantes de O'Neild:

—¡Vengan las chinas!...

—¡Bueno!...—replicó Montoya, parándose y acercándose al Velacho dando traspiés y llevando en la mano la navaja con que momentos ántes cortaba el pán.—Eso es camama, no más... El orito y el guachacay es lo que quiero!

Velacho permanecía indiferente y como sordo á la provocación.

—¡Vea!... ¡Oiga!—siguió Montoya—Contesta ó lo rajo!

Y uniendo la acción á la palabra, tiró una puñalada á su contricante, que, rápido como el pensamiento, esquivó el golpe, y alzando una piedra que estaba á sus piés la dejó caer sobre la cabeza del borracho, que rodó por tierra.

Todos creimos que era un demayo sin consecuencia, pero pronto nos desengañó la vóz de una de las chinas, que, estando acurrucada cerca de una barrica, había corrido á auxiliar al caído:

—¡Está muerto!... ¡La sangre corre hasta aquí!

—¡Claro que está muerto,—repuso Velacho con la mayor tranquilidad—yá se sabe que yo no pego por juguete!

Y como en ese momento sonaba el pito de un vapor que se acercaba, dijo Kasimerich, como si se tratara de una cosa naturál y refiriéndose al cadaver:

—¡Saquen eso para allá... para el fondo! Ahí está el *Huemúl*. ¿O'Neild te irás no más?

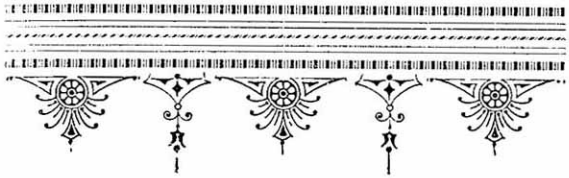
—¿Y sinó?... ¡Arréglame todo!.... Yá sabes: cuatro y venimos de afuera; somos náufragos.

—¿El indio se queda?

—Sí. Chieshcálan se vá como pasajero con Smith hasta Yandagáia: ya está arreglado!

Kasimerich bajó á la playa, tomó un bote y se dirigió á bordo.

Diéz minutos después y luego de dejarle á Chieshcálan el oro que le correspondía, O'Neild y los suyos subían al vapor y éste seguía su camino de recorrida, mientras Montoya era conducido por las chinas y sus perros á su última morada—un pozo excavado al pié de una colina, no léjos de la casa.



XX.

Del naturál

Vuelto á su asiento y rodeado por nosotros, Kasimerich se quitó el gorro, lo colocó sobre la mesa y lanzando un suspiro, que fué toda la oración fúnebre de Montoya, murmuró médio entre dientes:

—Otro más y yá ván nueve que duermen el sueño eterno en la ladera del cerrito. Esta gente, señor, que no pueda contenerse, ¿eh?... Miren Vds.; siempre es igúal... Dós palabras, una atropellada y ¡zás!.... un muerto! Esta véz, no obstante, me ha quedado algo: unos trescientos gramos de oro.—Y lanzó una mirada codiciosa al indio Chieshcálan que en ese momento arreglaba las pepitas que le habían tocado en el reparto.—Otras veces no me queda sinó el difunto y el recuerdo de los que á pretexto del accidente se ván sin pagar!

—Y de estas muertes no se toma nota,—pregunté,—¿nádie las averigua?

—¿Y para qué?—repuso Smith...—¿Un aventurero más ó ménos que le importa á nádie?

—Y en este caso,—dijo Kasimerich,—nada se pierde tampoco. El finado era un bandido completo, cuya vida tenía tantas fechorías como minutos: era asesino, incendiario, ladrón, pendenciero, borracho y el diablo!

Chieshcálan concluyó la operación en que estaba ocupado, se puso de pié, pidió trés botellas de guachacay y seguido de las chinas escoltadas por los perros y de una mirada de Kasimerich, cuyos ojos le brillaban bajo las cejas erizadas, tomó camino del mar, silenciosamente.

—¿Las autoridades, entonces, ni se ocupan de estas cosas?

—¡Qué se ván á ocupar, hombre!... Bueno fuera! Estos buques que andan aquí en los canales hacen policía solamente de nombre. Su misión es proteger náufragos, si los hay, pero como éstos no abundan, vigilan, en los ratos de ócio, que nádie lave arenas ó mate lobos.... sin dejar buena parte en la bodega, ni se establezca en parte alguna sin entenderse con la autoridad. Pobre del que lo haga... ¡Ya verá cuantas són cinco!

—¿Pero no són buques de guerra chilenos?

—¿Y de ahí?.... Lo mismo los chilenos que los argentinos.... són de guerra á los efectos del pito al ponerse el sól y del gallardete y la banderita, pero respecto al orito, los cueros y cualquiér cosita que valga plata, són otra cosa.... Hacen su negocio como pueden.... á eso vienen aquí!... ¿Crée que á un jefe ó á un oficiál, le vá á convenir llevar de balde una vida de perros como la que se pasa acá? Más cómodo es quedarse en Santiago ó en Buenos Aires, ganándose los grados de pico. Vienen á ganar plata y nada más y lo hacen hasta que el whisky y el brandy les consumen todo lo que sacan y les tiran por ahí, hechos un andrajo. Esta región se venga de una manera terrible. ¡Las angustias de los loberos, su sudor, es venenoso!... Esto es una mina para los sinvergüenzas y un tormento

para la gente de honor—que viene poca y cuando viene se vá pronto, aburrida de luchar con el abandono y la degradación de todos los que andamos por aquí. Esta es la verdad. ¿Se pone Vd. á trabajar madera? No le cargan sinó larga la mitad del producto ó todo, aún cuando Vd. venga con permiso. ¿Funda un negocio ó cría animales? Así no tenga Vd. de sócio á alguno y ya verá! Los gobiernos saben todo eso muy bien—quinientas veces lo han gritado los comerciantes, los industriales y hasta los gobernadores de los territorios, que no són aquí sinó una pantalla y que ván tanto en la bolada como puede ir el papa—pero se hacen los zonzos. Estos barcos hacen provisiones en Punta Arenas cada véz que salen,—cualquiera los vé—y al regreso, aunque sea á los dós días, ván sin nada; todo se les acaba en el camino: es negocito de mil por ciento y seguro como una puñalada. Además del contrabando, llevan pasajeros y hasta cargas si á mano viene. Cada uno es un boliche en que hay de cuanto Dios crió... con tál que se pague. Fíjese y verá: la caballería, los aceites, los víveres, el carbón, la ropa, el calzado, todo lo que encuentra ustéd en los almacenes de la región, pertenece á Chile ó á la Argentina!.... Aquí no hay nádie que compre afuera nada perteneciente al ramo de marina: todo se lo traen á uno á su casa. Reina soberano el arte del encantamiento. Esto se sabe acá al dedillo y cualquiera se lo repite; no es misterio, ni cosa de magía, ni secreto! Los gobernadores de Magallanes, de Santa Crúz y de Tierra del Fuego, conocen la materia y quizás tuvieran ganas de hacer algo, pero no se animan. ¿Y qué se ván á animar? A la hora, que se metan, no ván á sacar la mejor parte seguramente.... El oro se extrae de las costas por kilos, sin pagar á los gobiernos, un centavo, lo mismo que las maderas, las pieles, los aceites de pescado y todos los productos que forman la

riqueza incalculable de estas regiones, donde, aunque no lo parezca, se trabaja duro y parejo, habiendo ya fortunas muy grandes. Cuando se saca algo por Chile, se dice en Punta Arenas que es del lado cuyano y cuando se saca por la Argentina, se declara que es robo á los chilenos y nádie pone la menor dificultad ni hace averiguaciones: todo pasa, gracias al.... patriotismo. Y se gana plata, eh!.... Ése negocito, así, sencillito no más, mirado de un solo lado, puede vér lo qué es, en las peleterías de Chile y Buenos Aires, sin contar las de Europa; están repletas de artículos de aquí, que salen por arte de birlibirloque! Esto ha dado fortunas en Punta Arenas, que exceden de médio millón de duros y que yá se extienden al lado argentino. Las casas con qué yo estoy en relación y que són cualquier cosa no más, giran sumas muy fuertes: hay años en que tienen aquí, en los canales, sus cién mil pesos cada una, como quiera.

—Y Vd. ¿qué negocio puede hacer aquí?

—Ninguno, hijo!.... Cambalachar algún orito, algún cuerito cuando mucho. Sin embargo, se vive!

—Y se juntan diéz mil libras en trés años!.... Así es lo que se dice de Kasimerich en Punta Arenas....—observó La Avutarda.

—Puede ser que se diga... no lo niego! El asunto es saber si es verdad. También me dijeron á mí, véz pasada, que tú habías dado una paliza en los peñones de Diego Ramirez y te habías levantado diéz mil pesos en dós meses.

—¡Y fué cierto!... Lo que no te contaron es que los chilenos me los ganaron en Santiago en una noche!

—¡Pués, amigo,—dije yo,—no es mál asunto, entónces, el comercio en estos canales!

—¡Así es!... Sin embargo, tiene sus contras. Derrepente



vienen unas truchas... Vea, hace poco no más, perdí como mil pesos en una hora; me saquearon, y cási me matan, como á una indiecita que me degollaron. Eran unos loberos, que, á pretexto de catear minas, habían andado allá en las estancias inglesas de Magallanes y del Gallegos, haciendo fechorías. Los camperos los corrieron y, para mi mál, se echaron al mar en un cútter y vinieron á dar aquí. ¡Qué forajidos!....

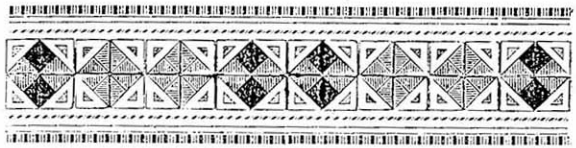
En ese momento aparecieron las indias, arrastrando á Chieshcálan, que venía pálido como un muerto y con los ojos vidriosos.

—¡El guachacay!—gruñó Oscar.—¡Qué indio canalla!.. ¡A vér, Kasimerich, traiga amoniaco si tiene!.... ¡Este bárbaro se muere!

—¡Qué esperanzas!... Y me pareció que los ojos del austriaco brillaban de una manera particular, recordando la bolsita que guardaba Chieshcálan sobre su cuerpo... ¿Qué no sabe lo que són estos indios para el aguardiente?

—¡Oh!.... ¡No importa eso,—interrumpió Smith,—traiga el frasquito!.... ¡Ligero!

Y á poco Chieshcálan, tendido no léjos de nosotros y rodeado de los perros,—de los cuales, uno barcino, más flaco que los demás, se ocupaba en lamerle la cara, provocando en el borracho quién sabe qué sueños voluptuosos—comenzó á roncar despacio, acompañando el chisporroteo del fogón que acababa de recibir nueva carga de leña.



XXI.

A la lúz del candil

Aún no había aclarado, cuando unas voces que confusamente llegaban hasta mí, me despertaron, haciéndome presenciar uno de los espectáculos más curiosos que haya contemplado en mi vida: alrededor de la mesa y alumbrados por la lúz mortecina de una vela de sebo, Kasimerich La Avutarda y Chieshcálan—ya repuesto de su borrachera—estaban absorvidos por una partida de náipes, que debía ser interesantísima dada la atención con que la seguían. La botella de snáp, que les había servido de pretexto para comenzarla, estaba intacta y secos los vasos en que debía escanciar la bebida una de las chinas, que dormitaba cabeceando.

No se oía más ruído que el que producían las cartas al caer sobre la mesa y de véz en cuando los «quiero» y los «doblen» de la veintiuna, pronunciados con vóz anhelante y el choque de las pepitas de oro, que eran el valor de la partida.

Una mirada sola me bastó para abarcar el cuadro en

toda su magnitud: los austriacos estaban empeñados en liquidarlo á Chieshcálan y lo iban logrando. Este, pálido, desencajado, con la mirada febril, tenía á su lado, vacía, la bolsita que recibiera de manos de O'Neild por la mañana y frente á sí, un pequeño montón de polvo de oro que brillaba entre las hilachas del trapo súcio que le había servido de envoltura.

En cambio los austriacos, sérios y graves, tenían al alcance de la mano y cási dividido por mitad, el capitál que había sido de Chieshcálan y al cuál Kasimerich no había cesado en toda la tarde de lanzarle miradas de codicia. Su anhelo estaba satisfecho.

Derrepente el indio, irguiéndose, recogió los restos de su caudál, los envolvió cuidadosamente y estirando el brazo tomó la botella de snáp, diciendo en un español con extraña acentuación inglesa:

—¡Esto para la mujer.... Ella está esperando en Yandagáia con los hijos y yo me había olvidado!

—Dále otra vueltita... talvéz te venga el desquite!

—Cuando Chieshcálan dice sí ¡sí! y cuando Chieshcálan dice no ¡no!... ¡Ahora ha dicho no!

Y sirviéndose un vaso de snáp lo empinó de un sólo trago, después de haber mojado en él las yemas de los dedos y sacudídolas para que voltearan el líquido—ofrenda que más tarde supe hacía á sus mayores y amigos muertos, —chasqueó la lengua parcimoniosamente, se puso de pié, fué hasta la puerta y recostándose en el marco, se quedó inmóvil contemplando la noche que se iba.

Los austriacos se miraron en silencio, sonrieron, y luego de devolver La Avutarda á Kasimerich el capitál que había recibido en préstamo para tentar la aventura, cada uno guardó lo suyo y levantándose de la mesa, se acercaron al fogón, donde no tardé en reunírmeles, aún cuando con un

secreto sentimiento de repulsión: me parecía haber visto dós arañas en conciliábulo, descuartizando una mosca calavera.

Pronto Oscar, Smith y Calamar se unieron al grupo y con la primera claridad de la mañana nos encaminamos á nuestro cúttter, en el cuál Kasimerich, defraudando á sus sócios del lado chileno, cargó un rollo de pieles para Ushuwáia, ocultándolo dentro de una barrica de efectos vários, que iba desde Punta Arenas destinada al comerciante para quien llevábamos contrabando.

Una hora más tarde y cuando yá el sól brotaba trás las montañas del fondo, el harém fueguino no fué más que una mancha imperceptible que se perdía en el horizonte y Bahia Desolación con su viento sudoeste, sus costas carcomidás, su aridéz, su tristeza y sus roquerías cubiertas de blanca espuma, se quedó allá, donde las ólas del Pacífico, rompiéndose en los islotes de la entrada, ván á retratar los glaciéres que bajan del interior y las arboledas seculares que crecen en las hondanadas y en los valles, tiñéndolas en la tarde con los colores suaves de su pincél inimitable.

Bordejeando de islote en islote, hicimos rumbo al canál Darwin, que comienza á abrirse en dós brazos después de la isla O'Brien, para encerrar la de Gordon, alta, montuosa, casi inexplorada, detrás de la cuál vuelven á unirse, allá, en Punta-Divide, para formar el Canal del Beagle, una de las maravillas del mar austrál.

En lontananza veíamos las roquerías salvajes, donde en otro tiempo pululaban los lobos de dós pelos y que hoy, desiertas y solitarias, són apenas paradero de aves marinas y más cerca los peñones que festonean la costa alta y fragosa, que de trecho en trecho, muestra yá un monte coronado de nieves eternas, yá un glaciér gigantesco que

parece sostenido sobre el mar por dós montañas que lo flanquean, como conteniéndolo en su descenso, ó yá una cascada rugiente que cae lanzando reflejos plateados en el fondo de una tajadura sombría, cuyas paredes muestran, en manchones, el hielo endurecido, que mordiendo en los rebordes y asperezas, se resiste á emprender la peregrinación yá comenzada por los témpanos inquietos.

—¿Vamos á llegar á la Isla Quemada?—preguntó Oscar.

—¡Oh!.... Llegaremos recién á la tarde, me parece,—replicó Smith.—¡Diablo!.... Y habremos andado bastante, si es así.

—No digo eso: pregunto si nos detendremos.

—¡Ah!.... Cómo nó! Yo no paso por la casa de Monseñor sin entrar á consumirle algo! Y luego, si él supiese que habíamos pasado de largo, habiendo estado en lo de Kasimerich, no le había de gustar.... Qué vida la que lleva Monseñor, ¿eh? Siempre sólo en su cueva, huraño como un oso y sin hablar más que con Luis XIV, que no le contesta —él que es tán conversador!

—¿Hace mucho que Luis XIV anda con él?—preguntó Calamar.—La penúltima véz que nos vimos con Monseñor fué en Terranova, hace seis años y no tenía más compañero que el pito ese de madera, que no se le cae de la boca ni durmiendo!.... Ahora cuatro años, cuando se vino á establecer aquí, estuve también con él y andaba sólo, aunque me dijo que esperaba una visita.

—Creo que se juntaron en la expedición aquella que hizo á Cabo de Hornos, hace dós años.

—Y apropósito,—interrumpió Oscar,—á qué fué allá?.... Nunca se ha sabido!

—Alguna extravagancia ha de ser,—agregó Smith: el francés es médio loco y creo que Luis XIV es loco en-

tero!... Me digeron véz pasada que el gallego ese, no era mudo, sinó que tenía la manía de no hablar.

—Esos fueron juntos á Cabo de Hornos: es lo único que yo sé. A mí me lo dijo mi compadre Dón Queco que anduvo con ellos y los abandonó no recuerdo donde.

En este momento, Chieshcálan que iba á proa, se puso de pié y cómo pasáramos frente á una isla chica pero muy alta y boscosa, se llevó las manos á ambos lados de la boca, como para formar una bocina, lanzando un grito estridente que parecía el toque de un clarín.

Trés veces repitió su grito, que repercutió en todos los ámbitos de una manera extraña y cuando yá el éco debilitándose, no llegaba á nosotros, nos hirió el oído otra nota aguda que partía de la isla y vimos, en un repliegue de la costa, una canoa con un remero, que trataba de salirnos al paso.

—Es mi tío que vuelve de algún viaje,—dijo Chieshcálan en su média lengua y á modo de explicación. Viene con mi tía Achupana, que es un buen remo. —Mi tío es *yecamúsh*, médico, y me crió á mí. Su casa es allí, en aquella punta.

Y á medida que la canoa se acercaba, deslizándose sobre la superficie tersa del canál, que en ese momento parecía un espejo, yo la estudiaba en todos sus detalles, así como á los tripulantes que eran trés y que completaban su fisonomía especiál: la mujer, que venía al remo, no era vieja pero lo parecía, aún cuando no tuviera una cana; el hombre, un anciano de cabeza casi mora y erizada, que hacía un contraste singular con su rostro cobrizo—más bién negro—cruzado de arrugas profundas que tenían algo de un fantástico tatuaje y el niño, también cobrizo, pero casi lívido, cubierto por una larga chapona de marinero, que llevaba arremangada. Parado en la proa, con un arco en la ma-

no, se ensayaba en el tiro de flecha tomando como blanco las palomas de mar y los gaviotines que venían escoltándonos.

Sérios y graves, sin que un músculo del rostro se les arrugara, sin que una chispa de alegría brillara en sus ojos, sin siquiera cambiar la posición que traían, comenzaron tía, tío, hijo y sobrino, un diálogo curioso, en que mi oído notaba las inflexiones de la vóz, variadas, como si aquella fuera emitida por la nariz algunas veces y por la boca entrecerrada otras. Eran parsimoniosos en el hablar, como oradores en un parlamento, y cada palabra solía durar algunos segundos sin interrupción, teniendo ocasión de notar que, ni aún en el saludo, usaban voces breves, de esas comprensivas que tienen los demás idiomas y que encierran por sí solas una larga frase sobre-entendida.

Luego que tío y sobrino conversaron un rato, Smith trajo una botella de guachacay, unas galletitas y un poco de té y alcanzó el obsequio con disimulo á Chieshcálan á quién, por primera véz desde que le conocí, ví sonreir.

Por cierto que al entreabrir sus lábios, admiré los dientes blancos y chiquitos que quedaron al descubierto, contrastando con su boca desplayada que tenía gran similitúd con cualquiér resquebrajadura de esas que contemplábamos en las costas á cada momento.

Cuando el tío vió que iba á ser regalado, se puso de pié, afirmándose como en una pica, en el arpón que llevaba atravesado sobre las rodillas y que á la véz de un útil de pesca es el arma favorita del yaghán.

Era de pequeña estatura—del alto de su mujer que, al imitarlo, lo puso de manifiesto—flacucho y de escasa musculatura. Ambos vestían un traje de marinero amorosamente repartido: á ella le faltaba el pantalón y lo había sustituido con un cuero grasiento atado á la cintura y á él el

saco, por lo cuál cubría su busto con una especie de manto, formado con retazos de cueros vários, lona, arpillera y hasta encerado.

Recibieron el obsequio de Chieshcálan con gran dignidad, hicieron algunos ademanes como de grácias y luego se alejaron con rumbo de su casa.

—Esa canoa que montan no es cómo las que usan los del Estrecho?—observé.

—¡Ah! ¡No!....—replicó Oscar,—esta es moderna, es la última palabra de los arsenales yaghanes y no pueden tenerla sinó los indios ricos, los que poséen un hacha por ejemplo. Es un tronco de haya entero, bien excavado y con la popa y la proa cortadas como á modo de quilla. Esta clase no la usa cualquiera.

—Yá lo creo,—interrumpió Chieshcálan orgulloso.—Mi tío es *yecamúsh*, médico, y no sé de nádie hasta hoy que le conociera jóven: es muy viejo!

Y el indio, á quien la discreta fineza de Smith había conmovido, perdió el aire reservado que hasta allí le observara y no tuvo inconveniente en darme algunos datos y noticias interesantes, relativas á su pueblo.

Entre los yaghanes no hay caciques, ni siquiera tribu: cada padre de familia es cacique en su wigwam como me dijo Chieshcálan, y en él puede hacer lo que se le antoje, ménos casarse con sus hijas y hermanas, ni permitir que sus hijos ó hijas lo hagan entre sí ni con sus parientes, pués eso trae desgracia. El hombre es dueño de la mujer—de una sola mujer—y no puede dejarla miéntras esté viva, aún cuando sí matarla en caso de sospecharla infiél ó de que le falte á los respetos que le són debidos. Para casarse, no se necesita consentimiento de los padres, ni pedidos en matrimonio, ni nada; basta no ser pariente no más: uno se casa cuando, cómo, donde y con quién puede. Cuando un mozo

y una moza se quieren y comen juntos una pata de centolla ó comparten un huevo de avutarda, quedan casados.

Las yaghanes solteras, mientras no hayan gustado estos manjares con un hombre soltero ó viudo, són completamente libres y su conducta es irreprochable bajo cualquiér punto de vista que se la considere. El yaghán jóven y juicioso no se casará, no obstante, con muchacha jóven é inexperta: es de órden que elija una vieja, así como las muchachas eligen de preferencia á los viejos. La felicidad matrimoniál es hija de la experiencia. Según me explicó, la raza yaghán—que es, á estar á lo que dicen los misioneros ingleses que la han estudiado, la agrupación más miserable de hombres que hay sobre la superficie de la tierra—fué en un tiempo muy numerosa, pero hoy vá desapareciendo poco á poco, debido, ateniéndome á su opinión, á los robos de mujeres que en tiempo atrás le hacían los Alacalúf, quienes habían concluído cási las de su raza á fuerza de someterlas muy niñas al rudo trabajo de la pesca. Cuando se vieron sin mujeres, tuvieron gran desesperación y esos indios, que són malos y perversos como hijos del diablo, comenzaron á incursionar contra los yaghanes. No se venían francamente por Brecknock, que no podían franquear, sinó que traidoramente se metían por unos pasos que ellos sólos conocían y que quedaban, según los viejos, uno allá en él fondo de Bahía Desolación—talvéz el que nosotros habíamos seguido para venir á lo de Kasimerich—y el otro á un costado de Yandagáia, en el Canál del Beagle.

¡Cuánto habían guerreado á causa de las mujeres, yaghanes y alacalúf!

Se habían dado batallas muy grandes y sangrientas y en los wigwams de ambos pueblos se recordaban todavía las heroicidades de los guerreros.

Las mujeres llevadas por los alacalúf, les hicieron cási

perder el idioma á éstos y por eso su habla se parece tanto á la yaghán, que es muy linda según Chieshcálan, que no ha oído decir que haya en el mundo nádie que la entienda. El había aprendido á leerla, pués el Sr. Bridges, el pastor, la había enseñado en Ushuwáia, donde había una escuela á la que podían concurrir todos los indios si querían, seguros de que los respetarían, les enseñarían á leer la biblia en yaghán y les darían comida y cama si habían menester.

Para él, Chieshcálan, el Diós inglés era el más bueno de todos los dioses; ayudaba á los hombres á vivir, les pagaba bien los cueros de nútria que le vendían y á veces regalaba ropa y té. En cambio de sus bondades, no pedía nada sinó que no matasen las ovejas y vacas del Sr. Bridges ó de cualquier otro poblador y que leyeran todos los días, un rato, la biblia que aquél había escrito.

Luego me refirió algunas curas maravillosas hechas por su tío el yecamúsh, haciéndome presente que nunca había oído que ninguna familia hubiera tenido que pegarle ni lastimarle porque el pariente enfermo, que él tuviera en asistencia, se hubiese muerto.

A otro tío suyo, también médico, lo habían asesinado en Navarino porque no pudo curar un hombre que se había caído de un árbol, pero ese médico no era como el que habíamos visto, qué esperanza!

Cuando éste decía que un enfermo se salvaba, se salvaba no más.

Me explicó que era costumbre yaghán apalear al médico cada véz que un paciente se le muere, como también lo es regalarle cualquiér cosa que pida, toda véz que se salve, pués la vida es lo más apreciable que se pueda tener.

Las enfermedades yaghanes, según las teorías que me expuso, eran todas producidas por unas flechitas envenenadas que andaban en el aire y que nádie podía vér. Estas

se metían al cuerpo por cualquier parte y sinó las sacaban ligero, comenzaban á tener cria y pronto acababan con el enfermo. La obligación del yecamúsh era entonces saber dónde estaban y extraerlas ántes que hicieran mál, pronunciando las palabras secretas y entonando los cantos sagrados que las hacían salir y que los yecamúsh sabían sin que nádie se los enseñara.

A él le había entrado una véz un *yec*—flechita envenenada—en el ojo y su tío con dós palabras se la había sacado!

—¡Hola!... ¡Cocinero!....—gritó Smith desde la popa donde iba sentado manejando el timón. Acércate y verás algo curioso!

Y como yo me acercara, prosiguió, mostrándome un pequeño islote alto, cuyo centro lo era mucho más aún que las orillas:

—Ese es un ponedero de sháags, que són esos pájaros negros que vés echados cada uno en su nido ó parados al lado!

—¡Qué bandada enorme!.... ¿Cuántos habrá?

—¿Enorme?.... ¡No!... ¡Si esto es apenas una muestra!... Habrá doscientos ó trescientos.... ¡báh! ... una miseria! Estos pájaros són los que producen el huano, que es la materia con que forman sus nidos—esos montoncitos que vés pegados unos á otros y que parecen las celdas de un panál. —Hay veces que á una isla concurren de á miles y en pocos años forman verdaderas cerrilladas, como sucede en las costas de Chile y del Perú en lo que se llama huaneras. Este pájaro es una fortuna.... á poco que lo ayuden en su tarea las gaviotas y los pengüines, que todavía no has visto, pero que yá te cansarás de vér. Estos ponen lo mismo que el sháag y á veces cubren cuadras enteras. Es lindo observar uno de estos ponederos, cuando empiezan á salir los polluelos y más lindo todavía es por la mañana, cuando empiezan á aprender á nadar bajo la vigilancia de los padres y las madres reunidos en asamblea sobre la playa.

XXII.

Entre la pipa y el brandy

Se ocultaba el sól y comenzaban las montañas á extender sobre el canál su manto de sombra, cuando nosotros dábamos fondo en una pequeña caleta de la Isla Quemada, donde, en médio de un ribazo verde, se alzaba una casilla de madera, cuyo techo de zinc pintado de rojo, se destacaba como una mancha caprichosa sobre el fondo obscuro de la selva compacta y uniforme que cubría el talúd de un cerro cuya cumbre, pedregosa y árida, azotada por el sudoeste tumultuoso, se alzaba allá detrás.

No habíamos atracado aún, cuando yá un individuo alto flaco, de pera y melena canosas, de corbata blanca y vistiendo una levita de corte especiál, que yo no había visto nunca ni durante los carnavales porteños—en que suelen salir á relucir las viejas prendas, guardadas como reliquia por los abuelos en algún baúl arrumbado—concurrió á la playa á recibirnos, haciendo saludos ceremoniosos con su alto sombrero de felpa—contemporáneo evidentemente de la levita—cada véz que reconocia en la vóz á alguno de sus amigos del cútter, que lo eran todos, con excepción

de Chieshcálan y yo, que, luego de pasados los abrazos efusivos, le fuí presentado por Smith con palabras cariñosísimas:

—¡Sí!.... ¡sí!.... jóven en villegiature, estudiante alegre en vacaciones.... comprendo!.... Yo también, cuando estaba en el colegio Saint-Louis, solía hacer excursiones!

—No señor.... jóven lobero no más!

—¡Ah! ¿lobero?... Perfectamente: buen oficio, lindo oficio!.... Me alegro!

Y siguiendo al curioso y extraño personaje, nos encaminamos hácia la casilla, á cuya puerta salió á recibirnos la antítesis del primero: un individuo bajito, gordo, barbudo, metido entre unas altas y gruesas botas que dificultaban evidentemente sus movimientos.

—Són amigos que se han costeado á visitarnos, señor Tomás, buenos amigos míos y suyos á quienes trataremos de la mejor manera que podamos, señor Tomás... si Vd. no opina lo contrario.

El señor Tomás se limitó á hacer una inclinación de cabeza, bien desgarbada por cierto y luego fué al fondo de la pieza donde se nos recibía—largo salón que contenía algunos cajones, barricas, bordalesas y botellas y olía á almacén y á aceite de pescado.—Sentóse sin ceremonia en una banqueta colocada en la cabecera de la mesa, situada no léjos del fogón excavado en el suelo, y, justamente al lado de una gran olla, dónde se cocía algo que en el primer momento no pude apercibir, pero que después ví era un trozo de carne salada.

Luego que nos sentamos nosotros y que el dueño de casa tomó una pipa de madera y la encendió, fué destapada una botella de brandy y el Sr. Tomás, silenciosamente, tomó el portante, indicando de paso con una mirada, su asiento y la olla, á su compañero, que dijo dulcemente:

—¡Vaya Vd., señor Tomás, vaya Vd!.... Ya sabe: cierre bien el corralito de las ovejas y ate el perro!.... Yo vigilaré la olla, si estos caballeros són tan buenos que lo permiten!

—Pero, Monseñor... del demonio,—exclamó Oscar,—siempre con tus cortesías! No las dejas ni aquí en el desierto, entonces?

—Querido amigo, no són cortesías... es mi modo no más!.... Cuestión de educación ¿sabe?

Y luego, interrogado por Smith. comenzó á hablar de sus viajes casi maravillosos por todos los mares del mundo, unas veces como pescador y marino y otras veces como jugador de billar, arte en el cuál me informaron sus conocidos había sido maestro famoso, jugando partidas que llamaron la atención, no solamente en Francia é Italia, sinó en los Estados Unidos.

Qué antítesis curiosa formaban su lenguaje elevado y los temas que él trataba, con la ocupación á que estaba entregado en aquellos momentos: vestido de levita, con corbata blanca y galera de felpa, espumaba una miserable olla de puchero á la orilla de un fogón campero!

Nos relató con palabra animada y pintoresca sus excursiónes por el Transváal, la República de los Boers, en el súd de Africa; sus visitas á las minas de oro maravillosas que hacen surgir ciudades fabulosas en trés meses; su estadía en el dominio encantado de los ingleses en Port Natal,—dónde el carbón de piedra y los diamantes enriquecen á un hombre de una manera fabulosa en cinco minutos,—y nos pintó después con lujo de colorido, su navegación á lo largo del Zambeze, su estadía en Lourenço Marquez,—el baluarte de la civilización en el corazón del continente negro—y una travesía en carreta desde las colonias inglesas á las portuguesas, en que figuraban rosarios interminables de bue-

yes y manadas de jirafas y de elefantes vagando entre los bosques de mimosas.

—Sí, señor. Y aquí me tienen ahora, después de tanto rodar: aquí estoy herrumbrándome en la ociosidad, sólo con mis recuerdos y con mi pipa, que miéntras no camino humea siempre y humeará miéntras yo viva. Ahora creo que no dejaré más estos picachos donde he levantado mi casa y fundado sobre bases sólidas esta factoría de «El Merovingio» que gira bajo la firma de Piccard y Cia., siendo mi sócio el señor Tomás y que abrigo la esperanza de que llegue á ser el emporio industriál del már fueguino.

Y luego, poniéndose de pié, empezó á pasearse despacio y agregó monologando:

—En el negocio nos vá bién, muy bién, no nos podemos quejar; pero en la industria nos vá mal, pésimamente mál. Como aquí abundan los peces como en otras playas el cascajo y habíamos observado que hay no solamente róbalos, meros, salmones, calamares y cóngrios, sinó también merluzas, tán ricas como las tán mentadas de Terranova, merlucinas semejantes á las que con el nombre de peje-palo hacen la riqueza del Báltico y sardinas y arenques tán grandes como los del Norte de Escocia,—nos pusimos á hacer ensayos con el señor Tomás. Hemos sido defraudados en nuestras expectativas, créemos que por el clima. La merluza viene en grandes bandadas á la entrada del invierno y procrea en las costas profundas que la marejada no visita: pero no se pueden obtener buenos resultados con ella, pués, como ustedes saben, la merluza fresca es desagradable y necesita ser conservada de modo especiál: es menester secarla naturalmente, á la sombra. Aquí no hay calor suficiente nunca y el secaje se hace muy mál, conservando siempre la mercadería una humedad que pronto la descompone. En Terranova es diferente. Allí la pesca se

hace en trés bancos, de los cuales uno es frecuentado por los franceses, otro por los ingleses y otro por los norte-americanos, que tienen sus pesquerías sobre la costa, dotadas de todos los adelantos del arte en ese ramo. Los barcos pescadores comienzan á llegar á principios del invierno, que dura seis meses, listos para trabajar durante toda la estación sin moverse, si es posible, para evitar los peligros de la navegación, pués la época de la pesca coincide con la de las brumas y huracanes. Estos riesgos són tán grandes, que no se fondea con cadena sinó con cabo, á fin de poderlo cortar en caso de apuro y huir mar afuera, evitando los tide-races que forman derrepente las corrientes encontradas. Estos remolinos són terribles: juegan con un barco como yo con esta espumadera.

Cada barco pescador trae siempre de quince á treinta botes dotados de un espinél y dós marineros. Llevando cada bote un cabo, vá á situarse á cierta distancia, quedando amarrado al barco y en la madrugada tira los espineles y espera; si se llenan, recogen y vuelven á tender y si no, recogen en la tarde y regresan á bordo, dónde cada tripulación abre y despanzurra su cosecha, entregándola lista al contramaestre, que la vá echando en los tanques de salmuera—graduada de cierto modo especiál, que es un secreto de cada casa pescadora,—pués muy fuerte no sirve, ni muy floja tampoco. Cuando el barco se ha cargado, vá á la costa, á la pesquería de que depende, á dejar su producto, que allí es secado naturalmente en grandes galpones y luego aprensado en la forma que sale al comercio.... Aquí no se puede soñar con eso.

—Y con la merlucina ¿cómo les fué?

—Mál, jóven, muy mál: peor que con el bacalao! La merlucina de estas costas es especiál y sube por el Pacífico cási hasta frente á Guayaquil. Es un péz ágil y vivo, que

no se desarrolla mucho ni tiene gran carnadura, igual cási al del Báltico que es conocido en el comercio por stock-fish ó peje-palo. Allí se le pesca solamente cuando comienzan las nevadas, que es la época de su abundancia. Se rompe el hielo y por los agujeros se echan montones de anzuelos: cási nunca se recoge el manojo sin que cada rama lleve su carga. Unos vaporcitos especiales, que cortan el hielo con la proa, penetran hasta donde están los trabajadores y se llevan diariamente la cosecha á la pesquería, en la cuál, en grandes galpones abiertos, se seca al frío la mercadería. Aquí no se logra esto; los peces se descomponen no más.

El que anda mejor es el arenque, pero desgraciadamente abunda poco y estamos observando que no viene todos los años como vá al norte de Escocia, así como se camina para la costa de Noruega. Allí abunda de una manera enorme en las proximidades de los escollos y roquerías, por lo que la pesca es muy peligrosa á pesar de ser productiva: muchas veces dós golpes de réd dán la carga de una lancha. La pesca se prepara ó en salmuera como su congénere la sardina, que es la riqueza de las costas de España y Francia, ó ahumada. Ninguno de los dós procedimientos es difícil ni riesgoso; pero el Sr. Tomás no lo crée así: él opina que en este ramo industriál, como en los otros, no haremos nada. El Sr. Tomás no es un espíritu atrevido, un alma de empresario ¿saben Vds.?—es un buen sócio y nada más, un espíritu achatado, como si dijéramos pasivo.

—¿El señor Tomás es mudo, á lo que parece?—preguntó La Avutarda.—Jamás le he oído hablar en las dós ó trés veces que he estado aquí.

—Así es, querido amigo, así es el pobre señor!.... Está privado del hermoso dón de comunicarse con sus semejantes y luego, como se crée deshonrado hablando por señas, permanece callado: conmigo nos entendemos con la mi-

rada no más, lenguaje de alma á alma, cómo quién dice de balcón á balcón!...

—¿Y es así de nacimiento?

—No lo sé, amigo Oscar, ni lo podré saber nunca quizás. Lo único que sé del señor Tomás es que entiende el español y luego que no tiene lengua, porque le he visto la boca y... nada más.

—¿Y cómo supo su nombre, entonces?

—No lo he sabido nunca tampoco; yo le digo señor Tomás como podría decirle señor Joaquín. Su nombre es puramente convencionál, sí señor, convencionál!... A este buen amigo le encontré en la última miseria, hace cuatro años, en un lavadero abandonado del súr de Lennox, en circunstancias que tentaba por la cuarta véz la realización de mi humilde misión en la tierra: hacer humear mi pobre pipa de madera, allá, en el extremo sur del continente americano, sentado en la última piedra que quedara al descubierto durante la bajamar en el Cabo de Hornos, en las Islas de Hermitte.

Qué orgullo el mio, poder decir como lo digo ahora, ante una asamblea tán distinguida como la que me escucha: «¿Vén esta pobre pipa de madera, mi María Antonieta, mi único amor?.... Yo la he hecho humear donde nadie ha hecho humear hasta hoy otra pipa, ni más pobre ni más rica!» Bueno, pués, queridos amigos, abandonado en Lennox y expuesto á morir de necesidad, encontré al señor Tomás, yendo yo con los finados Matias Simonovich y Patrick O'Clear—los mártires que se sacrificaron á mis ideas —en cútter propio, persiguiendo la empresa de mi vida. Trés veces naufragué y en la última, que ví la punta tajada del Cabo, levantándose alta y erguida, perdí mis dós amigos arrebatados por el mar, al pretender alcanzar una caleta pequeña que hay hácia la derecha y en la cuál no

sé que nádie más que yo, haya fondeado hasta hoy; al fin la alcancé! ¡Cuánto sufrimiento y cuánta pérdida terrible: allí se me extravió el Mariscál de Retz, aquella flexible varita de ballena que siempre usaba y que me regaló en 1860 mi inolvidable amigo Monsieur Bougaud, farmacéutico, establecido en Roma, Italia, via Babuino núm. 9, presso alla piazza dil Popolo... Mis compañeros habían muerto y me hallaba sólo con el señor Tomás: le recomendé que me esperara en el cútter, que quedaba amarrado en la caleta, angosta como una váina, y en la bajamar me eché á caminar por la costa abajo!.... Vino la marea y me tuvo muy mál, pués estaba encaramado en un peñasco que las ólas batían. Al fin volvió la bajamar y llegué á la última roquería, aún cuando sólo con mi pipa.... con María Antonieta!... El Mariscál era taivéz juguete de las ólas en aquellos momentos supremos. ¡Cómo gocé sin embargo!.... Para comprenderlo es necesario no andar con el cuerpo en lastre: hay que tener un alma, ilusiones, ideales!

Después regresamos y nos volvimos aquí: me pareció feo no asociar al señor Tomás á mi empresa comerciál y.... lo asocié. Y aquí nos tienen Vdes. á ambos comerciando un poco y pasando la vida tranquilamente.... Yo creo que al fin acertaremos con algo útil y provechoso: en eso trabajamos!.... Por lo pronto, hemos descubierto que la cáscara de magnolia, que como Vdes. vén abunda aquí de una manera fabulosa, pués todo el bosque está formado por esos árboles,—es, secada y molida, un remedio infalible contra el dolor de muelas. Si la cosa resulta como lo espero.... fíjense que proyecciones!

—La cáscara de magnolia, remedio infalible contra el dolor de muelas, descubierto por el único hombre que ha hecho humear su pipa en el extremo súd del continente

americano!... ¿Qué aviso eh?... ¡Eso no lo podrá decir nádie!...—exclamó Smith.

—¿No es verdad?—dijo monsieur Piccard complacido—¿Quién me arrebatará esa gloria?

Y como se detuviera en sus paseos, disponiéndose á tender la mesa en que íbamos á comer, le dije:

—¿Y el señor Tomás, dice ustéd que no tiene lengua?

—Eso he dicho, mi jóven y apreciado amigo: no tiene lengua!.... Ignoro si se la cortaron los loberos al abandonarlo en Lennox ó si la perdió ántes, pero de que carece de ella, no me cabe duda.

Y el señor Tomás, que evidentemente era huraño, no aportó más por la sala hasta el momento en que, terminada la cena, nos despedimos de monsieur Piccard para ir á dormir al cútter, pués Smith quería aprovechar la luna, que salía yá muy tarde, para seguir nuestro viaje interrumpido.

Su adiós se limitó, como á la llegada, á un simple gruñido que contrastó de una manera extraña con la obsequiosidad y fineza de su asociado, quién con toda prosopopeya nos acompañó hasta el embarcadero, deseándonos feliz viaje, pronto regreso y discreción absoluta respecto á sus descubrimientos.

XXIII.

Con viento favorable

Nada más imponente ni majestuoso que esta navegación por los canales fueguinos, que se abren paso por entre montes nevados que reflejan sus cumbres blancas sobre el mar sereno y tranquilo, por entre glaciéres gigantes que reproducen con colores fantásticos las selvas impenetrables que los flanquean—yá bajando sin un claro, desde la cima de un picacho escarpado, yá perdiéndose en las profundidades de las quebradas tenebrosas y mostrando donde quiera paisajes nuevos, que sorprenden el espíritu habituado á las armonías de la naturaleza y lo sacuden, quitándole la pereza de pensar y de admirar, dejándole suspenso en la contemplación de esos cuadros inarmónicos, de belleza grandiosa, que los maestros no han reproducido en sus telas ni en sus libros, pero que existen reales y positivos y se alzan ante los ojos asombrados.

Aquí, en la región austrál, todo es nuevo y todo es sorprendente, desde los peces que se agitan en las profundidades insondables hasta los pólipos que viven en las con-

cavidades sombrías; desde el quebranta-huesos gigantesco que se mira en el cristál de las rompientes tronadoras, hasta las lapas diminutas que trazan sus jeroglíficos extraños sobre la arena de las playas; desde los líquenes y musgos, que parecen una ilusión de los sentidos, hasta los colosos de la selva que simulan mover las nubes con sus abanicos multicolores; desde el peñón negruzco y carcomido, que asoma su cabeza rugosa en el vaivén de las ólas que ruedan en silencio, hasta la áspera montaña que alza á los cielos,—como para competir con los cirrus que arrastra el viento en su marcha vertiginosa,—las nieves de su cumbre y retrata en el mar sus flancos á pico, como bruñidos desde la cascada rumorosa que se despeña por una tajadura y cáe mansa y tranquila, esfumándose en ondas apacibles, hasta la avalancha tumultuosa que rebota de cima en cima y descuaja peñascos y árboles seculares, arañando las faldas de la montaña altiva; desde el grano de oro imperceptible, que rueda envuelto en la arena tutelar, hasta los mariscos que juguetean entre las algas verdes y desde la pampa somnolienta, que acarician las brisas del Atlántico, hasta las costas fragorosas en que rompe con estrépito el Pacífico bajo el acicate poderoso del sudoeste.

Recostado en la borda, silencioso, contemplaba embelesado el hermoso panorama y recordaba con pena á los poetas y pintores de mi pátria, que no encontrando en el suelo nativo nada que admirar, buscan en el extranjero inspiración y sentimiento, cuando Chieshcálan, acercándose á mí con cautela y tocándome en el hombro, murmuró:

—Ahí, atrás.... ese pico alto que se vé, es el Monte Francés, más allá está Yandagáia: no lo olvide. Chieshcálan tiene su toldo allí!. .

—¡Gracias, Chieshcálan!... ¿Pero no ibas á seguir con nosotros?

—No. Me voy á quedar en mi casa no más. Hace mucho que no estoy en Yandagáia!....

—Ese pico que asoma por aquel claro, es el Monte Francés, me gritó Calamar. Ese es el rivál del Sarmiento, y, según los indios, no es más grande que éste, porque el sól, viéndolo tán orgulloso, le aplastó la cabeza. La tradición afirma que en la cumbre hay una meseta y en ésta una laguna donde habitan peces que cantan y que una vez oídos esclavizan. El monte tiene una particularidad que le ha dado nombre: sobre el flanco que dá á nosotros, tiene una mancha negra que se destaca sobre la nieve y en la cuál los marinos han creído ver la efigie de un coracero francés que baja á caballo.

—¿Monseñor habrá llevado su María Antonieta hasta esa cumbre? ¿Qué loco lindo, nó?... ¡Pobre!... ¿Quién diría que ha sido tán guapo y tán andariego?....

—A fé de Calamar que no he visto hombre de más fuerza ni de mayores agallas!... ¿Y no lo parece, no? Mientras no le tocan la manía, habla con juicio y se le puede escuchar, pero en tratándose de su importancia, es hombre perdido... Donde hay que verlo es en los campamentos mineros cuando recién llega... Claro!..... La gente lo quiere tomar para la chacota y se lleva chasco y médio, porque el hombre es tigre. Una véz andábamos cinco, más acá de Puerto Español, haciendo cateos: un buen día se nos apareció con dós amigos en una goletita de mala muerte. Naturalmente, el que nos capitaneaba, que era aquel célebre Juancho el Holandés, que murió en las roquerias de la Isla de los Estados, les salió al encuentro en cuanto bajaron á tierra y les dijo que allí no podían hacer nada, ellos, porque estábamos nosotros: Monseñor le replicó con toda cortesía, y Juancho, al oírlo, creyó que se trataba de alguno de esos chambones de ocasión que caen

á los lavaderos por casualidad y se le echó á reir en las narices. Más vale no lo hubiera hecho.... Monseñor, enfurecido, le tomó del cuello con toda pulcritúd, le alzó en el aire, y con su paso tranquilo y cadencioso, se encaminó al borde de la barranca para tirarlo abajo. Nos costó mucho sacárselo de entre las uñas, pués es como el cangrejo: cuando agarra no suelta!

Doblamos una punta, que se presenta derrepente como una barrera opuesta al viento que corre sobre el canál, rizando apenas su superficie, impotente para levantar el oleaje y al contemplar mis ojos la hermosa bahía de Yandagáia, que se abre en el fondo y se esfuma allá en las sombras que proyectan las montañas circunvecinas, noté á poca distancia del cútter un chorro de agua que se alzaba perpendicular, cayendo luego en graciosa curva brillante y llegó á mis oídos, claro y distinto, un zumbido ronco y prolongado que me pareció el silbido de una sirena monstruosa llamando á los trabajadores de alguna fábrica oculta entre las fragosidades de la costa.

—¡Vaya!....—exclamó La Avutarda—Yandagáia está de fiesta... Hay una, dós, trés.... cinco ballenas á la vista.

—¿Esas són ballenas?

—¡Claro!.... Y grandes!.... Són las que nosotros, en el lenguaje del oficio, llamamos fick-back, zambullidoras sin alma, que no frecuentan sinó aguas muy hondas!..... Estas andan de paseo, no más. Fíjate qué lindas són y qué coletazos los que pegan!.... Si nos acertaran uno, nos aventaban! Cada véz que sacan el hocico erizado de barbas, lanzan un bufido y dán un golpe con la cola, que retumba á veces como un cañonazo, y se vuelven á zambullir, echando esos chorros de agua que parecen un surtidor y que tienen como treinta métros de altura!

—Hay nueve ballenas y dos ballenatos á la vista,—dijo

Smith.—¡Mire cuánta libra esterlina anda boyando!... Observa, muchacho, lo que es el mar austrál: en este pedacito que vén tus ojos, andan en el agua cincuenta ó sesenta mil pesos de tu tierra, que tu gobierno no aprovecha porqué no sabe!... Y decir que en cada bahia de la costa se levantan á esta hora tantos chorros como aquí!.... ¿Cómo estarán en la costa los paisanos de Chieshcálan viendo esto?.... La boca se les vá á secar á fuerza de hacérseles agua.

Y Chieshcálan me dijo entonces lo que era una ballena para los indios. El *Wapasy*, como le llaman en su idioma, es una bendición del cielo y cuando la vén en la bahia sacando su cabeza negruzca, dando sus coletazos ruidosos y lanzando sus chorros de agua cristalina, que brillan al sól, ruegan á los buenos espíritus de su devoción que hagan descender sobre el cetáceo un rayo de su cólera que lo tienda sobre la arena..... Ellos y las gaviotas tendrán festin.

Y durante el largo trayecto, fuimos siempre encontrando ballenas que Smith no podía mirar sin calcular inmediatamente el capitál que representarían y lamentar que una riqueza tán fácil y productiva fuera así despreciada por sus dueños.

—¡Hombre!... ¿Y por qué no pescamos algunas?

—¿Sí?.... ¿Te crées que pescar una ballena es lo mismo que pescar róbalos?.... Es operación muy riesgosa y más aún entre estos canales angostos donde un bote correría el peligro de ser estrellado al menor descuido. Cuando el ballenero encuentra un cetáceo de estos, bota al mar su lancha pescadora que lleva cinco ó seis remeros diestros por banda y en la proa una especie de cañoncito lanza-torpedos que, por médio de una pequeña carga de dinamita, arroja el arpón, afilado y agudo. Este penetra en el cuerpo

de la ballena, generalmente en el cuello y comienza la hemorragia, que es copiosísima y tiñe de rojo las aguas vecinas. El arpón que está ligado á la lancha por un cable fino y resistente de unos seiscientos á setecientos métros de largo, muy bien encerado y arrollado en espirál, se coloca al pié del cañón. En el extremo, tiene una banderita con la marca del barco y de distancia en distancia sellos indicadores. Lanzado el arpón y clavado, comienza á desarrollarse el cabo con una rapidéz vertiginosa, acompañando á la ballena que, al sentirse herida, dispara al largo como una flecha ó se sumerge á profundidades desconocidas, siendo este el procedimiento más peligroso para el pescador.

Al comenzar el desarrollo del cabo arrastrado por el cetáceo, los remeros aguantan la lancha arponera y un hombre que vá á proa con un hacha, se mantiene listo para cortarlo.

La ballena huye desesperada mientras tiene fuerza, pero luego, así como se debilita, aminora su marcha y al fin flota sobre las ólas, siendo su agonia larga é inquieta. Los resoplidos y coletazos forman verdaderos remolinos á su alrededor y más de una lancha se ha perdido en estas circunstancias por imprudencia del contramaestre ó por su impericia al no calcular el punto preciso donde saldrá agonizante, si se ha tratado de una ballena zambullidora.

Cuando el arponero ha desempeñado bien su oficio y el ojo ha sido certero, el cetáceo muere ántes de desarrollar todo el cabo y entonces se acerca el barco. Si esto no sucede, se larga la lancha y se sigue á remo el rumbo de la ballena hasta que ésta, á fuerza de desangrarse, concluya por ahí, en cualquiér parte, su andariega existencia. Nádie tiene derecho en el mar á una presa en estas condiciones, sinó el dueño del arpón que se clavó primero. Llegado el

barco al lado del cetáceo, se iza este por médio de los pescantes y comienza á beneficiarse, llenando los enormes estanques que lo esperan, con el aceite líquido y nauseabundo. Si vieras cómo es de súcio un buque ballenero en plena faena!.... No hay nada más repugnante: el olor infecto se toma á cinco millas de distancia contra el viento. No queda rincón en él que no chorrée grasa podrida.

Y en la tarde, al entrar en la bahía de Ushuwáia, que se abre al pié del Monte Olivia, siendo una de las más vastas y más abrigadas de la costa austrál, con capacidad para contener en su seno todas las escuadras de América, vimos una veintena de cetáceos que se recreaban juguetéando y que hicieron prorrumpir á Smith en sus exclamaciones y lamentos.

No podía mirar impasible los montones de esterlinas que boyaban improductivos, ni explicarse cómo los gobiernos de la Argentina desperdiciaban por ignorancia aquellos tesoros,

Desde nuestra salida de Punta Arenas, era Ushuwáia el primer punto poblado que encontrábamos y se imaginará el efecto que produjo sobre mi espíritu, eminentemente ciudadano, aquella pequeña agrupación de casitas blancas que yo contemplaba desde abordo.

El naciente pueblito, extendiéndose en suave declive sobre la playa, se perdía á lo léjos entre la selva fueguina, que bajaba cómo un manto verde desde las cumbres de las montañas, que se recortaban en el horizonte de una manera fantástica.

A mi me parecía que en sus calles, apenas esbozadas, encontraría algo de aquél Buenos Aires, mi cuna, que yo veía tán léjos pero tán bello.

Jamás es tán hermoso el terruño como cuando uno lo mira á la distancia.

Echamos el bote en la vasta bahía solitaria y cuando su proa tocó la empalizada de madera que servía de muelle, mi corazón palpitó de emoción, anhelante: me parecía que tocaba una mano querida, que algo—algún ser inolvidable —me esperaba allí en aquel rincón lejano de mi pátria y que en él me sorprenderían mensajes cariñosos traidos por las brisas.

Buscamos la casa del comerciante á quién veníamos consignados—uno de esos criollos animosos que sin más capitál que su coraje se lanzan al desierto, héroes ignorados en la lucha de la civilización con la barbarie, que viven y mueren sin recompensa, pero que abren generosos el surco por donde un día correrán vivificantes las fuerzas de la vida—y luego de destapada la botella de snáp, obsequio obligado de la región fueguina, nos sentamos en el vasto almacén por cuya puerta, abierta de pár en pár, yo veía á lo léjos el mar sereno y tranquilo, teñido con la lúz suave de los crepúsculos australes, que es inimitable por la dulzura y variedad de sus tonos, y nuestro cútter con sus velas recogidas, que cabeceaba blandamente sobre el ancla, saludando á otros barquichuelos diseminados en la vasta rada, desde la punta de una península que verdeaba, alzándose en anfiteatro, hasta la lejanía brumosa donde el mar y las montañas se confundían en el horizonte indefinido.

—Se desembarca no más derechamente—decía el comerciante contestando á una pregunta de Smith—yá no hay derechos aduaneros aquí: no están suprimidos, pero se ha conseguido que el gobierno no los cobre. Esto es trabajo del gobernador que tenemos, uno de esos bichos raros en el mundo—que ha venido á caer aquí, como de la luna. El hombre no es malo, al contrario; pero es embromador con su actividad febril que no tiene en que ocupar. ¿Qué diablos puede hacer sinó fastidiar á la gente, un hombre que no duerme pensando en

qué ocupará sus ócios? Desde la madrugada yá se le vé caminando de un lado para otro: vá á la iglesia que está construyendo; salta de allí á un aserradero que ha fundado más léjos—y que, entre paréntesis, buenos servicios nos presta, no hay que negarlo—se viene aquí, á meterse en si vendo ó no vendo, y en si compro ó no compro y de aquí se vá á la cárcel correccionál que ha hecho fundar con el gobierno, ó al muelle ese que está haciendo ahí, donde Vds. atracaron... Eso es divino!... Ahora le ha dado por pelear con el *broma*, un gusanito microscópico que cria la madera que está bajo el agua y que se come las vigas enormes en pocos años....

—Pero hombre!... Efectivamente: no sabía lo que le encontraba á Ushuwáia, que me la hacía desconocida!... ¿Serán las obras?

—Es que ha crecido! Ahora tenemos buenas casas siquiera, pués no faltan madera ni recursos.... lo que falta es quién quiera hacerlas. Este gobernador padece, entre otras muchas, de la manía de traer gente y nos hace padecer á todos con ella. No comprende que lo tienen aquí como encerrado, pués no le dán caballos, vapor para recorrer las costas, ni nada.

Cuando vé pasar los barcos de los loberos y de los buscadores de oro, que, como lo saben impotente para perseguirlos le pegan duro y parejo á la cháila y al garrote, se pone insufrible. Vá hasta la orilla del agua, vuelve, se trepa á los cerros—hasta ahí, cerquita no más, adonde alcanza el desmonte, porque no puede ir más léjos—y la emprende con nosotros—los comerciantes—diciendo que saqueamos al gobierno y al pueblo—él le llama pueblo á una veintena de pelados que hay aquí, que si no fuese por las raciones oficiales se morían de hambre—y nos amenaza con todo lo que puede. No le hacemos caso y... vamos vi-

viendo. Sin embargo, para mí este hombre se vá á enloquecer acá: figúrese que vé todo y no puede hacer nada!

—¿Y la cárcel correccionál qué gente tiene?

—Ladrones y pillos de Buenos Aires, desechos humanos, inservibles de esos que se hacen rateros para comer, desgraciados de la última especie que no tienen ni quién le diga á un escribiente de juzgado «haga que no lo manden, amigo!»... Aquí andan suéltos y como la policía es formada por cuatro gatos y la gentuza ésta vá en aumento, tenemos miedo—los que algo poseemos—de que el día ménos pensado saquen fuerzas de flaqueza, se levanten, agarren al gobernador y lo zambullan en la bahía con todos sus proyectos, y á nosotros nos pongan como nuevos. Es una cosa bárbara. Para bien nadie se ocupa de esto. Fíjese: el gobierno prohibe matar lobos pero no lo puede impedir, matamos no más, aunque nos vemos obligados á hacerlo por el cuero únicamente y desperdiciando el aceite que es tán caro. Lo mismo sucede con las ballenas: la bahía está hirviendo con ellas y uno en véz de pescarlas aquí y aprovecharlas bien, tiene que irse por ahí, lejísimo, adonde no pueda llegar el gobernador este....! En fin, capitán, que uno vive aquí en plena comedia, malgastando el tiempo y viendo que las esterlinas se pierden sin provecho.

—¿Y porqué no lo meten al gobernador en algo?.... ¡Interésenlo!.... ¿No saben que el aceite hasta hace pasar las piedras del hígado?

—¡Báh!... Si él pudiera hacer algo lo haría derecho viejo, sin interés... ¿No le he dicho que es un loco con la manía del patriotismo...? Es que en Buenos Aires no le llevan el apunte. Allí debe haber alguna pandillita que ha olido esta breva y se la quiere chupar cómodamente: eso es todo!... ¿Qué lo ván á dejar meter basa?... El hombre escribe notas, hace proyectos, pide barcos para vigilar las

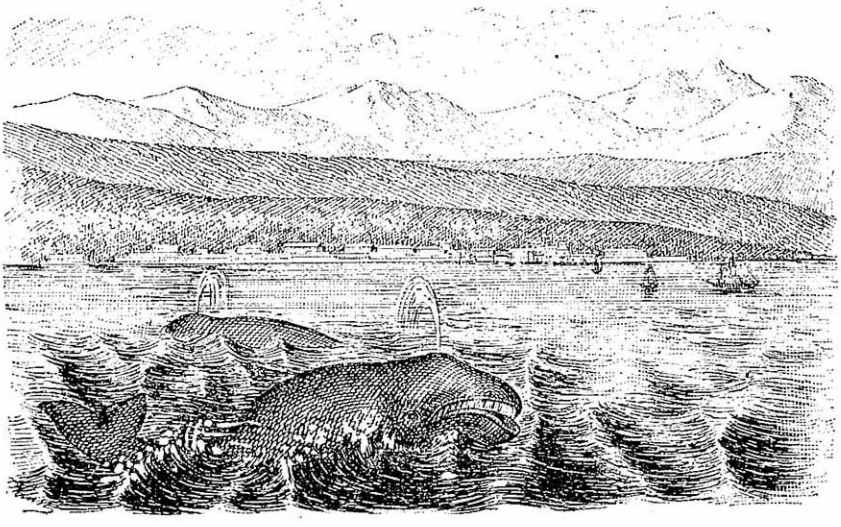
costas, caballos para la policía y... nada!... Siendo cosa de ponerlo en movimiento, no le largan!....

El día ménos pensado lo ván á hacer saltar y esto se vá á volver una torre de Babél... A mí me ha clavado lindo.... fuí muy pavo!.... ¿Mire, la ladera de ese cerro, ahí á la entrada de esa quebrada? ¿Vé como están blanqueando los postes tirados?.... Bueno: són míos... Un día vino de Buenos Aires y nos dijo que el gobierno nos iba á comprar madera para el puerto de Bahía Blanca, que cortáramos y la ofreciéramos barata, que era obra de patriotismo y qué sé yo...! Metí cuatro mil pesos y ofrecí á cinco centavos el pié. ¡Ahí están tirados...! El gobierno la compró á quince ó veinte á otros.... y nos reventó á nosotros!...

—¿Y el gobernadór qué hizo?

—Nada! Echar maldiciones y gritar.... pero con eso ¿qué haciamos nosotros?... Otro día vino y me metió en la cabeza que fundara una fábrica para conservar mejillones: la fundé y comencé á mandar la mercadería á Buenos Aires con un éxito expléndido. Estaba contentísimo y se vendía como pán... Un buen día tiene el Gobernador no sé qué agarrada con los comandantes de los transportes y estos, por reventarlo á él, me reventaron á mí. No querían llevar mi carga y gritaban en todas partes que la fábrica era del Gobernador. ¡Vea!.... ¡No es cuento!.... Allá, en aquella lomita, junto al mar, se vé la galponada abandonada. ¿Sabe cuánto me cuesta la jaranita? ¡Diéz mil buenos y morrocotudos pesos! ¡Aquí, amigo, se hacen verdaderos crímenes!....

Como nos encamináramos al embarcadero para ir al cútter y vér la carga, á objeto de arreglar lo necesario para el desembarque en la madrugada, tropezamos derrepente con un hombre que estaba sentado sobre uno de esos lindos postes de fierro, pintados de rojo, que la Adminis-



tración de Correos ha desparramado por toda la República y de los cuales posée un ejemplar esta playa desierta. Es el primer signo de la civilización que encuentra el viajero que viene del mar austrál y no puede mirársele sinó con cariño, pués dice elocuentemente al corazón, que por su intermedio puede uno ponerse al habla con los seres queridos, con el hogar lejano.

—¡Ahí tienen Vds. á S. E. el señor gobernador de la Tierra del Fuego, teniente coronel D. Pedro T. Godoy!.... Está descansando de sus carreras del aserradero á la obra de la iglesia, sentado sobre el poste del correo y mirando al mar, en que no puede meter la pata y donde reina omnipotente su enemigo *el broma,* el bichito ese que les dije se come la madera!

Al pasar, y ántes que lo saludáramos, dijo el gobernador al comerciante:

—¿Ha recibido carga de Punta Arenas?

—Sí, señor.

—¡Ha de ser snáp y guachacay!.... Mire, ya sabe, si se llegan á emborrachar los presos, el responsable es Vd.... después no me venga con historias....

—Pero, señor.... yo sólo no tengo bebidas!

—¡No sé nada!.... Ellos dicen que el único que vende aquí bebida pura es Vd.... ¿Qué bárbaros, eh?.... ¡Lo que es la ignorancia y falta de conocimiento de los hombres!.... ¡Mire, vender Vd. bebida pura!.... Los otros la despachan con soda.... á lo que parece....

—¡Eso es broma, señor Gobernador!

—¿Broma?.... ¿Ya sabe?.... ¿Le conté?.... El tál bicho me ha comenzado á comer una de las maestras del muelle.... La mejor.... Reventara el maldito!

—No haga caso, señor.... eso no es nada!.... ¿Sabe lo que me escriben de Punta Arenas?.... Dice mi corres-

ponsál que me vá á mandar una semilla de trigo de país frío, de Groenlandia creo ó no sé de dónde,—que es una maravilla. Me pide que haga ensayos aquí y que después le mande los resultados, con certificado suyo.

—¡Vaya, hombre!.... Al fin le vá á hacer Vd. un servicio á su pátria!.... Caramba!.... Ya era tiempo!.... Lo felicito!.... Bueno!.... Broma aparte—¿le dije que el tál bicho yá me había comenzado á comer una maestra?

—¡Sí señor!

—¡Ah! ¡Perfectamente!.... Entónces, ya sabe, cuente conmigo y con la gobernación!.... Mañana mismo vamos á empezar!

—¡No, señor!.... Si recién me anuncia que me vá á mandar la semilla....

—No importa.... mañana mismo comenzaremos á roturar tierra y á prepararla. Los bueyes están de haraganes y los aprovecharemos. ¿Y ustedes de dónde són?.... ¿De Punta Arenas?

—Sí, señor gobernador.

—¿Vienen á lobear quizás?.... Así es el chasco que se ván á llevar. Yá me está por llegar un vapor. No vá á quedar lobero sin que lo cuelgue de un palo!

—Así será señor—repuse yo—pero no somos loberos.

—¿Serán quizás maestros de baile ó vendedores de almanaques?

—No, señor gobernador: nuestro barco es mercante.

—Sí, sí....! Ya sé; aquí todo el mundo es mercante.... ¿Vd. es el dueño?

—No señor, soy marinero.... de afición.

—¿Es chileno?.... No parece....

—Soy argentino, señor.... y me he embarcado en este cútter para conocer la costa hasta Navarino.

—¿Y para qué?.... ¿Anda por colonizar ó vá á fundar algún diario?....

—¡Para conocerla no más, señor gobernador....! ¡Puede ser que algún día eso sirva!

—Yá lo creo, amigo, que ha de servir.... Vea, almacenero, todavía hay gente que se ocupa de la pátria!.... No hombre: las cosas no están tán perdidas, qué diablos!.... Bueno, amigo, si lo puedo servir en algo vaya por la gobernación no más!.... No crea por esto que me engaña: sé que són loberos, pero siquiera són criollos y serán útiles!

—Mil gracias señor gobernador.... V. E. puede también ocuparnos si algo se le ofrece!

—¿Cómo no?.... Vea: ¿Vds. ván á Navarino, no?

—Sí, señor.

—¡Bueno!.... Júntenme muestras de piedras, de tierra, de maderas, de pastos, de todo lo que hallen! Es para mandar al Museo de La Plata, que me ha pedido colecciones.... ¿Sabe escribir Vd.?

—Sí, señor.

—Perfectamente!.... Apunte entónces en un papél cómo es el paraje de donde sacan las muestras, si es alto ó bajo, si hay agua dulce, en fin, noticias minuciosas y exactas.... Pancho Moreno, otro maniático, y yo, se los vamos á agradecer.

Nos despedimos del gobernador, que se quedó sobre su curioso asiento, mirando al mar y tarareando entredientes un trozo de la «Fuerza del destino», y cuando nos separamos lo bastante, dijo el consignatario:

—¿No vén?.... Eso es el gobernador: una buena alma. En cuanto le hablé del trigo yá cambió y lo mismo fué con Vds.... Lo que le preocupa sobre todo, hasta más que el *broma* que le come las maestras, es hacer conocer

estas regiones en Buenos Aires, poblarlas, atraer capitales, formar un estado rico.... pero nos vá á reventar á nosotros, nos vá á hacer quebrar. A causa de él esto se ha puesto tremendo. Los comerciantes mayoristas léen los diarios, créen que esto es Jauja y aprietan las clavijas.... ¡Oh!.... ¡Ya verán!.... Ushuwáia será el fundidero de muchos, comenzando por el gobernador!

Y al otro día, echada á tierra la mercadería que llevábamos y cuando creíamos recibir los sacos de sál que necesitábamos para nuestra expedición de caza, dijo el comerciante:

—La sál la ván á cargar en Navarino, allá en la caleta del Burro: se las dará el encargado de la estancia que tengo allí. Acá no puedo tener sál en cantitad; el gobernador, con tál que no se la vendiera á los loberos, era capáz de comprármela toda. Por eso tengo allá el depósito.

—¿Y porqué ha ido á poblarse en territorio chileno, señor?.... Con razón entonces se le enoja el gobernador!

—¡Vaya...! Chile para dar tierras en arriendo, no tiene trámites ningunos y acuerda muchas facilidades y ayuda.... Aquí es terrible.... Tiene Vd. que comenzar por iniciar un expediente en Buenos Aires, que no se acaba nunca y después correr el riesgo de que cuando Vd. se haya poblado, venga cualquiera que haya comprado la tierra porque sí y lo desaloje. Yo soy argentino y quiero mucho á mi pátria.... pero, no hay que hacerle, para trabajar, aquí, en la región austrál, es mejor recostarse á Chile!

Y desplegando la vela, pusimos rumbo al súr, en demanda de las caletas sombrías entre cuyas húmedas arenas buscaríamos los granos de oro relucientes y de los peñascoss aislados donde los lobos dormitan arrullados por las voces misteriosas de la mar bravía.

XXIV.

Témpanos

No conozco los lagos de la Suiza ni los fjörds de Noruega sinó por referencias, pero dudo que ellos, sólos ni reunidos, puedan competir como pintorescos con el Canál del Beagle, en el camino de Ushuwáia al Mar Argentino.

Aquí, montañas caprichosas y cubiertas de resquebrajaduras sombrías, en cuyos fondos brillan con los rayos del sól, reflejados sobre las neveras imponentes, cascadas torrentosas y mansos arroyitos que serpean entre bosques tupidos y vienen á morir mansamente en aguazales irisados, que, filtrándose por entre la hojarasca, cáen al mar en lágrimas silenciosas, chorreando desde lo alto de las barrancas á pico que parecen barnizadas; más allá, peñascos como de pórfiro unas veces y como de azabache otras, que semejan ora el arco quebrado de un pórtico inmenso, ora una ojiva atrevida, que es como la ventana monumentál de un castillo ruinoso, ora una torre almenada ó un torreón derruído, más léjos, una roquería plana, encerrada en una orla de espuma y cubierta en toda su extensión de pengüi-

nes alineados—que con sus pechos blancos y sus cabezas negras, simulan un ejército fantástico—y en los aires, revoloteando y gritando alegres, yá bandadas innumerables de loros chillones, de pesadas avutardas, de négros sháags, que parecen nubes tormentosas, ó de blancas gaviotas y gaviotines escoltados por algún albatros silencioso al que acompañan, enojadas, bullangueras falanjes de chingolos, gilgueros y golondrinas.

Y en las aguas, como nota extraña en un paisaje de tono tropicál, el zumbido de las ballenas que alzan sus columnas irisadas, ó el centelleo de los mariscos que se recrean sobre las playas dormidas ó entre las cavernas maravillosas cubiertas de blancas estalactitas.

Y cuando pasamos la isla Gable—qué es más bién una península—y los islotes que la circundan, acompañados por el coro característico de los pengüines que oreaban inquietos sus álas diminutas, parados gravemente sobre sus patas cortas y palmeadas, dijo Smith:

—Ahí está Puerto Harberton, la casa nueva del Sr. Bridges. Veremos si el Reverendo nos vende alguna manteca y un cordero... aunque sería bueno que nos empezáramos á despedir de esas gollerías.

—Hombre,—dijo Calamar,—todavía hasta Picton hay un trecho y sobra tiempo para que los estómagos se olviden de lo sabroso... ¡Amigo!... No sé si los corderos de aquí serán tán ricos por el hambre conqué uno los come, ó porqué lo són verdaderamente, pero yo jamás he comido carne más exquisita: parece que uno le tomara hasta el olor al pastizál florecido.

—Lo bueno sería,—dijo Oscar,—que la religión del señor Bridges le prohibiera vendernos corderos... Calamar se quedaría con buenas ganas.

—¡Oh! ¡oh! no es muy difícil; no hay forma de hacerle

que venda tabaco ni bebidas. Y buenos gramos de oro pierde con eso!...

—Bebida no vende todavía,—añadió La Avutarda,—pero tabaco sí: es negocio del hijo, que no tiene la misma religión del padre... Vea la vueltita que le han encontrado ¿eh?—La última véz que pasé me encontré con esta novedad y el hijo me contó que á duras penas había conseguido del viejo que le permitiera tener tabaco en el almacén: de bebidas no quería ni que le hablaran. ¿Qué dirían en Lóndres sus consócios de la Sociedad de Temperancia?

—Pero él yá no es más misionero,—repuso Smith,—á qué guardará esos miramientos?.... Ahora es estanciero y argentino... yá no es ni inglés siquiera!

Un coro de rebuznos llegó á mis oídos, ensordeciéndome: era una manada de burros cantores, indudablemente.

—¿Qué es eso?—exclamé agarrándome la cabeza, asombrado de tanta desafinación y desconcierto.

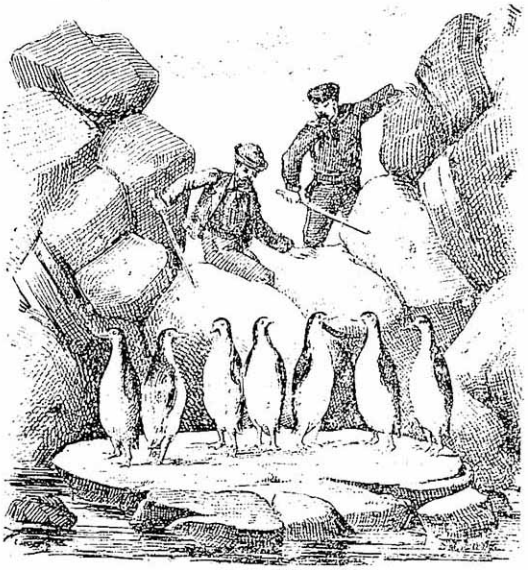
—No crea que está en ningún teatro,—replicó Calamar sonriendo. Es que hay asamblea de pengüines; visita de bandada á bandada!

Y me señaló en una escotadura de la playa más de seiscientas de estas áves, agregando:

—Ahora hay discursos para una hora: es un gran parlamento que se reune ó una visita de etiqueta. Cada bandada trae sus oradores, que són los que chillan á disputa.

Entonces me contó todo lo que sabía con respecto al curioso habitante de las costas fueguinas.

Conocía trés clases: el pengüin común, que era el que teníamos por delante, peculiar de esta región y de las tierras antárticas, pués se le había encontrado en abundancia en las Shetland del Súr, en Nueva Georgia y en el litorál de Graham; el sháag de aquí, que no es sinó el jackars



famoso de los ingleses, el gran productor de huano y el rockhopper ó pengüin real, que tiene un copete doble—cuya pluma alcanza gran valor—y que es más grande y vistoso que el pengüin común: viene á estas costas solo de véz en cuando, pero abunda en las islas antárticas y en Kerguelen y las Malvinas.

Para Calamar, el jackars ó sháag es un pengüin que vuela y nada, sucediendo con estas áves lo que con el zamaragullón negro de nuestros ríos que se llama bigúá y su congénere overo que se llama macá, que nada únicamente.

El pengüin común no tiene álas ni camina mucho, pero es insigne nadador y zambullidor, pudiendo andar muchos días sobre el agua y debajo hasta dós minutos, alcanzando á grandes profundidades.

No hay en el súr áve más andariega: recorre decenas de leguas de témpano en témpano y de roquería en roquería, nadando en bandadas inmensas. Cuando uno le atropella, se limita á gritar, á hacer aspavientos y á dar picotazos verdaderamente terribles: en tierra no tiene defensa alguna y para matarle los cazadores le toman el lado del mar y ultiman á palos las bandadas en pocos minutos, pués su aceite es apreciado y no tiene diferencia con el de lobo. Para poner, busca las roquerías aisladas que sólo frecuentan los anfibios, los islotes inaccesibles pero planos y las playas escondidas: no gusta de la tierra y no se interna sinó hasta donde su oído le permite percibir el ruído del mar, en que encuentra su alimento.

Allí, en espacio de muchos métros, empiezan las hembras á hacer sus puestas, unas al lado de otras. Sus nidos són de estiércol y día á día aumentan de diámetro y de altura con las deyecciones de cada áve, que luego de clueca no abandona más su nidada, siendo los machos quienes cari-

ñosamente provéen á su sustento. Todos los años vienen las mismas bandadas á hacer sus puestas en el mismo paraje, y en cada estación ván aumentando el rádio de la colonia. Las hembras más viejas superponen sus nidos en capas paralelas, y las más jóvenes ocupan el terreno nuevo. Estos ponederos parecen celdas de un panál colosál y los nidos están revestidos interiormente de un finísimo plumón que, más tarde, servirá de cobija á los polluelos que nacen implumes, apenas cubiertos por una pelusa amarilla, cási dorada.

En médio de una colonia de pengüines, no irá á establecerse seguramente áve alguna: las gaviotas, los gaviotines y demás pájaros del mar, anidarán quizás en el mismo paraje, pero completamente aparte.

Se costean á hacer su puesta al mismo islote ó roquería, desde distancias inmensas, y esta continuidad explica las montañas de detritus que llegan á formar y que se conocen con el nombre de huaneras: se calcula que cada año levantan una pulgada el nivél de cada ponedero.

Cuando se intenta tomarles los huevos ó los pichones, el pengüin, irguiéndose, les oculta en una especie de bolsa que forma con el plumaje del pecho y vientre—que es espeso y cási compacto—con la cola y las patas, disponiéndose á defenderlos á picotazos y á chillidos que ensordecen.

Su grito es especiál é inconfundible: de cerca, tiene algo de ladrido, si se le oye aislado, pero de léjos y cuando toda la bandada lanza sus notas, parece un coro de rebuznos.

Según Calamar, todos los pengüines no són gritones: este es un oficio especiál, una dignidad en cada bandada y cuando se reunen dós de éstas ó hay alarma, entonces los voceros ó los parlamentarios tienen el privilegio exclusivo de hacerse oir.

La carne es repugnante, y á este respecto agregó Smith:

—Para comerla se necesita tener mucha hambre y un estómago á prueba de ascos: es aceitosa, muy parecida á la de los tiburones ó las ballenas y tiene un olor á marisco podrido, inaguantable. Yo no la he podido pasar nunca, aunque esto no es extraño, pués con la de lobo, que es también parecida, me ha sucedido lo mismo. El huevo es hediondo y muy áspero al paladar, pero es medianamente pasable, así como lo es el pichón tierno.

—Si los gobiernos,—dijo Oscar,—supieran la fortuna que tienen en los pengüines, quizás los cuidaran más. Este pájaro no tiene desperdicio: todo él es oro, desde las plumas al estiércol. En una grasería es donde se vé: no se tira de él sinó el pico y las uñas, pués hasta los huesos se vuelven aceite fino. Y después lo que valen sus detritus. Se les llama huano de segunda clase porque es muy lavado y poco fuerte, pero se paga hasta dós esterlinas la tonelada. El huano de las costas de Chile y del Perú, donde nunca llueve ni hay la humedad que aquí y sí un calor secante, es el de primera, que vale sus seis libras esterlinas la tonelada con toda facilidad: pero los dós són iguales, salvo las diferencias del clima en que se producen.

Habíamos llegado al desembarcadero de Puerto Haberton y luego de amarrado el cútter trepamos una suave colina arenosa y alcanzamos al galpón donde se halla el almacén.

Más allá, en la ladera de un pequeño cerro verde, pastaban diseminadas un centenar de vacas y más acá, á la izquierda de la casa que ocupaba la familia propietaria del dominio, en un precioso ribazo tapizado de gramilla y con apariencias de parque inglés, se extendía una majada de blancas ovejas, cuyas crias triscaban rezagadas.

El dueño del almacén, que era un hijo del Sr. Bridges,

propietario de la única estancia que hay en los canales argentinos, es un jóven fueguino—el primer hijo de europeos nacido en estas regiones—que, así como sus hermanos y hermanas, se educó en Inglaterra.

Hoy, toda la familia del ex-misionero, yá provechosamente formada, se hallaba reunida bajo el techo paterno y era ella la que atendía—auxiliada por algunos indios reducidos, que no querían abandonar á su misionero,—las faenas de la factoría y del pastoreo que tenían en la Isla Gable.

Primero estuvieron establecidos con la misión en Ushuwáia y allí plantearon el establecimiento próspero que hoy poséen y que trasladaron á esta localidad cuando el gobierno argentino la donó al misionero como prémio á sus esfuerzos civilizadores. Las vacas y las ovejas, que forman por ahora la base de la indústria en explotación, pués no puede contarse como tál el ensayo agrícola, prosperan admirablemente, siendo las primeras de raza Polled Angus y Lincoln las segundas. No se conocen enfermedades en el ganado, ni se ha observado hasta hoy otra causa de disminución que alguno ú otro malón de los indios ladrones, pero esto mismo se vá haciendo raro y yá cási no se produce. La oveja parece nativa de la región: su lana, sobre ser completamente limpia, no es grasienta y es más larga, sedosa y resistente que cualquiera otra del mundo; su venta en los mercados ingleses se hace con gran facilidad siendo conocida como especiál. La reproducción es enorme: se hace generalmente por parejas de corderillos que se crían con toda facilidad. El ex-misionero crée que Tierra del Fuego es un país privilegiado por la naturaleza y que el dia que sea conocido se transformará como por encanto en un estado que será orgullo de la república.

El clima es tán sano, que hace treinta años vive él con

su familia en aquél desierto, sin haber tenido nunca que recurrir á médicos ni medicamentos, y opina que la intemperie fueguina, con las emanaciones del mar y de las selvas, combinadas, es ántes un remedio que una causa de enfermedad.

Me contó luego, con lenguaje sencillo, las peripecias de los misioneros ingleses en la región y sus trabajos y penurias: hoy se veía yá el fruto de tanta abnegación, felizmente.

No había sido estéril el sacrificio de Allen Gardinner, el primér misionero que en 1851 abordó estas tierras y pagó con su vida y la de sus compañeros semejante atrevimiento.

Hoy llevaba su nombre un cútter de la misión, que había prestado tantos servicios á la humanidad como años tenía y los indios—dignificados todo lo que era posible—sabían honrar la memoria de aquél que por ellos, tán miserables, había sacrificado su vida, conservándose con religiosa veneración en Banner Cove, en la Isla Picton, las últimas palabras que escribió su mano y que eran miradas como una reliquia.

—¿Y Vds. yá no tienen Misión aquí?

—No señor, pero los indios nos visitan siempre y vienen á ayudarnos con toda buena voluntad aunque no nos conviene mucho, porque sus nociones de propiedad són muy rudimentarias, sobre todo en los onas. Para ellos cualquiér animál es un guanaco y créen que éste es del primero que le clava una flecha. El ona es indio bueno, vigoroso y aitivo, pero es de corto alcance intelectuál y mira la vida con ojos de sensualista.

Figúrese, agregaba, que ha habido veces que nos han cortado una punta de ovejas y hemos salido á perseguirlos: se conocía que marchaban por caminos extraviados, con el

fin de ocultarse y detrás de sí iban dejando, sin embargo, el reguero de animales con las patas quebradas. Averiguado con qué fin hacían esto, supimos que era para impedir que se les escaparan y poder volver á buscarlos más despacio.

Ahora se han despertado mucho, pués los loberos y buscadores de oro, que los frecuentan, les han comenzado á enseñar todo género de pillerías... Ahí acaba de llegar de entre ellos, precisamente, un inglés conocido por Matias el Rubio...

—¿Matias?... ¿Dónde está?...—interrumpió Smith.

—Ahí está en el galpón... ¿Quiere que lo llame?

—¡Cómo no!.... Si es un amigo!.... Casualmente tenía la esperanza de encontrarlo en Banner Cove ó en Puerto Toro.

—¿Y á qué diablos habrá venido hasta acá?...—agregó La Avutarda.—A mí me aseguró que no se iba á mover de allí hasta que no pasáramos nosotros.

—¡Oh! ¡oh!... en algo ha de andar, sí. Ese no es hombre de perder el tiempo en paseos, ni en correrías improductivas.

Y derrepente se obscureció el almacén. Alguien que se paraba en la puerta, alto y ancho, interceptaba la lúz: seguramente era un gigante.

—¡Hola, Rubio!

—¡Matias... Brandy, Snáp y compañía!

—¡Mire los que habían sido!... ¿Quién lo creería al ver un cútter tán lindo? Yo hubiera jurado que se trataba del obispo de Malvinas!

Y luego de dar á todos su mano, grande y callosa, habló en vóz baja con Smith durante algunos minutos y acompañados por él, que llevaba á la espalda su equipaje—un qui-

llango de guanaco—nos encaminamos al cútter, haciéndonos á la vela.

—¿Y qué hacías en Harberton, Matías?

—¡De paso!... Venía á esperar algún cútter que me llevara á Puerto Toro... Como sabía que irían Vds. por allá y se quedaban los muchachos...

—Eso sí; no digo que no...! Lo que quería saber es en qué andabas por aquí?

—¡Vaya, hombre! Andaba con unos onas parientes de mi mujer!.... Hemos pegado una vuelta grande: venimos cási desde Sán Sebastián, por adentro.

—¿Y qué han hallado?

—¡Nada!... ¿Qué vamos á hallar?

—¡Ah! ¡Ah!—interrumpió Oscar—¿no diste con el carbón de piedra, entonces?

—¡Está lindo...! ¿Hasta eso saben?

—¡Hombre....! Una noche, en Malvinas, en la grasería de Robertson, donde yo trabajaba, me dijiste que te ibas á casar con una india ona y después á buscar en el interior una mina de carbón que los indios debían conocer porqué hablaban de «una piedra de quemar...»

—¡Bueno...! Me casé... y me ha ido mál...! No he encontrado nada hasta ahora.... Yo creo que aquí, fuera del carbón que han hallado en Slóggett, no hay más...! Si hay, han de estar las vetas muy abajo, quizás en el fondo del mar!

—¿Y...? Matías, ¿te irás á lobear con nosotros?—preguntó Smith.

—¿Cómo no...? En Puerto Toro me esperan dós de los muchachos: Antonio Rodríguez, el mejicano y Gin-Cocktail, un nuevo de estas canchas... Me parece que debemos llevarlos, si vamos á ir léjos....! Nueve hombres no es nada,

si tenemos que trabajar en roquerías desconocidas.... por las dudas los comprometí.

—Vamos á ir abajo de los peñones de Evont, á un lugar que yo descubrí el año pasado.

—¿Y puede quedarse el cútter?

—¡No!... Es una roquería chata, que apenas se vé en alta marea... Si podemos estar cinco días sin que nos lleve el mar, garanto quinientos cueros, trabajando sin dormir.

—¡Yá sé dónde es... El año pasado fué La Araña con diéz compañeros!

—¡Oh! ¡oh!... ¡Sé bien, sí! Y no volvió más, ni volverá!... Los únicos que se escaparon fueron Calamar, La Avutarda y yo, que habíamos quedado con el cútter, este mismo «The Queen» que montamos y que se vá á estrellar en cualquiér parte ó dará fortuna. Dejamos á La Araña y á siete más y nos volvimos á Lennox: cuando pudimos regresar á los seis días, pués hubo uno de esos temporales que no se olvidan, el mar se había llevado La Araña, los loberos, los cueros y todo! No hallamos ni señales!

—¡Bueno!... Entónces... seríamos ocho: cuatro para desollar y dós para salar, seis, y dós para quedarse con el cútter...

—Tenemos que ser nueve, lo ménos.

—Nos llevaremos á mi compadre Castinheiras, por mál nombre Catalena, dijo Calamar: está por ahí, por Slóggett, que es su querencia... Ese es hombre dispuesto.

—Yá lo creo, replicó La Avutarda, dispuesto para todo ménos para decir *canaleta:* por eso le pusimos el apodo.

—Que diga canaleta ó catalena... es lo mismo!... Mi compadre es muy buen hombre!...

—No lo niego, Calamar, no lo niego... es como todos los portugueses cuando tienen á sotavento una copa de brandy...! Conozco!... como dice Smith.

—¡Oh! ¡oh!... Y conozco—dijo éste.--Catalena con la faca en la mano es hombre de cincuenta cueritos diarios: yo lo hé visto!

En este momento Matías se puso de pié y llevándose sobre los ojos, á modo de pantalla, una de sus enormes manos peludas, sonrió con aire bonachón, se levantó el gorro de la frente—descubriendo un chirlo rojo que cási le dividía el cráneo y que yo ni ninguno de los de abordo le habíamos notado—y exclamó:

—Allá está la caleta del Burro!... Caramba!... No he perdido el ojo todavía!... Ahí hán poblado una estancia y puesto una pulpería que se llama La Primera Argentina: yo creo, sin embargo, que es más bien la última! ¿Saben quiénes són los que la visitan de preferencia?... los cazadores de naufragios!

—Tenemos que llegar allí,—observó Smith...—¿Dónde está?

—Allá, atrás de aquel acantilado que sale sobre el mar: ese es el Infiernillo. Arriba hay unos chorros de agua caliente y otros que tienen olor á azufre y á huevo podrido, que se siente de léjos: són iguales á esos chorrillos que háy en Ushuwáia, pero más grandes!... ¡Vean!... Háy un cútter que vá saliendo de la caleta... ¿Lo vén?

Y todos miraron y todos vieron, ménos yo, que me quedé admirando cómo se desarrolla la vista y el oído en estos hombres de mar: esos órganos llegan en ellos á un perfeccionamiento maravilloso.

—Sabes, Matías, que te han hecho una buena melladura...? Esa por poco te desarbola!

—¡Ah!... ¡Sí!... Tiene trés meses: recién se está curando!

—¿Cuando yo te ví no la tenías?

—No!... Si ha sido en este viaje de que vuelvo!... Fué una desbarrancada en los montes de adentro: en la otra falda de la cordillera. Ibamos arreando unas ovejas saca-

das de Ushuwáia y derrepente un indio que marchaba adelante, volteó una piedra que me llevó: rodé como trescientos métros. Si no hubiese sido por mi mujer, que es tán entendida en medicina, talvéz me muero. La sangre me salía á borbotones y me la atajáron con hongos de esos que los indios llaman *ushchinick* y con esas fricciones en las piernas y en el pecho que ellos saben dár.

—¿Yá se hacen tropas de ovejas en Ushuwáia?—pregunté candorosamente.

—No!... Si allí tienen que llevar todavía los animales para comer; se provéen de Harberton ó de Punta Arenas. Era una puntita de la gobernación que los indios encontraron extraviada ¿sabe?

Y pronto fondeámos en la Caleta del Burro, á cuya entrada rompían con estrépito las primeras ólas del Mar Argentino que vieron mis ojos y en cuyo fondo se destacaba, en la cumbre de un cerro elevado y como pintada, una casita de madera rodeada de rústica empalizada y más atrás una veintena de vacas y un centenar de ovejas pastando mezcladas.

—Hola, patrón! ¿Cómo vá?

—¡Hola, Matías! ¿Qué se hace?

—Aquí venimos con estos amigos de Ushuwáia que traen cartas para Vd.

—Perfectamente!... Bien venidos!

Y destapada la consabida botella de snáp y consumida en santa páz y armonía, el comerciante nos proporcionó la sál que necesitábamos, poniéndonos en condición de realizar nuestra empresa.

—¿Y yá se ván á lobear?

—No, señor...! Hasta el otro més talvéz... ¿Qué le parece?

—Me parece bien. Un cútter que estaba aquí ántes que Vds. llegaran, se ha tenido que volver, precisamente sin

hacer nada. Apenas ha encontrado algunos machos chicuelos.

—No es extraño,—dijo Smith.—Las lobas en este tiempo recién están acabando la parición y como las crias están muy chicas todavía, no salen del agua. Ahora, sin embargo, es la verdadera época de la caza, porqué así no se destruyen las madres ni las crias chicas, pero también es la ménos productiva. A uno no le quedan para matar sinó los lobos solteros.

—Curioso bicho el lobo, ¿eh?—agregó Oscar. Cada macho se hace su cuadrilla de lobas y las defiende de los solteros, que reunidos en manadas se ván á una roqueria solitaria y desde allí excursionan en busca de hembras. Qué batallas las que se empeñan y cómo les queda el cuero también. Cuando uno desuella machos, les halla las cicatrices y las peladuras que hacen disminuir el precio de la piél: es una cosa bárbara.

—La felpa de los machos es más tupida y más sedosa, pero de cada cuero se aprovecha poco por los defectos: suelen estar los cueros hechos un harnero.

—Y después,—interrumpió Matías,—la matanza de estas cuadrillas de lobos solteros es la más peligrosa: parece que el solterismo los embravece y los pone como rabiosos.

—En las pesquerias del Mar de Bhering,—dijo La Avutarda,—lo único que se deja cazar cada año, són los solteros del anterior. Allí no se matan hembras ni crias chicas.

A la mañana siguiente levamos el ancla y con rumbo á Banner Cove en la Isla Picton, penetramos en el Mar Argentino, que, contra lo que esperaban mis compañeros, se presentaba sereno y apacible, haciendo rodar sus grandes olas silenciosas, que yá veria yo, en su época, estrellarse

sobre las costas que apenas divisábamos como veladas por las brumas.

Cuando enfrentamos á Banner Cove—el primér punto de esta región que pisaron los misioneros ingleses—vimos allá, atrás de la Isla Gardinner, una gran piedra labrada, que en letras blancas, conserva como reliquia, en la cara que mira al mar, la inscripción que al abandonar esta bahía y dirigirse á Puerto Español—que fué su tumba—dejó el mártir y que textualmente dice así:

DIG BELLOW
GO TO SPANIARD
HARBOUR
MARCH 1851

Cómo se contrista el espíritu al pensar en éstas tragedias del mar desierto y cómo se agiganta la figura de los hombres que se han atrevido á desafiar su cólera, poniendo por sobre su vida sus sentimientos humanitarios.

Hoy, en honor de aquél apóstol de la civilización, que rindió su vida humildemente en aras de su fé, se alza sobre el mar fueguino el techo que cobija al Reverendo Lawrence, continuador modesto y abnegado de la obra redentora comenzada bajo tán lúgubres auspicios.

Y al pasar frente á Banner Cove, parecióme vér sobre los picachos descarnados, algún reflejo de lúz, semejante á aquella ideál con que pintores y poetas iluminan las facciones del Cristo, el varón fuerte que sobre los intereses transitorios, supo poner sus ideales que dignificaban á la raza.

A popa conversaban tranquilamente Matías, Oscar y Smith, que llevaba el timón, mientras La Avutarda y Calamar, envueltos en una nube de humo, preparaban el almuerzo.

—Ahora es un oficio cazar naufragios, hombre!—decía Matías.—Hasta los indios trabajan en eso yá!... Miren: los loberos se ván á los arrecifes de allá de Wollaston y del Cabo de Hornos, á la Bahía de Nassau ó de Tekenicka y esperan los barcos de vela que capean algún temporál ó luchan con las corrientes en las calmas chichas que són propias de la región, con ánimo de subir al norte y les empiezan á hacer señales de humo, como acostumbran las tripulaciones perdidas ó como de faros, si llevan á bordo los médios. Naturalmente, cuentan de antemano con que barco que ha caído por ahí, no vá, seguramente, en poder de buen capitán, y tanto hacen, hasta que logran extraviarlo y perderlo. A la salida del Estrecho no más, ahí cerquita de la costa, se han hecho robos yá...

—Había oído decir, pero no creía...—dijo Oscar.

—¡Báh!... ¿Y de dónde sale entónces tanta mercadería fina y barata como se halla aquí en los canales?... Se venden tiradas las cosas! Bueno!... Es la piratería que trabaja. Yá verán, acuérdense de lo que les digo: esto vá á ser pronto peor que el país malayo!... Nadie lo dice porque no conviene, pero es la verdad!... Yo lo digo aquí, porque estamos en familia, dijera el venerable Stortson, de Punta Arenas.

—¿Y se conoce á los que andan en eso?

—Claro!... Hace poco no más que Veintidós, aquél griego ó herzegovino que trajo el finado Popper y que después se le alzó de Slóggett con el santo y la limosna, como dicen, salvó un buque náufrago en los islotes de Wollaston: era, á lo que parece, una goleta holandesa que venía con cargamento general para Santiago y la hicieron encallar como á trés millas de la costa. Sacada la tripulación á tierra, comenzaron ellos á operar el salvataje con trés barquitos y consiguieron todo lo más valioso, escondiéndolo en unas

cuevas de Bahía Gretton: la fragata, naturalmente, apenas se aguantó trés días... Cuando volvieron á la semana á buscar el escondrijo lo hallaron vácio!

—Bueno!... Ladrón que roba á otro ladrón tiene cien días de perdón.

—Hubieran visto la rábia de Veintidós: creíamos que se iba á enloquecer! Si agarra al que lo pitó, lo desuella como á un lobo!

—¿Y se ha sabido quiénes dieron el golpe?

—¿Y qué se vá á saber?...

Y se alzó ante mis ojos la antítesis de Allen Gardinner, en toda su horrible deformidad, y al tender mi vista sobre los confines del mar austrál, allá donde las brumas velan el oleaje trónador, parecióme vér sobrenadando, un enorme pólipo que extendía sus patas viscosas sobre las roquerias y las costas, teatro de tantos heroismos y de tantas bajezas.

XXV.

Pepitas de oro

Avanzando sobre el mar como para contenerlo en su fúria destructora, aparecen, una al súr y otra al norte, dós altas puntas escarpadas que encierran un panorama grandioso: es bahía Slóggett, la costa desierta y bravía, donde los hombres, arrastrándose sobre la playa pedregosa, yerma y desolada, buscan anhelantes las partículas imperceptibles que el destino reunirá para su felicidad ó su desgracia.

En el fondo, negra y sombría, se alza la montaña caprichosa, como jaspeada por las nieves que bajan de la cumbre erguida, semejando copos de espuma que el mar colérico le hubiera arrojado en su despecho impotente; más acá, pastosos prados verdes, como engarzados en la peña viva, y más abajo,—entre dós cerros rojizos y chatos,—un valle riente y alegre, surcado por el río tortuoso, formando un aguazál, que relumbra, cayendo más léjos en sonora cascada pintoresca, y ahí, frontera á nosotros, la alta barranca tajada que limita y contiene al mar bravío, cuyas ólas espumosas, castigadas por el viento del este, parece que ván

á alzarse hasta la cima, pero que vienen arrolladoras y mansas, á deponer dulcemente sobre la orilla su ofrenda misteriosa y á entonar su himno de sumisión, acompañado por el monótono cantar del guijarrál en su erteno vaivén sobre la playa.

Y mientras yo contemplo el hermoso panorama y miro con curiosidad las carpas miserables de los mineros, allá en lo alto, Oscar, Matias y Calamar, que habian alcanzado la playa en el chinchorro, trepaban penosamente la escalera tallada en la barranca arcillosa.

A poco regresaron decepcionados y trayendo consigo al señor José Juán Castinheiras, compadre de Calamar, conocido en los lavaderos con el nombre de Catalena: nádie mejor que él, que iba á ser nuestro sócio en la caza de lobos y que estaba en el campamento hácia diéz meses, podía dar datos y noticias á propósito del lavadero y de las esperanzas que uno pudiera fundar en él.

Era Catalena un individuo alto, delgado, en cuya cara, flanqueada por patillas lácias y canosas, campeaban dós ojitos penetrantes y vivos, que parecían espiarse por sobre la nariz fina y afilada, siendo la característica de su fisonomía expresiva y movible.

El campamento, como podíamos verlo desde el cútter, se componía únicamente de una quincena de carpas miserables, divididas en trés grupos, de los cuales ninguno era propiamente de mineros: uno lo dirigía el griego Ostránides y era, como siempre sucedía con los que éste capitaneaba, una asamblea de haraganes y borrachos inservibles, otro era de los amigos del Oso Blanco y lo componían unos cuantos descamisados de esos que lavan oro con las cartas, y el otro, al que él estaba agregado, no tenía jefe y lo formaban los habitantes fijos de Slóggett, apoderados de una casa en ruinas, levantada en otro tiempo por una empresa

comerciál y que hoy, por tradición, se llamaba *El Almacén*.

El lavadero estaba sin trabajadores hacía trés meses y reinaba en él una pobreza indescriptible: iban corridas dós semanas sin que se jugara ni de palabra.

Conceptuaba inútil tentar nada allí, máxime cuando el cútter, dadas las condicciones de la costa, no podía quedarse y tendría que ir á guarecerse en Banner Cove; lo mejor sería bajar un poco y buscar una caleta recién descubierta, de la cuál se contaban maravillas.

Habían pasado por Slóggett trés embarcaciones con mineros y ninguna había vuelto, lo cuál era señál de que se había dado con algo: cuando las avutardas encuentran qué comer aquí en el súr, no emigran al norte.

—¿Y dónde es la caleta?

—Yo no sé sinó que es más abajo, entre este punto y Bahía Aguirre. Queda á la derecha de un cerro alto y atrás de un islote que sólo se vé en baja marea; á la izquierda cáe un riacho que tiene la boca tapada con los palos que trác de la montaña: eso es lo único que sé.

Trás breve consulta de Smith con La Avutarda, se determinó que tentaríamos la empresa y Catalena con Matías volverían á tierra á buscar el equipaje de aquél y además un su amigo y compañero que se quedaría luego en el lavadero. Catalena, para despedirse, llevaba una damajuana de guachacay y al pedirla á Smith le dijo:

—Vea.... esta y el pasaje de mi amigo.... no es plata perdida. José Juan Castinheiras es cateador de olfato y de suerte. Yá verán!

Y mientras el bote, arrebatado por el oleaje, era arrastrado como una pluma hácia la playa, yo miraba al campamento y pensaba en los dramas de la vida que se desarrollarían bajo las carpas miserables, cuyos lomos gibosos

contemplaban mis ojos y que mostraban al lado de un pedazo de cuero de guanaco una lata de kerosene, que brillaba con el sól y pegada á un retazo de arpillera, la reminiscencia de un capote de soldado que el viento y la lluvia deshilachaban.

—Aquí,—me dijo Smith,—ha habido mucho oro y lo hay cada véz que los temporales baten la playa y revuelven las barrancas que se derrumban. Ahora está pobre, porqué el norte está conchavado y con él no hay revoltijo. El lavadero es ahí, abajo de la barranca, en esa playa de cascajo que la menor marea hace desaparecer: entonces los lavadores, si no trepan ligero, no vuelven á contar el cuento. Ha muerto más gente aquí, tragada por el Mar Argentino, que la que muere en diéz años en Punta Arenas. Antes, al principio, no se había ideado hacer la escalera, esa que vés caracoleando en la barranca y por donde están bajando los amigos que despiden á Catalena: cada grupo, cuando venía el mar, subía como podía, por sogas que se aseguraban arriba y se dejaban caér á la playa. Después se hizo la escalera en la barranca, que es de arcilla y que cada véz que el mar sube, la deja como la palma de la mano, obligando á nuevo trabajo.

Y en esto llegó á nuestros oídos la gritería con que los habitantes de Slóggett despedían á los que se alejaban en el chinchorro.

Había en la playa una veintena de individuos vestidos de la manera más extraña, pués en su mayor parte estaban envueltos en quillangos de guanaco ó de lobo y manisfestaban una alegría y un contento que chocaba, por cierto, con la tristeza del paisaje en que se destacaban.

—Vea lo qué es el guachacay,—dijo Oscar.—En un campamento de estos, podrá haber hambre, frío y miserias de

todo género, pero si hay una botella con aguardiente, sobrarán las risas alegres y las ilusiones placenteras.

Subieron abordo los del chinchorro y recién notamos que el amigo de Castinheiras no venía sólo: traía con él, en brazos, un niño como de dós años. Esto le valió su nombre entre nosotros; quedó inmediatamente bautizado: era La Nodriza, por más que él, con tono brusco—uno de esos tonos que no admiten réplica ni són promesa de bondades ó ternuras—declarara en un lenguaje que á la legua olía á catalán, que él se llamaba Arturo Dellach.

Alto, musculoso, de mirada dura que se filtraba á través de unas cejas pobladas y canosas, divididas sólo por una arruga profunda que caía perpendicular sobre su frente, partiendo de entre los mechones que se escapaban de su gorro de cuero de carnero, atravesó el cútter en todo su largo, llevando á cuestas su niño y fué á sentarse, hosco y huraño, cerca de la cocina, donde La Avutarda se ocupaba en raspar unas galletas.

—Buenos días, La Nodriza y su cría,—dijo Smith sonriendo.

—No soy nodriza, ni admito que me lo digan: me llamo Arturo Dellach.

—No lo niego ni lo dudo... le digo eso, porqué lo veo con nene y no creo que sea la madre.

—Si incomodo me voy á tierra y se acabó... no hemos hablado nada. He venido porqué mi compadre...

—No es por eso, hombre; nádie te dice eso,—interrumpió Catalena.—Siempre con tu genio del diablo!

—Tiene razón, compadre!...! Són zonceras...! Perdonen el malhumor, señores!

Y mirando á la playa, exclamó poniendo al niño sobre las rodillas:

—Oiga, Dón Pepito!... Mire!... Eso es Slóggtet, donde

Vd. se ha criado hasta la edad que tiene. Fíjese bién y no lo olvide... el hombre nunca debe olvidar su cuna.

Y el niño, como si se diera cuenta de lo que le decían, dejaba errar la mirada suave de sus ojos azules sobre la costa triste y melancólica, donde los lavadores apiñados, saludaban nuestra partida.

Luego se volvió hácia La Avutarda y entreabriendo su boquita rosada, en que yá lucían su blancura inmaculada dós dientitos nacientes, golpeó la tapa de la camareta, que tenía á su alcance y lanzó una frase inarticulada que nosotros tradujimos al instante: seguramante era un enérgico pedido de comida.

—Vá, señor—replicó La Avutarda, imitando el tono de los mozos de fonda—alcanzándole un pedazo de galleta, de vários que en un jarro se remojaban al alcance de su mano y que él tomó con viva satisfacción.—Es á cuenta no más, señor!

La Nodriza extendió un cuero junto á la borda, le acostó con la cabeza sobre una bolsa de ropa y al aire las piernas regordetas y blancas, y luego, clavando su mirada en la costa que se alejaba, se quedó pensativo, mientras el chiquilín, en su jerigonza naturál, comenzaba un monólogo interminable, tratando de hincarle el colmillo al manjár que se le brindara.

Bajé á la camareta y cuando subí encontré que Oscar y Matias, acurrucados al lado del niño,—que estaba sentado entre un montón de bolsas vacías con las cuales le habían hecho como un colchón,—se recreaban viéndole saborear un platito de sopas que La Avutarda, delicadamente, le brindaba, mientras Castinheiras, Smith y La Nodriza apuraban una botella de snáp, bajo las miradas de Calamar, que manejando el timón y la vela, tenía tiempo para seguir con la vista los movimientos del niño que se saboreaba, son-

riendo á sus nuevos amigos como si lo fueran de antiguo...

—Sí señor,—continuaba Castinheiras,—tú tienes mál génio y hás de acabar mál: aquí en los canales es bueno no ser manso, pero tampoco sirve el encresparse á cada rato.

—Y usted ¿de dónde es?.... Parece catalán ó mallorquín....

—Soy catalán y gané á esta tierra maldita, seducido por un paisano que ya se murió y que me trajo de Europa á hacer fortuna.

—Era Agujetas,—dijo Castinheiras alzando la vóz y dirigiéndose á Calamar.

—¡Hombre!.... Diós lo tenga entre una caldera bien hónda á semejante bandido.... No he visto en mi vida canalla iguál y mire que estos ojos hán visto alguna!

—Vea Vd.—repuso La Nodriza, lentamente—y no era mál bicho mi pobre paisano: había que entenderlo no más!... Los hombres háy que tomarlos como són: eso es lo justo. Ahí en Slóggett queda su cuerpo enterrado.... Murió ahora seis meses á causa de las heridas que recibió en el Cabo de las Vírgenes, cuando se robó á la madre de este chico: una inglesita.... Habrán oído mentar el hecho, porqué fué sonado.... Los muchachos quisieron asaltar la casa en que vivía esta señora con su marido creyendo que tuvieran plata: nos chasqueamos.... y Agujetas cargó con la mujer que estaba en cinta. El chico nació frente á Lennox y á los dós meses murió la madre: nosotros tomamos entonces la cría, y yá vén cómo vá el angelito; dá gusto verlo.... Yo creo que él piensa que soy el padre, como creía que La Papallona, la cabra que le daba de mamar y cuya carne fué la última que comió Agujetas, era la madre.... Si vieran cómo sintió cuando dejó de verla,

luego que la carneamos!.... Se puso tristísimo: yo lo conocí porque le he criado desde los dós meses, y en los ojitos no más sé si está contento.... La cabra acostumbraba dejarlo dormir recostádo en ella y ni se movía: eso lo salvó quizás de los fríos.... Pués, amigo, de noche no dormía, á pesar de que se acostaba conmigo.... Se pasaba quietito, mirando en la obscuridad; yo lo sentía.

—¿Y ustéd dónde lo conoció á Agujetas?... ¿Era marino, acaso?...

—¡No, señor!... Yo era oficiál cartonero. A Agujetas le conocí—¡vea Vd.!—en la cárcel de Barcelona, estando preso él por no sé qué cosas de dinamita y yo... por asuntos de hombres... unos navajazos dados á un belitre que me metió en un fandango y se me quedó con mi parte.

—¡Ah! ¡Ah!... ¿Fandango?—dijo Smith pausadamente... ¡Conozco!

Dón Pepito, que ensayaba pinitos yendo de Oscar á La Avutarda, con escala en Matías, dió un traspiés derrepente y rodó sobre cubierta, levantándose como si tál cosa y volcando sobre nosotros una de sus miradas alegres, al oir que La Nodriza le decía con una vóz extrañamente cariñosa que no se le hubiera sospechado á juzgarle por su exterior adusto:

—Párese, Dón Pepito... y sea hombre: no llore que no es nada.

Y á la noche, cuando acostado en mi cuchitril de la camareta, veía á mi lado á dón Pepito que dormía á pierna suelta con la cabecita sonriente sobre su bracito rosado, pensaba en el hombre intrépido que tallaría en él la vida dura y movediza á que el destino le condenara injustamente; parecióme vér una de esas guijas que de caleta en caleta y de playa en monte, arrastran caprichosas las aguas y los vientos.

XXVI.

Entre la sirca

Cuando en la mañana siguiente abrí los ojos, mi primera mirada fué para Dón Pepito que, madrugador, yá estaba despierto.

Acostado boca-arriba, mirando la primera lúz de la mañana que entraba por la escotilla, se desayunaba apaciblemente chupándose el dedito pulgar y cuando notó que le miraba, los hoyitos que se formaron sobre su cara redonda me revelaron que me saludaba complacido.

Pareciéndome que la mañana estaba fría, quise arrebujarle en las cobijas, pero lo rehusó echándome los brazos al cuello y oí que La Nodriza, sintiéndome levantado, me decía:

—Tráigalo á Dón Pepito para bañarlo: es loco por el agua.

—Pero mire que está frío...

—¡Oh!... Es costumbre yá...! Tráigalo y verá!

Y aquel hombre tosco y grosero, cuya vida, por lo poco que de ella sabía, no había sido por cierto muy edificante, tenía con el niño verdaderas ternuras maternales: la única

toalla que poseía estaba consagrada á Dón Pepito y aún cuando él carecía de camisas, el niño tenía las necesarias.

El viento norte había sido substituido por un sud-oeste suave que aprovechamos bastante bien: el oleaje corría sobre la costa acantilada y nosotros veíamos cómo la bruñía, trazando sobre ella una línea de espuma amarillosa que iba adhiriéndose cada véz más arriba y cada véz más neta y acusada.

—Aquella debe ser la caleta,—dijo Smith, que manejaba la vela, mostrándole á Catalena, que iba en el timón, una resquebrajadura en cuyo fondo se veía una gran playa cubierta de guijarros, cuyo límite se perdía en el interior.

—Es seguro,—afirmó Calamar... Allá á la derecha, hay una ensenadita con dós barquichuelos.

Pusimos rumbo á ellos y pronto estuvimos á su costado, siendo recibidos por un negro malhumorado que, no obstante, se dulcificó cuando Smith le ofreció en inglés, con toda cortesía, un vasito de snáp.

—Aquí no ván á poder bajar!... Se ha resuelto no dejar llegar á nádie!

—¿Quién manda el campamento?

—Hay trés grupos: uno es del vasco Iturbe, otro de Rana Blanca y el otro de un tál Van Filder... un nuevo.

—¿Y para qué lado están trabajando?

—Allá adentro, atrás de la playa: en el repecho de la loma está el campamento y abajo, en una hondonada cerca del arroyo, el lavadero.

Capitaneados por Smith y armados con nuestros winchester, como si fuéramos de caza, marchamos La Avutarda, Calamar, Matías, Catalena y yo, quedándose abordo Oscar y La Nodriza.

Hacía média hora que caminábamos por entre un pedregál que nos destrozaba los piés y nos hacía sudar, tál era

de áspero y pesado, cuando derrepente exclamó Catalena deteniéndose:

—Mire que són brutos estos lavadores... aquí debe haber mucho oro.

—Talvéz haya más donde trabajan,—observó Smith.

—¡Talvéz...! Pero aquí debe haber mucho, aunque el agua esté difícil para traer... ¿Qué te parece, Calamar, esto será playa ó fondo de alguna nevera vieja, algún río de piedra?

—Para mí es playa: aunque ha de hacer muchos años que yá no la moja el mar... ¿Qué te parece; Avutarda?

Y el aludido, que en ese momento tendía su vista y examinaba los cerros circunvecinos, dijo:

—Para mí es nevera vieja. El guijarrál comienza angosto y se vá ensanchando.... si fuera playa, sería al revés... sin embargo, ha de haber oro.... de cuando en cuando se vé arenilla negra.

Y Matías, que á cada rato levantaba guijarros y cantos rodados, les examinaba y volvía á tirarlos, dijo:

—¿Vé?... Aquí hay una guija que tiene rastros: eso que tiene ahí, en esa grietadura, es sirca...!

Smith iba pensativo y de véz en cuando lo veía yo que hacía su mueca característica. Derrepente dijo con vóz sorda:

—Yo creo que aquí no hay nada... ¡en fin!... En esto, sin hacer cateos, no se puede hablar... ¡Miren!... Vayan con cuidado;... el vasco Iturbe es buen hombre, pero el otro, el ruso Rana Blanca...; ¡hum... yo no lo conozco bien!

Llegamos á la cumbre de la loma que limitaba el pedregál y tendimos la vista sobre un vasto cañadón que se abría al frente.

En la ladera se alzaba el campamento: una decena de carpas improvisadas, hechas con quillangos viejos y retazos

de velas y cuatro ó cinco chozas formadas con ramas y troncos y que por su aspecto de colmenas más parecían wigwams ó toldos de indios.

Los lavadores, diseminados en grupos no léjos del campamento, hacían algo que yo no podía apercibir.

—¡Ah!—exclamó Smith...—Es verdad que hoy es domingo: los mineros ricos siempre lo festejan...

—Están jugando á la taba y al tejo,—agregó La Avutarda.

Nuestra aparición alarmó á los lavadores y notamos que, abandonando sus entretenimientos, corrían hácia el campamento, mientras dós, que desde el centro de otro grupo nos habían estado observando con un anteojo, se adelantaban después de deliberar un rato, viendo que nosotros, siguiendo con estrictéz las reglas de la diplomacia minera, nos deteníamos en la cumbre de la loma y nos tendíamos en el pasto esperando que vinieran á recibirnos.

Los que se destacaron eran trés que venían muy sérios y callados, siguiéndoles á cierta distancia otros trés que venían conversando tranquilamente: cuando llegaron á nosotros dijo uno de los de atrás, en una jerga, mezcla de inglés y de otros idiomas:

—¡Caballeros!... Buenos días... Los mineros de Barrilito les saludan.

—¡Buenos días tengan Vds.!... La tripulación del cútter «The Queen», fondeado ahí, atrás de ese pedregál, saluda á los mineros de Barrilito,—contestó Smith.

Y avanzando los que habían hablado se dieron la mano.

—¿Cómo te vá, Tiburón?—dijo á Smith...—¿Quién había de pensar que fueras tú el que venía con tantas etiquetas?... ¡Creíamos que fuera Monseñor, aquél de la Isla Quemada!

—¡Rana Blanca!... ¿Cómo te vá?... No queríamos que

nos tomaran como á intrusos y deseábamos probar á los de Barrilito que conocemos su derecho.

Los mineros fueron llegando á medida que avanzábamos y con excepción de los nuevos,—cinco apenas sobre treinta y dós que formaban el campamento,—eran todos más ó ménos amigos de lo que Smith llamaba pomposamente la tripulación del cútter «The Queen».

Antes de média hora el campamento había recuperado su habituál tranquilidad y nosotros, rodeando el gran fogón del grupo del vasco Iturbe, preparábamos nuestro modesto almuerzo.

—No hay mucho oro,—decía Rana Blanca,—pero algo hay... Estamos contentos: ya cualquiera que vuele se lleva sus dós kilos, libre de gastos.

—Nosotros venimos sólo de paso: una quincena apenas... Vámos á lobear!

—¡Ah! ¡Ah!.... ¡Bueno!.... Yá hemos arreglado nosotros: catéen y acampen donde quieran; yá saben que entre mineros la ayuda es léy. Lo único que les pedimos es que cuando vuelvan no hablen de esta caleta.... El que venga, bien venido sea, pero si nádie viene, mejor.

—Y el oro és grande?—masculló Matías, ahogándose con el humo, pués estaba asando con cuero una liebre fueguina con que le había obsequiado su compadre el Mellado, un chileno de mirada aviesa, dueño de una cicatriz, que partiéndole de la frente le llegaba á la barba, formando de su nariz chata y aplastada dós narices pequeñas y finas.

—No: arenillas no más!... Lo más grande que se ha hallado son ocho gramos.

—Lo bueno sería lo grande, ¿eh?—dijo el Vasco.—Algo como aquello que encontró Tallarin, el italiano descubridor de Slóggett... ¿se acuerdan?

Y entonces refirieron que quién descubrió esa playa fa-

mosa—un lobero de ocasión que había bajado á hacer leña—caminaba entre el pedregál, cuando derrepente tropezó en un canto rodado que le pareció de más peso que el que correspondía á su tamaño. Lo recogió y al restregarlo vió que era oro macizo.

Naturalmente, se llevó un susto tremendo. Se trataba de la pepita más grande que se ha hallado en el súr: trescientos setenta gramos que hoy están, como curiosidad, en poder del señor José Menendez, que los adquirió. La liebre estaba á punto y Matías nos lo indicó, y como notara que al abrirla le extraía del interior dós grandes guijas redondas, pregunté:

—¿Qué es eso?

—¿Crée que són adoquines de oro?... No tenga miedo!... Es que yo aso á la moda ona, que Vd. talvéz no conoce: ahora verá cómo para este bicho no hay nada mejor; sale jugoso cómo un pastél....! Y es facilísimo: se caldean dós guijarros y se meten adentro, cerrando después la abertura. Luego.... al rescoldo y con buen hambre, uno se chupa los dedos!

Y era verdad: esa mañana hice uno de los mejores almuerzos que les debe mi estómago á las costas australes.

—¿Han hecho cateos en el pedregál?—preguntó Smith á Rana Blanca como al descuido y cuando yá la cantimplora de brandy que traía yo en bandolera, estaba acostada en el suelo.

—¡Yá lo creo!.... La sirca no está léjos, pero es pobrísima....

—¿Y cerca del mar?

—También hemos abierto pozos. La sirca está muy abajo y el agua de beber queda retirada. Sin embargo, los ensayos no fueron malos.

Prévios los mútuos ofrecimientos, regresamos á la costa,

encontrando en nuestro camino, de vuelta, una majada de cabras perteneciente al campamento, que triscaba en la ladera de la loma.

—Veamos,—dijo Matías.... ¿Por qué no le llevaríamos leche á Dón Pepito? ¿No le vén desde aquí la jetita?... Cómo se saborearía!

Y esperando que nos alcanzaran Smith, el Vasco y Rana Blanca, que venían rezagados, pidió permiso para ordeñar y llenar de leche la cantimplora.

—¿Cómo no?....—dijo el Vasco.—Ahora verá lo qué són las cabras de los mineros de Barrilito!

Y apartándose un poco, habló en vascuence á un barbudo macho que le miraba desde léjos y que no tardó en venir á él seguido por todas sus compañeras. Desde ese día Dón Pepito tuvo siempre su ración de leche, pués ninguno iba á Barrilito sin recordarlo.

Llegados al cútter y mientras Oscar y La Nodriza daban la última mano á la cena, nosotros, sentados sobre cubierta, gozábamos mirando el mar y paladeando el viejo brandy que no salía á relucir sinó en las ocasiones muy sonadas, pués Smith, le conservaba con religioso respeto:

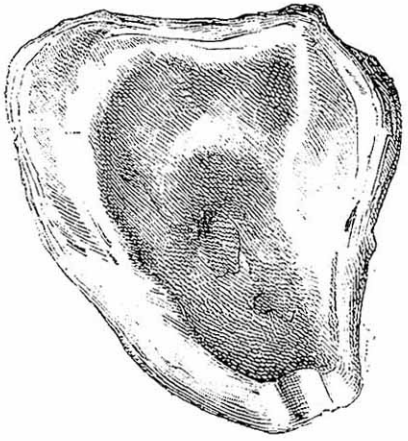
—¿Quién descubrió este lavadero?...—preguntó La Avutarda.

—¡Oh!.... Me agarró una racha del este,—dijo el vasco Iturbe tranquilamente—y cási me desarboló; era en ese barquichuelo—y señaló la goletita que teníamos vecina.—De los cinco que veníamos, solamente quedamos dós. Estuve en el timón cinco horas y cuando largué la caña en esta caleta, tenía los dedos duros y estaba como agarrotado. Fué fuerte la cosa, pero nos sacó adelante la Señora del Pilár!.... Conforme ví la playa, dije aquí hay oro, y yá no salí más: lavando y lavando yá vén á dónde hemos ido á dar!

Cuando cerró la noche, los dós jefes mineros emprendieron el regreso al campamento, cargado cada uno con una damajuana de guachacay, una botella de snáp y la promesa, ardientemente acogida, de que en la noche siguiente iríamos á comer con ellos un cabrito y á avisarles el lugar donde plantaríamos nuestras carpas.

Y Smith, que era hombre previsor, dispuso que Oscar y La Nodriza se quedaran de guardia toda la noche, turnándose, yá que sus cuerpos no tenían la fatiga de los nuestros.

—¡Oh! ¡oh!.... Un minero es capáz de hacer por el guachacay lo que no haría por todo el oro del mundo!



XXVII.

Cabrilleos

La aurora nos sorprendió yá en pié y dispuestos con palas y barretas—que Smith y La Avutarda extrajeron de la sentina, juntamente con unos largos tablones que dejamos sobre cubierta—para emprender nuestra excursión de cateo en la otra banda de la playa, cerca de un recodo en que desembocaba el arroyo, filtrándose por entre una barrera de troncos inmensos que había ido arrastrando y que obstruían su curso.

—Yo le veo laya á esta ladera,—exclamó Smith:—no sé qué diablos le encuentro de lindo.

Y tomando las palas comenzamos á sacar el guijarrál que cubría una pequeña depresión, mientras Calamar fué con dós baldes á buscar agua para los ensayos de la sirca, si teníamos la suerte de encontrarla.

Fué necesario apretar los puños, pero al fin Matías, que yá desaparecía entre un pozo que había excavado en el extremo de la cancha que íbamos formando y de la que,

quitado el guijarrál, sacamos la arena amarilla, dijo alegre:

—¡Vaya!.... Ya está la sirca!.... Y apenas á un métro!

Como Calamar llegara en ese momento con el agua, Smith y La Avutarda tomaron las cháilas,—que són unos platos de madera ahondados al médio, propios para el lavado á mano,—les echaron la sirca y el líquido necesario y empezaron la operación que debía confirmar las sospechas sobre la riqueza de la playa y manifestarla visiblemente.

Un movimento rápido de rotación impreso al contenido de la cháila, hacía que las partículas de oro, en virtud de su peso específico, fueran cayendo al médio, mientras la arena y el agua iban poco á poco derramándose.

Cuando la porción de cada cháila estuvo lavada, se puso de manifiesto el fondo de cada plato y todos pudimos ver las finísimas láminas del codiciado metál.

—Hay rinde,—dijo La Avutarda—á mí me gusta.

—Haremos ensayos en otras, si quieren,—agregó Calamar, —aunque sirca que dá de buenas á primeras, pepitas de dós gramos como esta—y mostró una que tenía en la palma de la mano—quiere decir mucho!

Mientras los compañeros fueron á buscar los tablones para la canaleta y los útiles y herramientas para el trabajo—debiendo, de paso, traer el cútter que nos serviría de abrigo nocturno, lo más cerca que se pudiera—Matías, Smith y yo, que resultaba á lo que parece mejor zapador que cocinero, comenzamos á ensanchar el pozo primitivo, haciendo un socavón de unos veinte métros cuadrados.

Con los tablones se armó una canaleta como de doce métros, ajustándose bien los atravesaños que á distancia de un palmo uno de otro se escalonaban en la tabla del fondo, cuya cabecera, recostada sobre un catre de un métro de

altura, daba al aparato una suave inclinación, permitiéndo que las arenas corrieran sobre ella arrastradas por el agua, dando tiempo á que el oro fuera depositándose en los atravesaños del trayecto.

En el extremo alto, se colocó una bolsa de encerado con capacidad para dós toneladas de agua, que Calamar y Matías debían mantener constantemente, trayéndola en baldes del arroyo, mientras que Oscar y Castinheiras acercaban la sirca que La Nodriza y yo sacábamos del pozo, el cuál, cuando no se derrumbaba se llenaba de agua, que vertía el subsuelo, obligándonos á un penosísimo trabajo. La canaleta descansaba en tierra, sobre un trozo de alfombra destinado á recoger el oro fino que los peldaños no pudieran detener y que el agua arrastrara al derramarse.

Luego que estuvimos instalados y ántes de empezar la faena, dijo Smith:

—Hay que repartir las cháilas: esto es de léy en todo campamento y como saben, tráe suerte.

Y á todos nos alcanzó una partícula del primer metál sacado, dándole á La Nodriza, para Dón Pepito, el grano más grueso que se había hallado y todo el polvo sobrante.

—¡Oh!...—dijo La Nodriza sonriendo,—él yá tiene un capitalito!.... Y me moriré de hambre ántes que gastarle nada!.... La otra noche, no más, estábamos jugando y me pelaron.... pués ni se me ocurrió la cosa!

Y sacando del seno una bolsita, envuelta en un pedazo de cuero, añadió:

—Es la vejiga de La Papallona, la cabra que lo crió Y tiene como doscientos gramos.... ¿no vén?

Y cuidadosamente agregó al capitál que contenía la extraña caja, el sobrante de las cháilas y el donativo, mientras Smith, haciendo su mueca característica, indicadora

de que algo le llegaba al alma, atravesando su áspera corteza, exclamó pasándonos la botella del guachacay:

—Buena suerte, compañeros y.... mejor mano!

Empezamos la ruda tarea.

Dón Pepito, entretanto,—acostado cerca nuestro en un pedazo de lona tendido al reparo del toldo,—que debía resguardarnos de los chubascos que en la región llegan y se ván inopinadamente—saludaba con su gorgoritos inarticulados á las gaviotas y á las nubes, saboreando el pedazo de galleta en que ensayaba sus dientitos nacientes.

Antes que cerrara la noche, recogimos el producto de la labor, que fué bastante alentador por cierto, y dejando á Oscar y á Catalena al cuidado del cútter, emprendimos el camino del campamento donde íbamos á cenar, llevando con nosotros á Dón Pepito y una docena de botellas de panquehua, que en aquellas alturas nos imaginábamos cómo serían recibidas.

Cuando llegamos, los grupos de mineros comenzaban á replegarse á las carpas y obligadamente pasaban por frente á las de los jefes, que eran linderas y dónde estábamos nosotros, en la enramada común, tomando mate de café.

Dón Pepito, acostado en su cuero, alumbrado por la llama viva del fogón, se había hecho su círculo sin que nosotros lo notáramos: los mineros, silenciosos, con sus sacos á média espalda, se detenían como asombrados de verle, le miraban, le hablaban de léjos, temerosos de tocarle con sus manos callosas, y él les sonreía como á conocidos, iluminándoles quién sabe que abismos de sus almas, despertándoles ideas y sensaciones que talvéz en su rudeza creían perdidas.

Uno sacó de su tirador una pepa de oro del grueso de

una avellana, y sin decir nada, la colocó al lado del niño, sobre el saco de Calamar, que le servía de almohada.

Fué la señal. Todos le imitaron y pronto Dón Pepito reposaba su cabecita rosada sobre una almohada de tanto precio, que quizás ni los hijos de los más grandes potentados de la tierra la tuvieran igual.... ni formada con más cariño.

Matías, cuyos ojos pesaban los gramos mejor que una balanza, me dijo á media vóz:

—Dón Pepito ha caído bién.... se lleva sus trescientos gramos como quiera!

Concluída nuestra cena, que si bien no fué variada fué en cambio bastante alegre, pués el panquehua y el guachacay, meticulosamente distribuidos por el vasco Iturbe, llevaron el contento á todos los ánimos, se arregló que cuando nosotros nos fuéramos á lobear, la Nodriza y su niño se quedarían con Rana Blanca.

—Yo creo que no vamos á andar mucho por acá.... talvéz será cosa de un més ó dós!... Muchos andan yá que no vén de ganas de volver.

—Yá lo creo,—agregó el Mellado—esa tierrita chilena tira... pués ñor!

—Hace un año,—observó un alemán que dormitaba chupando una enorme pipa de madera, que uno no vive sinó arañando cascajo!

—¡Báh!.... ¡báh!....—interrumpió el vasco—siempre lo mismo!.... Para ir á hacer locuras, mejor es quedarse quietos!.... Aquí hay hombres, amigo Tiburón, que yá han salido dós veces para Punta Arenas y se han vuelto peladitos desde lo de Kasimerich, allá en Bahía Desolación.... y eso que se iban con plumita!... En los canales debía haber puros almacenes como el de los Bridges, en Harberton: allí no hay juego, ni bebidas, ni siquiera tabaco!

—Ahora yá hay tabaco, -dijo La Avutarda.

—¿Será de Morton también?—preguntó el Alemán.—Esos Bridges no venden sinó cosas de Morton: conservas, salchichones, jabones, anzuelos, ropas, calzado, todo es de esa márca!... Los Bridges mismos creo que són de Morton!

—¡Hombre!... Y es cierto!—agregó otro minero que estaba médio en la sombra ocupado en remendar una ojota.—Yo llegué véz pasada á Harberton, de regreso de una expedición en que fuimos hasta Lemaire y volvía con unas ganas bárbaras de pitar; pedí tabaco ántes que nada!... El viejo Bridges, al oirme, se agachó y sacando de abajo del mostrador un tarrito de vídrio lleno de caramelos, que tenía precisamente la marca de Morton, me lo quiso vender, diciéndome que eso era mejor que lo que yo quería!

—Y el reverendo se vá extendiendo, ¿eh?...—observó Rana Blanca.—Ahora ha fundado otra estancia: esa que hay en Banner Cove. Los chilenos le han dado permiso para que se establezca, porqué es un buen antecedente para ellos —que pretenden ser dueños de la isla Picton, dominadora de todo el Mar Argentino y el único refugio contra los vientos que hacen inabordables estas costas—que un argentino como Bridges, establecido de tantos años aquí, haya pedido el arrendamiento á Chile y no á su pátria

—Miren,—declaró Smith,—los argentinos—no los que andan por aquí, que se desgañitan gritando al aire—sinó los ases, los que están en Buenos Aires, són múy inocentes ó múy ciegos: en cuanto se descuiden se ván á quedar mirando, aquí en el súr!... Lo mejorcito se lo ván á tomar los chilenos, que són hombres vivos y observadores... Fíjense!... Isla Picton es la llave de los canales y yá se la hán atrapado!... Piensen lo que eso vale: es como agarrarse Gibraltar en el Mediterráneo, si no es más... Y después, observen cómo están balizando todos los puertitos y

caletas por insignificantes que sean, y poniéndoles autoridades... Esta es gente que sabe.

—Sin contar,—dijo Rana Blanca,—con el hormiguero de los Salesianos que tienen la olla en Chile y que ellos fomentan... Poco á poco, á pretexto de reducir indiadas que no existen y de religión y del diablo, se ván extendiendo por todo... Me dicen que ahora yá se han recostado al Rio Grande, allá en los lavaderos del finado Popper. Pronto aquí, uno no vá á trabajar sinó para los misioneros, que se chuparán todo con sus almacenes y sus barracas.

Y mientras regresábamos al cútter, caminando á la lúz de la luna, que silenciosamente rielaba sobre el mar lejano, yo pensaba en la enorme responsabilidad de los hombres dirigentes de mi pátria, que pagándose de fórmulas y de cortesías, permitirán con su dejadéz, su imprevisión y su indolencia, que continúe tramitando en la conciencia del pueblo, que lo fallará en definitiva, echando un borrón sobre las generaciones actuales, el escandaloso proceso que yá se inicia á la lúz de todos los fogones que reflejan su llama temblorosa sobre las ondas movibles del mar austrál.

XXVIII.

En las roquerias

Quince días después levábamos el ancla y salíamos de la caleta, entre las aclamaciones de los mineros, reunidos sobre la playa que generosamente nos había dado los quince kilos de oro que llevaba Smith en su valija, y saludados especialmente por Dón Pepito, que en brazos de La Nódriza, nos daba también el último adiós.

Jamás olvidaré las horas tranquilas, pasadas en la costa desierta, sin más aspiración que dormir, comér y cavár y sin que un sólo rumor viniera de allá, de las playas lejanas, dónde la multitud bulle y se agita en las turbulencias de la lucha diaria, que es, al fin, el único encanto de la vida.

Perdida entre las brumas, que como un humo se alzaban en lontananza, volvimos á vér la costa de Navarino, que parece desflecada por el mar en su embate tenáz y persistente y á poco, resguardado por un alto reborde, Puerto Toro, el refugio de los barcos aventureros, que osados y valientes, saltan sobre las ólas rugidoras y contrarrestan

su pujanza con la vela remendada que embolsa el viento y cruje bajo su azote, al dominarlo.

—¿Y estarán los muchachos, Matías?—observó Smith—Esos diablos no serán tan andarines como el jefe?

—No!.... seguramente están. El mejicano Rodriguez cuida una majadita del subdelegado chileno,—un argentino Balmaceda, que anda emigrado desde hace años por acá, debido á no sé qué asuntos políticos en San Juán, que es su tierra—y el otro Gin-Cocktail, es un nuevo que se le ha pegado con fuerza ... Este es un muchacho que trabajaba en esas carretas de los ingleses, que llevan lana desde arriba del Coy-Ynlet y del Gallegos-Chico, á los puertos.... Cómo los carros esos han sido cambiados, según dicen, por unos carretones que se mueven á vapor y que se andan las cién leguas del camino de un tirón, él se quedó sin trabajo y se vino á buscar fortuna, corriendo tierras.

—Es que sería una broma,—dijo La Avutarda,—que no pudiéramos cargar la leña en cuanto llegáramos.... Yá saben que no es bueno quedarse mucho en Puerto Toro... Nunca falta un charlatán.

—Cuando yo salí, yá estaba la leña pronta... ¡Oh!.... de eso no hay cuidado: el mejicano es lobero viejo y sabe lo que eso vale. Véz pasada fué en una expedición en que no llevaron bastante ni bien seca y se tuvieron que aguantar trás días sin poderle hacer las señales al cútter que los llevó: cási se los comió el mar!.... Se salvaron porqué el cútter, viendo que no lo llamaban, se arriesgó y fué á vér lo que sucedía. Cuando llegó yá estaban sin comér ni bebér hacía día y médio, pués eran pobres y se habían ido con lo justo!

—Ahora la cosa es séria!.... Esas roquerías dónde vamos, són ricas pero inseguras. En cuanto hay mucha mar, adiós.... se tapan! Los fuegos los tenemos que comenzar

á hacer de noche, en la punta que mira para Isla Nueva, que es la más alta y dónde hemos de desembarcar. En cuanto demos la paliza, yá empezaremos á llamar: ahí no conviene perder ni un minuto!.... Yá sabes, Avutarda, nada de demoras ni de bajadas á tierra; conforme veas las señales, te largas!

—¡Hombre!.... ¡No faltaba más!.... ¡Ni aunque hubiera diéz escuadras en Puerto Toro, me quedaba!

—No: es que aquí no es como en otras partes en que el hambre es el que corre,—agregó Oscar.—Felizmente lo llevamos á Matías, que tiene buenos bifes!. . Es que es el mar que nos vá á barrer cómo se barrió á La Araña véz pasada.

—¿Los bifes?—dijo Matías.—Esos són duros.... Hace seis años estábamos una véz perdidos afuera de Diego Ramirez y nos tuvimos que rifar: á mí me tocó la mala, pero me salvé porqué esa tarde nos recogió por casualidad un barco chileno.... Lo que es el hambre, ¿eh?.... ¡Qué cosa bárbara!

—Todo es igual cuando uno vé que se le vá el pellejo,—añadió Smith con su tono sentencioso: el asunto es salvarlo.

Al caer la tarde fondeamos en la punta de un muellecito hecho por el subdelegado y á la madrugada yá estábamos en disposición de zarpar, teniendo abordo no solamente á los dós compañeros nuevos, sinó también la leña, el agua y los bastones para la paliza—unos gruesos garrotes nudosos, única arma que es eficáz contra los anfibios.

—¿No vendrá á bordo el subdelegado?—interrogó Calamar.—Catalena y yo tenemos con él una cuenta vieja...

—¡No señor!...—dijo Rodriguez:—el subdelegado está enfermo. Los otros días se andaba bañando y lo tuvo mál un tiburón, ahí afuera de la rompiente!... La impresión, talvéz, le hizo daño!

—¿Cómo, un tiburón?...—pregunté:—Smith me ha dicho que el tiburón es un péz calumniado, que es inofensivo é incapáz de hacer mál á nádie!

—Y eso digo,—declaró el aludido:—la maldad del tiburón es una leyenda.

—¡Hum!...—gruñó Rodriguez—Eso será en Inglaterra... en algún museo!... Lo que es aquí y en la costa de Mosquitos, en el Golfo de Méjico, que es donde yo he visto más, són tremendos. Aquí hay pocos comparativamente, pero allá en el Golfo abundan de un modo maravilloso: yo me he criado viéndolos y diga lo que diga quien quiera, afirmo que són unas fieras y que hombre que cáe entre sus dientes no cuenta el cuento.

—¡Pués amigo!... Yo no conozco esos: he hablado de los que conozco no más. Nunca los ví herir ni atacar á nádie!

—¡Báh!... ¡Báh!...—dijo Matías, que estaba con Oscar levantando el ánela, mientras La Avutarda—que en adelante mandaría el cútter—disponía la maniobra, aquí hay uno negro, médio manchado de blanco, que es como tigre. Un hermano mío se fué al mar, allá abajo, cerca del falso Cabo de Hornos y no se los pudimos quitar: le hicieron pedazos... El pobre está enterrado en la Isla Hall, en uno de esos turbales que són el suelo de todas las islas del súr y que tienen hasta trés metros de espesor.

—¿Es verdad que por ahí la tierra es puro fango?—preguntó Smith.

—Es cierto. Allí llueve á toda hora y como los bosques són enormes, lo mismo que los pastizales, hay una humedad tremenda: es intransitable aquello, es peor que en los bosques del Canál del Beagle, sin comparación, pués entre la neblina, el viento y las lluvias hacen de todo ese súr un infierno de humedad.

Y como en ese momento dobláramos la punta que cierra

la bahía y tomáramos rumbo afuera, Catalena se puso de pié y quitándose el gorro humildemente, volvió la cara á tierra y se persignó en silencio, imitándole los loberos con todo fervór y sin distinción de religiones.

Smith, dirigiéndose á mí, dijo:

—¡Mira Navarino, muchacho, cómo se queda ahí!... Nosotros somos los que nos vamos y... ojalá no sea para siempre!

La verdad es que yo sentía algo que ennegrecía mi espíritu y miré con pena la costa lejana que poco á poco se perdía ocultándose detrás de las ólas que, coronadas de espumas se alzaban como montañas, marchando en columna.

Oscar hizo circular una botella de guachacay y pronto la tranquilidad y la alegría volvieron á nosotros, como traídas por una nube de gaviotas que en ese momento nos alcanzó, viniendo de tierra.

—¿Conqué el tiburón no es de fiarse, como dice Smith?—pregunté á Rodriguez, reanudando mis investigaciones.

—El de acá y el de mi tierra, que es el que yo conozco, no señor! Es un péz sanguinario y traidór... Vea, allá en el territorio de Mosquitos, que es una costa desierta que cáe sobre el Golfo de Méjico en la América Centrál, abunda de tál manera, que á más de un marino le he oído decir que en parte alguna del mundo se le halla en número iguál. Hay varias clases, pero el más temido y el que más se vé, es uno overo negro que le dicen «Martillo». Sigue en las corrientes del Golfo y se vá por ellas para las Lucayas, las Bahámas y las costas de Terranova ó por el Mar de los Sargazos hasta estas playas y más abajo también, pasando al Pacífico. Yo, aquí, he encontrado cadáveres de esos que arrojan las ólas sobre las playas, en que evidentemente he visto las huellas de sus hocicos voraces. En Mosquitos pululan y los indios los pescan con chuzas ó con

ganchos, para hacer el aceite que han menester en la caza de las tortugas del carey, que es su comercio principál con los Estados Unidos. Para pescarlo le halagan su instinto sanguinario. El tiburón si cae un hombre al agua talvéz no le haga nada con tál que no le vea sangre, pero si se la vé, pobre de él! A un blanco, aunque no se desangre, lo atropella; al indio ni al negro, no: parece que lo guía el color. Los indios hieren una nútria, la atan con un hilo largo y ván á los pedregales que bordean el mar y donde por lo general hay agua en la orilla, y la tiran léjos. Los tiburones en cuanto vén la sangre, la atropellan, y entónces los indios empiezan á recogerla, acercando los tiburones hambrientos hasta que los tienen á su alcance. Si viera cómo se vienen casi hasta afuera! Los indios les clavan la chuza ó el gancho, que es como un arpón, y los sacan. Cuando se escapan, su propia sangre atrae á los congéneres, que allí no más despedazan al herido. Los indios les sacan los hígados y algunas lonjas gruesas y las cuelgan al sól para que se derritan, recogiendo el aceite en unos ollones de barro, que conservan enterrados hasta la época en que salen las tortugas á hacer sus puestas en los arenales que el sól caldea como un horno.

Esta es en pleno verano, estación en que allí no pasa noche sin que haya tormentas deshechas de viento y agua: esos huracanes y tifones són tán tremendos, que las compañías de seguros no hacen operaciones sobre el Golfo durante su reinado, ni cási se halla barco que se aventure. Todo chorrea agua en Mosquitos en ese tiempo y el sól, á pesar de ser un fuego, muchas veces no la evapora y se ván juntando humedades con humedades. Las tortugas buscan los arenales y salen de noche á hacer sus puestas, á pesar de las lluvias y del viento, obligando á los indios á salir á perseguirlas con hachones y candiles: para eso es

que necesitan el aceite de tiburón, que viene á ser artículo obligado.

Los cazadores, armados de palos y cuchillos toman el lado del mar y empiezan la matanza, que es una cosa horrible: miéntras unos matan, otros ván enterrando los animales boca arriba, á fin de que el sól y el calór les ayuden al día siguiente á vaciar las cáscaras y á sacar las escamas, que están colocadas en trés capas. Este trabajo mata mucha gente todos los años: el cazador de tortugas no sólo tiene que desafiar las inclemencias del tiempo y los peligros de la operación, sinó que los tigres, que persiguen á las tortugas como manjar exquisito y que también las cazan por centenares, bajan en cuadrillas á las playas y disputan tenazmente la presa, haciendo víctimas de su garra á los trabajadores, que, ocupados en su faena y en médio de la oscuridad reinante,—pués no se pueden encender hogueras á causa de la lluvia,—se dejan sorprender con toda facilidad.

Qué cuadros de la vida salvaje hizo desfilar ante mis ojos el mejicano Rodríguez. Aquello me parecía una leyenda terrorífica de las épocas bárbaras de la humanidad.

Por él supe cómo se desescamaban las cáscaras del carey, sacándoles las trés capas que, clasificadas en órden numérico, se expenden en el mundo comerciál; cómo se aprovechaba la piél y el aceite del tiburón con fines industriales y también cómo se cazaban los caimanes y los manatíes con iguál objeto.

—¿Y los marinos no hacen industria de la pesca del tiburón?

—No vale la pena: los marinos persiguen á los tiburones pero es por ódio y por venganza no más. Fondeado un barco y cuando no hay que hacer, los marineros aprontan un lazo hecho con un alambre ó un cabo fino y algunos

ganchos ó arpones y por diversión empiezan la pesca. Arrojan al agua un trapo blanco atado con un hilo y como el tiburón vé ese color desde muy léjos y es muy curioso, inmediatamente lo comienzan á recoger y los peces se vienen á la sordina detrás de él, hasta el punto en que están á la espera los pescadores. Inmediatamente que arponan ó enganchan uno, lo levantan, y lo enlazan, haciendo correr la lazada hasta la cola. Entónces lo izan al costado, y empieza el martirio. Unos acostumbran á rellenarles el estómago con piedras y bien lastrados, les echan al agua para que se vayan á fondo perseguidos por sus congéneres que de á pedazos los ván devorando; otros les arrancan los ojos y les hacen luego igual operación; otros les queman vivos, bañándoles en aceite; en fin, hacen con ellos cuanta herejía puede sugerirles el ódio que con sus hazañas se hán conquistado entre la gente del mar.

—Vea,—dijo Catalena;—véz pasada—hará cosa de trés años—estaba yo en el puerto del Riachuelo en Buenos Aires y andaba viendo si me contrataba en algún barco que viniera para acá, cuando un conocido me propuso si quería acompañarle hasta Corumbá, en un patacho que iba cargado de sál para el saladero de Cibils. Fué un viaje lindísimo, aunque hecho en un país caliente como un horno: sacada la temperatura, parecía que uno andaba aquí en Beagle ó en los otros canales.

Cuando pasamos la Asunción, yá empezamos á vér en abundancia lo que los paraguayos y argentinos llaman palometa y los brasileros piraña: un pecesito chico, dorado, medio negruzco en el lomo y con una colita como una crúz, que, salvo el tamaño y la clase de boca, puede decirse que es un tiburoncito de rio. Si vieran qué voracidad... y qué miedo le tiene la gente ribereña! Para bañarse, por poco no entra vestida al rio y todavía la alejan haciendo ruido

y moviéndose!... Dicen que hombre que agarra en el agua, cási no se escapa sin herida.

Nosotros teníamos de cocinero un negrito oriental muy borracho y una noche que estábamos fondeados, se cayó al agua y se ahogó: si vieran cómo estaba á las dós ó trés horas, cuando lo sacamos: las pirañas le habían descarnado, como con cuchillo, las manos, los piés, la cara y yá le estaban abriendo la caja del cuerpo.

Los hombres prácticos de por allí, me dijeron que cuando las pirañas veían sangre en el agua se ponían como rabiosas y llegaban á matarse unas con otras.

Enfrentábamos á una punta que se alzaba á pico sobre el mar, como á cuarenta métros y en cuyas caras bruñidas por el oleaje, no se veía en toda su superficie ni siquiera un reborde y ménos un musgo ó una alga y Smith dijo señalándola:

—Esta es la Isla Augusta.... Queda justamente entre Lennox y la Isla Nueva, donde ahora están lavando mucho oro, según me han dicho. De aquí, bajando en línea recta, y dejando un poco á la derecha los peñones de Evont, está la roquería adonde vamos y que yo le llamo del «Fantasma», porqué hay una rompiente que, vista de léjos, parece una mujer que se levantara en una nube.... Mira, Avutarda, fíjate bien: aquí, si no hay mucho sudoeste, la mar permite buenos largos y puedes hacer un crucero en caso que no quieras entrar á dormir en Bahía Carolina, en el súr de Lennox... Las señales se vén como si uno las hiciera allí, á média cuadra.

—No;—replicó el aludido—,yo me meto á Carolina ó ahí al costado de la Isla Luff, en una caletita fácil que conozco... ¿Para qué más?

Pasábamos cerca de un peñasco cási aislado, que el mar batía levantando montones de espuma y cómo comenzára-

mos á oir algo semejante á los mugidos de una torada ó al balido de un rodeo lejano.

—Oye,—me dijo Oscar,—són los lobos.... los primeros que oímos!

—¿Dónde están?

—Hán de estar ahí en ese despeñadero, atrás de esa punta que vamos á doblar. Són lobos de un sólo pelo, que todavía no se utilizan, pero que yá se utilizarán: salen del mar y se extienden sobre las piedras, arriba de los desplayados que cáen hácia el agua y por los que ellos se dejan rodar á la menor señál de peligro.

Cuando doblamos la punta, vímos á lo léjos, como manchas sobre los peñascos negruzcos de la orilla, un centenar de anfibios de colores variados, que se recreaban al sól, lanzando el ronquido característico que había llamado nuestra atención.

—¿Vés?....—continuó Oscar.—Ahí tienes lobos verdaderos: són los de pelo médio obscuro. Esos más grandes, médio rojizos y que tienen melena, són los leones marinos, cuyos colmillos suelen ser pedazos de marfil ordinario que pesan hasta trés kilos cada uno. Las vacas marinas són esas blancas, negras, overas y coloradas, que abundan más.

—¿Y á estos lobos no los cazan?

—No!.... El resultado es pobre; por eso hay tantos. Si se dejase trabajar el aceite, sería otra cosa: entónces valdría la pena. El cuero puede competir con el vacuno para cualquiér uso industriál, siendo á veces más grande, y podría dejar unos cuantos pesos oro, los cuales unidos al precio del aceite y del marfil, compensarían cualquiér sacrificio.

—El cuero luego de curtido,—dijo Gin-Cocktail,—parece un marroquí grueso y es superior para hacer botas y ropa

de vestir. Los ingleses de las estancias del Gallegos lo usan así, y es muy lindo y muy durable.

—No te créas que la caza es fácil: es tán peligrosa cómo la del lobo de dós pelos. Cuando uno los sorprende, se largan al mar rodando y saltando y si hallan á alguno por delante, se lo llevan no más!... Ha muerto más gente á causa de eso que lo que te puedes imaginar!

—¿Y hay muchos aquí?

—Yá lo creo!—exclamó Smith, que había concluído de dar sus instrucciones á La Avutarda, pués de la actividad y discreción de éste iba á depender nuestra vida dentro de breves horas. Si los gobiernos entendieran bien estas cosas y las estudiaran, se sacarían de aquí, cómodamente y sin destruir la raza, unos diéz á doce mil cueros por año y unas mil ó mil quinientas toneladas de aceite: veinte mil libras esterlinas como quiera, que, unidas á otros renglones sumarían algo gordo, sin contar la población rica y floreciente que quedaría.... Como este anfibio no se caza, sale mucho á las playas y abunda donde quiera: ántes, el lobo de dós pelos era lo mismo, pero ahora, con la persecución, se hace cada día más raro y más difícil.

—Este cuero,—agregó Matías,—está valiendo. Véz pasada unos noruegos llevaron á Europa como seis mil que habían sacado en las Shetland del Súr, y según se corrió aquí, les dieron média libra cada uno.

Al día siguiente el cútter nos dejó en la roquería del «Fantasma», unas piedras que apenas sobresalían del mar diéz ó quince métros y en cuya superficie desolada se veían las carcomeduras del agua que frecuentemente las bañaba.

Con la leña hicimos dós grandes montones para las hogueras de señales, alrededor de un atado de cachiyuyo que serviría de yesca y luego nosotros, cargados con la sál y

las conservas necesarias para alimentarnos trés días, pués el éxito de la expedición dependía de que los lobos, que són muy vigilantes y desconfiados, no sintieran nuestra presencia, nos internamos y fuimos á ponernos al acecho entre una caverna que Smith conocía y que si bien era peligrosa en caso de marea muy alta ó de tormenta, nos resguardaba de la intemperie y nos permitía observar con relativa comodidad.

El cútter, montado por La Avutarda, Oscar y Gin-Cocktail se alejó rápidamente con viento de popa y nosotros, silenciosos, con el alma llena de angustias, pués quedábamos perdidos en médio del mar inmenso, seguimos con la vista su vela pequeña hasta que se perdió en el horizonte lejano.

Entonces conocí por propia experiencia la vida de estos hombres que diariamente confían su existencia á la suerte caprichosa y comprendí su sensualismo estrecho, sintiendo horrorizado el vacío inexplicable que parece dejar en el espíritu la conciencia de que uno está abandonado en un miserable repliegue de la tierra y á voluntad de aquel océano que ruge acompasada y lúgubremente. Recién me dí cuenta con claridad de cómo y porqué se llega en la vida del lobero á eliminar en absoluto del espíritu la idea del peligro, innata en el hombre.

Y si ese débil barquito que lleva sobre su cubierta los únicos trés hombres que en el mundo conocen nuestra situación, sufriera un accidente?... ¿Si se hundiera? Más vale no pensarlo....

—¿Qué es eso?—¿Cañonazos?—dije derrepente, volviendo en mí de la abstracción que me dominaba, despertado, puede decirse, por un codazo de Matías, que me pasaba la botella de guachacay con que ellos se habían entonado.

—No,—me replicó Smith á média vóz: es el mar no más.

Yá comienza la marea. Fíjate: las ólas siempre vienen de á trés seguidas y golpean con leve pausa entre sí. Primero viene una y choca, se rompe y baña el pié de un peñón de la orilla que parece atajarla, derramándose en seguida en la extensión de algunos métros; luego hay una pequeña pausa y trás ella viene la segunda óla, que golpea más fuerte que la otra, baña el peñón hasta la cima y se derrama cási el doble de la primera y no yá en silencio, sinó con un ruído sordo; después hay otra pausa pequeña durante la cuál la segunda óla, que no ha podido volver aún, es alcanzada por la tercera, que viene tronadora y vigorosa á conservar el espacio que conquistaron las otras dós... Y así de trés en trés ólas, ván las aguas avanzando y subiendo su nivél. Cuando uno ha naufragado y está prendido á un peñón con uñas y dientes, defendiendo la poca vida que le queda, sabe recién cuánto vale esa pausa más larga que hay entre cada grupo de trés ólas. Ella es la salvación, pués dá lugar para que uno se acomode, se afirme y espere el nuevo embate que vendrá.... ¡Oh! ¡Oh....! Es preciso haber estado por ahogarse.... para saberlo... Eso vale millones y vale imperios!

XXIX.

Entre los lobos

Al asomarme á la entrada de la caverna y mirar al mar, quedé horrorizado: no solamente ví las ólas como montañas que batían nuestro miserable refugio y que me parecía se venían encima, sinó que me ensordeció el ruído del agua que chorreaba por todos los desfiladeros y el silbido del viento que levantaba las crestas espumosas, atravesándolas como una bala y desparramándolas en el aire en forma de neblina.

Esa noche, mientras comíamos nuestra ración de conservas, Smith, Matías y Calamar conversaron de los horrores de la caza que al día siguiente realizaríamos talvéz, si había sól y concluyeron de perturbar mi espíritu, que no pude serenar sinó á costa de grandes esfuerzos y yá muy tarde.

—¡Mire que són canallas estos bichos!—exclamó Rodríguez.—¿Créen que no nos hán sentido?.... A esta hora quizás no conversan sinó del chasco que nos ván á dar.

—Nos habrán sentido,—repuso Smith.—pero yá mañana no se acuerdan, si nosotros no nos hacemos presentes.... ¡Oh! ¡Oh!.... Por eso no se puede prender fuego y á veces, cuando no háy resguardo, como ahora, ni fumar, ni conversar.... Són múy inteligentes y yá vén, después de una matanza en una roquería pasan hasta un més sin aparecer....

—Eso cuando són tropillas con crías,—dijo Matías:—si se trata de esas manadas de solteros que se forman todos los años, nó.... A los cuatro ó cinco días, después que yá el mar se ha llevado los muertos y la sangre, mandan los exploradores y vuelven á salir.

—¿Há visto cómo són de diablos? No salen sin mandar batidores adelante y, después, con qué arte ponen los centinelas, ¿eh?

—¿Y qué te gustaría más que salieran mañana, Rubio? —preguntó Calamar: ¿solteros ó hembras?

—Si són hembras con cría, las prefiero por los cueros chicos... Sinó, que salgan solteros, aunque sean más rabiosos que La Nodriza, el amigo de Catalena.

—Mira, muchacho,—me dijo Smith,—vás á estar á mi lado pero no importa: cuando les tomemos á los lobos el lado del mar y ellos atropellen, tienes que tener buena vista y buen puño. Palo y palo no más: que caiga el que caiga, sin elegir!.... Ahora, si vés que á alguno no le vás á pegar bien te haces á un lado, porqué sinó te echa al mar y... no háy vuelta!

—¿Y el garrotazo se pega fuerte?

—No hay necesidad. Cansaría mucho y no se haría gran trabajo. El palo se dá en la cabeza, que es la parte sensible del lobo, por lo que siempre la lleva alzada, pués camina empinándose en las aletas delanteras.... Si tienes serenidad, yá está todo.

—¿En esta cueva estuvo la Araña también?—preguntó Calamar.

—No!....—replicó Smith.—Fué del otro lado....! Cuando recorrimos la roquería, después de la catástrofe, no hallamos ni una huella: parecía que no hubiera estado nádie.

—A cuántos les habrá sucedido igúal hasta hoy,—dijo Castinheiras con vóz sorda.—Aquí, en estos mares, muere uno peor que los lobos, pués no deja ni el cuero como recuerdo!

Antes de salir el sól, Calamar y Rodriguez salieron de la cueva y fueron á ponerse en observación, mientras nosotros, para matar el tiempo, recorríamos, alumbrándonos con un candil, las paredes sombrías del socavón, buscando algún rastro de otros hombres que en él se hubieran guarecido. Nada encontramos: allí no habia más huellas que las del agua en las veces que lo inundaba.

Derrepente llegó Rodriguez: los lobos estaban afuera y parecía que era una tropilla de solteros, pués no habia crías y habían dejado un sólo centinela en el desfiladero por donde hicieron su ascensión á la playa. Habían dado muchas vueltas ántes de salir, pués parecía que desconfiaban, pero yá estaban dormidos.

Requerimos los garrotes, y yo, con el corazón palpitante, salí detrás de Smith.

Ibamos agazapándonos: Matías, que iba adelante, nos hizo señas de detenernos y alzando su palo lo dejó caer sobre un lobo que, dormitando á la entrada de una especie de despeñadero, por dónde habían trepado sus congéneres, no le había sentido llegar.

—A mál centinela, buena muerte!....—murmuró Smith.

Y continuamos la marcha penosa, arrastrándonos cómo culebras.

Cuando subimos á la cima, había diseminados sobre las

rocas planas unos trescientos lobos que gruñendo ó roncando, se orcaban tranquilamente, resaltando su pelaje moro sobre las piedras negras y brillantes.

A una vóz, atropellamos todos y la cumbre y el suave declive de la ladera cestanera se hicieron una verdadera confusión: cada uno cuidaba de sí y trataba de llenar su tarea sin mirar á sus compañeros.

Fué una cosa horrible.

Los lobos rodaban aquí hácia el mar mugiente á que los llevaba su instinto, muriendo sin alcanzarlo y obstruyendo las pequeñas tajaduras y los declives, mientras la sangre corría en hilos sobre la playa, destilando del áspero breñál; allá saltaban desde un picacho escarpado ó de un reborde atrevido y caían alzando una nube de agua que nos salpicaba ó se precipitaban en tropél por los surcos débilmente burilados por las ólas sobre la piedra viva, arrastrando guijarros y pedruzcos, cuyo ruído estruendoso se confundía con los gritos de los anfibios moribundos ó asustados, con el crujido del peñón azotado, con el rugido del mar, con el silbido estridente del sudoeste que se quebraba en las peñas ó sobre las ólas levantándolas y con nuestra respiración anhelante, pués, bajo la tensión de los nérvios y la fatiga consiguiente á la ruda tarea emocionante, parecía que el aire faltara á nuestros pulmones.

Un cuarto de hora á lo sumo duraría la bárbara escéna y sobre las piedras quedaban tendidos ciento cincuenta y ocho anfibios, que para nosotros representaban una fortuna y que eran el resultado de nuestro esfuerzo.

En cambio Catalena había desaparecido: Calamar lo vió cuando caía, empujado por la avalancha que se despeñaba y no pudo protegerlo.

Era uno más que iba á aumentar la larga lista de las

víctimas que día á día hace el mar con sus riquezas tentadoras y codiciadas.

Todo ese día y el siguiente los pasamos desollando lobos y arrollando los cueros rellenos de sál y con el pellejo para afuera, continuando aún en la noche la penosa operación, alumbrados por la hoguera con que llamábamos al cútter y que al reflejarse sobre las ondas inquietas las teñían con colores de sangre.

Por fin vímos la vela en el horizonte, acercándose lentamente como una esperanza que se realiza y al caer la tarde marchábamos con rumbo á Lennox, llevando nuestra fortuna, apilada donde quiera que había un lugar desocupado.

La carga era tremenda y el cútter por poco no desaparecía bajo las ólas enormes que nos azotaban.

—Si no hay tormenta esta noche,—exclamó Smith,—que me desuellen!... ¡Trés meses sin sudoeste y ahora se nos viene encima!...

Y recordando al pobre José Juan Castinheiras, que dormía el sueño eterno quién sabe en qué profundidades desconocidas, buscamos todos un reposo que bién habíamos menester.

No sé cuántas horas dormiría, solamente recuerdo que derrepente me despertaron unos golpes horribles que repercutían en mí como si yo los recibiese y las voces airadas de Matías, Smith y La Avutarda que dominaban el rechinamiento del maderámen, los rugidos del viento y del mar embravecido y hasta el estampido del oleaje que parecía rodar interminablemente en el oído y que estallaba de golpe, con notas intensas que sobrecogían el espíritu.

Intenté asomarme por la escotilla, pero estaba cerrada por fuera y tuve que contentarme con escuchar estremecido el ruído pavoroso de la tormenta, sin relámpagos ni

truenos y con el chorrear monótono del agua que corría sobre cubierta y se filtraba traidora por todas las rendijas.

Yo sentía las ólas que pasaban de véz en cuando de popa á proa, como un escalofrío y oía los juramentos que provocaban: aquello debía ser un infierno.

Al cabo de algunas horas de angustias mortales, se abrió la escotilla y apareció sonriente—con una expresión de tristeza indecible,—la cara cuadrada de Smith, iluminada por la média lúz ténue y azulada de una madrugada tempestuosa:

—¡Mál, cocinero: muy mál!

Y comenzó á alcanzar á La Avutarda y á Oscar, apresuradamente, la poca carga que llevábamos al resguardo con excepción de las provisiones que iban en cajones, barricas ó barriles, seguros de que su envase las salvaría en caso de un siniestro, yá previsto.

—¡Múy mál, hijo, múy mál!

Y poniendo á mi lado una caja de conservas y un poco de galleta, salió llevando una carga de víveres y una botella de guachacay. Sentí como volvía á cerrar la escotilla, diciéndome con vóz sorda:

—Vamos á palo seco y múy mál... No podemos con el sudoeste... La mar de popa nos ahoga... No te muevas!...

Caí en una especie de sopór ó de somnolencia: estaba despierto, pero permanecía acurrucado en la obscuridad: no tenía miedo, propiamente, puesto que consumí las provisiones que me dejara Smith y otras más que yo busqué, pero me faltaba el ánimo, me sentía desfalleciente, cómo cansado.

¿Cuánto tiempo estuve así?

No lo sé.

Al fin conseguí pararme y quise alzar la escotilla, pero como no lo lograra comencé á golpearla hasta que vino La Avutarda, pálido y desencajado, según lo ví á la lúz de un

bombillo que llevaba en la mano, pués reinaba la más completa obscuridad y la tormenta seguía como si recién comenzara.

—¿Qué quieres?... Déjate estar en tu mechinál, hasta que te avisemos!

—¿Pero dónde estamos?

—¡Que el diablo lo sepa!... ¡Hace más de veinte horas que no governamos!... Esta madrugada nos estrellaremos por ahí... por Bahía Valentin... ó acabamos todos!...

—¿Y la carga?

—¿Carga?... ¡Cómo esto...! Y se sopló la palma de la mano. El viento nos lleva cómo á una pluma: es un sudoeste rabioso!

Y horas más tarde, casi al aclarar, sentí un golpe seco que conmovió todo el barco y ví á Smith entrar desesperado, tomar su winchester y dós más que estaban á mano y decirme agitado:

—¡Nos vamos sobre una rompiente...! Si caes al agua, déjate llevar. ¡Agarra la cantimplora!... ¡Si tienes serenidad, no es nada!

Y salí: yá no llovía, pero el vendavál reinaba.

En ese momento, una gran óla que nos tomó médio de través, volvió á golpear horriblemente al cútter y embarcando por la popa corrió arrolladora y junto con Oscar, me arrebató...

Cuando volví en mí, estaba acostado sobre el cascajo de la playa, léjos del mar, que seguía alborotado y rugiente: me incorporé á duras penas y sentí el cuerpo como magullado. Vencí mis dolores físicos y reanimándome con un trago de la cantimplora, que tenía en bandolera y con la cuál tropezó mi mano en un movimiento casuál, me puse de pié y tendí mi vista sobre el mar y sobre la costa.

Me hallaba sólo, sobre una playa desierta,—en el fondo de

una ensenada—que destacaba sobre el mar una alta punta que parecía el comienzo de una sierra cuyas cumbres se veían en el horizonte, perdiéndose en las nubes.

El mar, aún agitado y blanco de espuma, seguía imperterrito golpeando la costa, á pesar de haber amainado el viento, y yo no encontraba sobre su vasta superficie ni un rastro que me indicara el punto donde se había efectuado la catástrofe.

Al fin, allá, al pié de la alta punta, que se erguía sobre el mar, batida por las olas, ví algo que desdecía del paisaje general que descubrían mis ojos,—eran dós bultos inmóviles, sobre la playa pedregosa.

Con qué ansiedad observé.

Me parecían dós hombres sentados uno frente á otro y solamente la idea de no estar sólo, me reanimó y eché á caminar hácia ellos.

Qué horrible angustia... Qué cosa tremenda es la duda y cómo enerva y embota.

A medida que me acercaba, los detalles de nuestra desgracia horrible se presentaban pavorosos á mi espíritu, pero me alegraban, pareciéndome que no me hallaba tán sólo ni abandonado.

Del cútter no quedaba nada sobre el mar, pero en cambio la playa estaba sembrada con sus despojos, que yo fuí hallando en el largo trayecto, hasta percibir claramente los dós bultos inmóviles: eran Smith y La Avutarda.

Yá no tuve ojos sinó para mirarlos á ellos, que, abstraídos, abatidos, no me veían, ni oían mis gritos.

Recién cuando estuve encima, cási, me sintieron y caminaron hácia mí en silencio.

Pálidos, desencajados, me abrazaron llorando.

Les pasé la cantimplora y un trago de guachacay los reanimó.

—¡Ah!...—dijo Smith conmovido...—¡Pobres compañeros de mi vida: todo se concluyó!

—¡No, hombre!—repliqué con firmeza...—Hay que acabar la riña sin cacarear!... ¿Para qué somos machos?... ¿No te parece, Avutarda?

—¡Creo qué sí!

Y en silencio comenzamos á recoger sobre la playa los despojos del cútter, generosamente devueltos por el mar y tendidos en todo lo que abarcaba la vista.

A medida que apilábamos todo lo servible que encontrábamos, por insignificante que fuera, nos sentíamos ménos pobres y ménos desvalidos: todo lo que formaba y contenía el cútter—con excepción de lo que el agua ó los golpes habían destruído ó disuelto y que era poco relativamente —estaba allí.

Teníamos la tablazón y el velámen, la ropa, las cajas del café, el barrilito con el agua de reserva, dós de guachacay y uno pequeño de brandy, una veintena de latas de conserva, una bolsa de carne salada, que pusimos á orear sobre las piedras, otra de galleta cási inservible, el tarro de la levadura inglesa, todas las carabinas, el cajón de la munición y lo que nos hizo temblar de emoción como ninguno de nuestros hallazgos anteriores y que implicaba nuestra salvación: el cofrecito en que Smith guardaba los quince kilos de oro, recogidos con tantas penurias en la Caleta del Barrilito.

Nos disponíamos á excursionar por la playa en busca de los cadáveres de Oscar y de Matías,—pués Calamar, Rodriguez y Gin-Cocktail habían sido arrebatados del cútter al principio de la tormenta no más, según me informaron,—cuando derrepente vimos á lo léjos dós bultos que penosamente se movían sobre la playa, dirigiéndose á nosotros.

—¡Allá vienen!.... ¡Están salvos!....—gritó La Avutarda,

y tomando la cantimplora, que había sido nuestra salvación, corrió en su auxilio, mientras nosotros preparábamos una fogata.

—Es preciso comér,—observó Smith yá más animado....

—¿Qué vá á hacer uno?.... ¡El mar puede más!

—¿Si?.... Pero.... ¿fuego.... de dónde sacamos?

—¡Oh! ¡oh!.... ¿Vé?.... Yo tengo este amuleto, que me ha salvado la vida cuatro veces.

Y sacándose del cuello una cadenita de oro, me mostró una caja que encerraba un yesquero completo:

—¡Este me lo regaló mi padre.... y ha sido mi suerte siempre!

Reunidos los cinco y repuestos un tanto de nuestra extenuación, buscamos un socavón que se abría en la ladera de un peñasco escarpado y adonde evidentemente no llegaba el mar. Allí instalamos nuestro campamento provisorio, no léjos de un manantiál que goteaba incesante sobre una gran piedra cóncava, derramándose en un hilo transparente que se perdía entre las asperezas circunvecinas.

XXX.

La lucha por la vida

Esa noche, mientras rodeábamos el fogón en que se preparaba nuestra cena, bien pobre por cierto, dijo Matías:

—Voy á hacer un poco de pán para mañana. Es bueno salir á excursionar y á buscar carne fresca... ¿De qué sirve estar cómo enterrados en esta playa?

—Claro!—gruñó Oscar.—Por mi parte vóy á arreglar los anzuelos....

—El anzuelo,—corrigió La Avutarda.—Por casualidad se salvó uno!

—¡Bueno!... ¡Los anzuelos! Ese y uno que yo tengo són dos.... me parece!

Y como en ese momento Matías extendiera un trozo de vela que le iba á servir de mesa para el amasijo, me acerqué y le dije:

—Le vóy á ayudar!.... Esto vá á ser para los dós, de todos modos!... Yo mañana me vóy con Vd.... La verdad es que no es bueno amohosarse.

Y miré á Smith, que, triste y silencioso, contemplaba el

fuego, teniéndose la cabeza con las manos y que parecía no vernos ni oirnos.

Nos pusimos al trabajo y pronto estuvo tomada la masa, es decir, preparada una pasta hecha con galleta mojada.

—¡Nosotros no precisamos gran cosa: ya verá!.... Yo hago pán lobero, que es el mejor para las marchas.

Y tomando uno de los baldes de fierro, echó la pasta juntamente con un poco de la substancia que daba la carne salada que estaba al fuego y plantó el horno improvisado en médio de la hoguera.

—Sinó es pán, será parecido.... y seguramente mejor que nada!

—A todo esto,—preguntó Smith, alzando la cabeza y desperezándose, ¿á dónde estaremos en este momento?.... ¿Se ocupó alguno de averiguarlo!

—Estamos en Bahia Valentin,—dijo La Avutarda.—En cuanto abrí los ojos la conocí!

—Y yo también,—afirmó Matías.—Estamos en el súr de Bahia Valentin, y por muy poquito no la erramos y vamos á dar á Buén Suceso, ó sea al infierno!.... He visto además las cumbres de los Montes Negros que, como sabran, no se pueden confundir: són cinco picos que parecen una mano abierta que se alzara...

—Pero entonces,—repitió Smith como desconcertado, no tenemos adonde ir?.... Más feliz que nosotros ha sido el pobre Calamar!

—¿Por qué?.... Podemos ir para Buén Suceso; talvéz hallemos algún barco de esos que vienen por Lemaire ó de la Isla de los Estados; sinó, podemos subir para Puerto Español y buscar los lavaderos...

—Bueno, bueno!—interrumpió La Avutarda.—Digan claro: más vale morirse por aquí no más!.... No cuentan el

hambre, ni las distancias, ni la fatiga, entónces? ¿Créen que esta costa es la bodega del cútter, donde háy de todo?

—¡Báh!....—dije yo,—¿Somos hombres, sí ó nó?.... Mientras yo pise tierra, no me echo á muerto: no faltaría más! ¿Qué te parece, Oscar?

—¡Me gusta!.... Yo siento lo que ha ocurrido, pero.... á lo hecho, pecho!

—¡Claro!—apoyó Matías, que era incontrastable.

Y quedó convenido que en la madrugada siguiente éste y yo excursionaríamos hasta las montañas lejanas y trataríamos de encontrar algunos indios cazadores, explorando de paso los caminos.

—¡Pobre Calamar!...—volvió á repetir Smith lúgubremente:—él decía que era hidalgo portugués y yo créo que en el mundo no hay muchos más caballeros que él!.... Yo lo ví cuando lo arrastró la mar condenada aquella y créo que hasta me saludó con la mano!.... Era terco: talvéz si se amarra en el palo, como yo le dije cuando fuí á cerrar la escotilla para que éste—y me señaló á mí—no saliera, estaría ahora con nosotros.

—Si el golpe fué bárbaro,—añadió Oscar.—Yo ví venir la óla y me aferré, pero el mejicano y el otro no tuvieron tiempo y siguieron atrás de Calamar, que ya pasaba arrastrado junto con la cocina, los cueros que estaban arriba de la camareta y todo!

—¡Bueno!—interrumpí yo:—la tormenta pasó yá, no es cierto?

—¡Sí!

—¿A qué recordarla más y entristecerse de gusto, entónces? Mañana Smith y La Avutarda, pueden ocuparse en traer bastante leña para hacer señales... quizás pase al-

gún barco á la vista, y es bueno estar prevenidos. Nosotros, entretanto, campearemos... ¿No te parece, Matías?

—Justo!—repuso éste, sacando de entre el balde un bollo dorado.—Con éste y un poco de guachacay; llegamos al fin del mundo!.... Lo que me extraña es verlo á Smith.... Cualquiera creería que ésta es la primér zorra que desuella!

—¡No!... ¡No es eso!... Es que uno para empezar de nuevo yá está viejo!

—¡Pero, hombre!—exclamé.—No tenemos ahí quince kilos de oro?... ¿No són nuestros? Compramos otro cútter, le ponemos «The Queen» y se acabó!... ¿No les parece?

Mi proposición fue acogida con júbilo, determinándose que en primera oportunidad los náufragos de Bahía Valentín volverían á los lavaderos y á las roquerías, con nuevo vigor y nuevos bríos.

Y charlando de cosas alegres, la tranquilidad volvió á nuestros espíritus y pronto, alrededor del fogón, se oyó el ronquido de mis compañeros, mientras yo velaba insomne, pensando en mi hogar lejano, mirando las estrellas brillantes y oyendo el rumor del mar, lúgubre y monótono.

La primera claridad del dia nos sorprendió á Matías y á mí desayunándonos con los restos de la cena y listos yá para salir.

Cuando el áspero camino de la playa quedó libre de sombras, dejamos el campamento y nos internamos, faldeando la sierra, que partiendo de la punta que nos guarecía, se perdía en el interior vestida con todas las galas de la selva fueguina.

El camino, fragoso y pesado en las pequeñas y raras abras que encontrábamos, se tornaba casi impracticable bajo la copa de los grandes árboles que se erguían hasta el cielo, derramando profusamente cascadas de líquenes

y de musgos vistosos que peinaban el pastizál alto y tupido.

—No tenga cuidado de nada: pise donde quiera,—me dijo Matías,—aquí no hay víboras ni bichos ponzoñosos; en todo lo que he andado, no he visto nunca sinó mosquitos y una araña chiquita que suele vivir en los palos: no se conocen garrapatas, hormigas, sapos.... ni siquiera bichos colorados!

—¿Y fieras se conocen?

—Jamás ví ninguna ni he oído á los indios que las haya...! Estos montes són el paraiso de los caminadores!

Derrepente, cómo llegáramos á un claro, exclamó Matías, señalándome unos monticulos que se descubrían entre el pasto:

—Paradero de guanacos.... Mire qué ganga....! Esos montones són de estiércol y los hacen las tropillas de guanacos que se costean de leguas á dormir en el mismo punto, teniendo siempre los mismos paraderos. Los indios se esconden cerca de éstos y los cazan á flecha: de otro modo no podrían, porqué són múy ligeros...! Estos són animales que han de venir al mar á beber, lo que quiere decir que habrá poca agua en este lado de las sierras!.... Ya veremos!

—¿Y toman agua salada?

—Sí!... Es el único animál de tierra que sé que la toma.

Y seguimos silenciosos una de las huellas que se abrían entre el pastizál y que eran otras tantas sendas que conducían al paradero.

Matías iba pensativo y me dijo, parándose de pronto:

—Las huellás no siguen para el mar! Volvámonos; es bueno ver adónde ván: han de caer á alguna aguada.

Trás un lárgo y pesado trayecto en que más de una véz tuvimos que romper con las manos las cortinas con que

las lianas y las enredaderas nos cerraban el paso, llegamos á una hondonada sombría en cuyo fondo se deslizaba mansamente un arroyo caudaloso, que en la época de los deshielos debía ser torrente, pués su cauce se interrumpía de véz en cuando con moles de piedra, rodadas probablemente de las cumbres vecinas.

Terminábamos nuestro almuerzo frugál—un pedazo del bollo insípido preparado la noche ántes por Matías, un trago de guachacay para ayudarlo á pasar y algunas frutillas silvestres—cuando una carcajada estridente me hizo estremecer.

—¡Quieto!... Són guanacos que retozan!... Espere!

Y arrastrándose alcanzó á una pequeña eminencia, desde dónde me hizo señas de que recogiera todo y le alcanzara...

Allá, en una ladera verde, se veía una decena de guanacos que pastaban y no léjos de ellos otro animál overo que me pareció un caballo.

—¡Fíjese!... Es un mancarrón manco!... Ha de ser algún desertor de la Comisión de Límites, que de monte en monte se ha venido á guarecer aquí. Mire que bolada si lo agarramos!

—Mejor sería algún guanaco... tendríamos carne.

A costa de increibles esfuerzos y con inminente peligro de derrumbarnos, llegamos á ponernos á tiro de los guanacos, que de véz en cuando alzaban y bajaban las orejas negruzcas que resaltaban sobre los cuellos leonados, cási rojizos. Hicimos fuego y dós animales rodaron por el suelo, mientras sus compañeros, lanzando su relincho estridente, que á mí me parecía una carcajada, se perdieron á lo léjos entre los vericuetos del monte.

El mancarrón, cojeando, disparó también, pero al rato volvió á aparecer, curioso, talvéz atraído por el recuerdo

de su antigua esclavitúd, de la cuál conservaba en los lomos y en las costillas marcas indelebles, señaladas por manchas blancas de forma caprichosa.

Estábamos despanzurrando nuestra presa, cuando él, bufando, se acercó á nosotros quizás creyendo que sus ánimos pudieran suplir á sus fuerzas reales: una rápida carrera y un salto, le bastaron á Matías para agarrarlo del cuello. Deteniéndole humilde y sumiso, le ató con su faja y le acercó á las reses.

Con el cuero de una, hicimos correas y con estas, no solamente llevamos el caballo, sinó que aseguramos nuestra presa sobre sus lomos, emprendiendo contentos el regreso.

Yo llevaba las fauces secas y no era el guachacay lo que pudiera aplacar mi séd. A cada paso me sentía más desfalleciente y más cansado, llegando un momento en que yá la marcha se me hizo poco ménos que imposible: tenía fiebre.

—Hubiera bebido en el arroyo, pués!... Mire que es sin precaución!... ¿Y ahora qué hacemos?... ¡Vea de seguir un poco...!

Como estábamos léjos del campamento aún y la noche se nos venía, un trecho á buenas y otro trecho arrastrado por Matías, hice el camino hasta una hondonada que estaba tapizada de frutillas y moteada de calafates.

—¡Vaya, hombre!.... Aquí hay algo que vale el agua!

Y ambos nos refrescamos con las frutas jugosas, que si bien no llenaron del todo la necesidad, nos pusieron en condiciones de proseguir nuestra marcha.

Cuando llegamos al campamento, corrí ciego al barril del agua y recién, después que bebí hasta encharcarme, pude darme cuenta de la alegría qué en los compañeros despertó nuestro regreso.

—¿Carne?.... ¿Y un caballo?.... ¿Acaso tiene más fortuna la reina de Inglaterra?—preguntaba Smith conmovido.

—Yá íbamos á salir á buscarlos,—decía La Avutarda.—Nos han dado un susto sin compañero!

Luego, con cómica gravedad, vino Oscar, y tomando de la mano á Matías, le condujo ante un envoltorio de arpillera, que estaba bajo una lata.

—¿Vés?.... ¿Sabes lo qué es eso, Rubio?.... Bueno! ¡Eso es harina!.... Encontré hoy en la playa una bolsa mojada.... pero que tenía el corazón seco!.... Como puedes imaginarte, más tardé en verlo que en sacarlo!

Y mientras saboreabamos una sopa de pescado que había proporcionado la habilidad de Oscar y que Matías dijo que era un mar, dada la variedad de peces, mariscos y hasta guijarros que contenía, hicimos nuestro plán de campaña.

Matías, que fué quién triunfó, era de opinión que debíamos seguir hácia el interior en busca de las tribus onas: si hallábamos alguna, él garantizaba que llegaríamos á cualquiér puerto del Atlántico sin tropiezo ni fatiga, pués era más fácil atravesar por las llanuras del oriente que por las sierras y montes de los canales.

El día siguiente lo empleamos en aprontar todo lo necesario para la marcha, y especialmente el arreo para nuestro carguero, guardando en la caverna, por previsión, todo aquello que no siéndonos de absoluta necesidad, pudiera, sin embargo, ser útil á cualquiera que llegara á aquellas playas desiertas.

Y en la tarde, estando yá repletas las maletas que debía llevar el caballo, cuyo conductor, cómo más entendido, sería Matías, y cuando rodeamos el fogón en que chirriaba un buen asado de guanaco, me dijo con tono festivo:

—Yá la masa está leudando; mañana verá qué panes!....

Són capaces de quitárle hasta la séd si lo agarra otra como la de ayer.

Efectivamente, cuando en la madrugada me levanté para desayunarme, yá estaba allí, enfriándose sobre un pedazo de lona, un gran pán dorado que tenia la forma del balde en que se coció y cuyo olor apetitoso traía la saliva á la boca.

—No lo mires así,—exclamó Oscar:—ese es para el viaje; para el café tenemos este otro.

Y todos se reían viendo mi asombro.

—Mira,—dijo La Avutarda,—con los loberos no hay desierto!.... Són capaces de improvisar hasta un discurso!

Cómo descansó mi oído cuando á las dós horas de marcha hicimos nuestro primer alto, allá al pié de las sierras que debíamos faldear con rumbo al súr y no escuché más aquél fatídico rumor del mar, ligado para siempre á escénas y á sucesos que no se borrarán jamás de mi memoria.

XXXI.

En la llanura

A los dós días de camino y cuando yá salíamos de la selva fueguina, siempre iguál, empezamos á encontrar majadas de guanacos que saltaban de risco en risco relinchando, pero nunca tán léjos que nuestras carabinas dejaran de alcanzarlos.

Matías era un maestro en la preparación de su carne, que tiene un sabór desagradable y es dura y fibrosa: la enterraba durante la noche y al día siguiente teníamos siempre un asado tierno y jugoso.

Sostenía que con este procedimiento hasta el pengüin era sabroso y delicado y que él, viajando con los indios onas, había comido perros cimarrones, zorros y ardillas, abundantes en el Lago Faniano y sus alrededores, sin haber encontrado nunca en la carne ese dejo desagradable que la hace incomible.

—Cuando salgamos al llano y encontremos tucu-tucus verán qué guisos!.... Les parecerán de pollos!

Una tarde costeábamos un pequeño arroyo tortuoso, buscando un vado y derrepente vimos una decena de indios emboscados detrás de las matas de cafalate y que, evidentemente, nos esperaban en són de guerra.

—¡Los onas, Matías!—gritó Smith.—Talvéz querrán enterrarnos esta noche para regalarse mañana....! Díles que yo yá no paso ni así....!

Hicimos alto y Matías se adelantó con toda prosopopeya, dejando su carabina en el suelo: otro indio de los que nos observaban le imitó con su arco.

Ambos, frente á frente, se detuvieron á una veintena de pasos y comenzaron un discurso que se oían por turno y cuyas sílabas, duras y malsonantes, llegaban á nuestros oídos produciéndonos el mismo efecto de los goterones que preceden á una tormenta, cayendo sobre un techo de zinc....

Luego marcharon rápidamente uno hácia otro y se dieron un largo apretón de manos, hablándose á gritos.

Momentos después, nosotros y los salvajes—que eran una sola familia de cazadores de guanacos—fraternizábamos y continuábamos juntos la marcha interrumpida, seguidos por una treintena de perros flacos y de pelajes diferentes, que marchaban cabizbajos mirando con desconfianza, como sus amos, al pobre caballo manco que Oscar llevaba del cabestro.

Matías y el ona que le había recibido, iban adelante conversando alegremente, á juzgar por su mímica animada. Cuando pasamos un peladál en que nuestro carguero no daba paso sin caer, se hizo alto y acampamos próximos á un manantiál que brotaba al pié de una colina escarpada que debía servirnos de resguardo contra el viento huracanado que venía del mar y arremolinaba las nubes hácia el oeste, presagiando lluvia.



Mientras se encendía nuestra hoguera, observaba á los indios, curioso por saber cómo acampaban y, sobre todo, por vér cómo encendían su fuego: fuí defraudado en mis esperanzas; no pude vér nada.

Múy pronto en el fogón indígena no quedaban sinó trés mujeres, cuatro indiecitos pequeños y los perros: los indios, atraídos por el guanaco que chirriaba en el asador de madera fabricado ad-hoc y por su curiosidad infantil é insaciable, estaban en el nuestro, graves y silenciosos, con excepción del que hacía de jefe, que conversaba con Matías, y á veces con Smith, dirigiéndole algunas palabras en un inglés múy adulterado, que se necesitaba múy buena voluntad para entenderlo.

—Parece que vá á llover,—dijo La Avutarda.

—No,—replicó Matías:—los indios no han armado el toldo y ván á dormir á la intemperie. Es la mejor señál!

—Dígame,—pregunté,—qué demonios de repiqueteo es ese que se oye?

—Luego lo verá.

Y dirigiéndose á los indios les habló algo, que éstos transmitieron á las mujeres por médio de un mocetón que tenía todas las trazas de ayudante.

Las indias que, cómo estátuas, permanecían en cuclillas al lado del fuego, se levantaron, y mientras dós, seguidas por la perrada silenciosa, pasaron cómo sombras por nuestro fogón en dirección al camino que habíamos traído, la que quedó, retiró del fuego la carne á médio asar que habían dejado sus compañeras, y que sería su cena, observó á los indiecitos,—que apelotonados dormían en un cuero rodeados por média docena de perros familiares, los cuales hechos un ovillo les prestaban su calór recibiendo á su véz el de ellos,—y tranquilamente volvió á acurrucarse, permaneciendo inmóvil.

Smith se había apartado un poco de la rueda y volvió trayendo en la mano un tarrito de conservas ascendido á jarro y ántes que Matías pudiera impedirlo, lo ofreció al jefe ona, galantemente.

Este lo tomó con toda prosopopeya, lo miró por fuera á la lúz del fogón y luego de llevarlo á la nariz lo tiró violentamente y poniéndose de pié, habló airado á sus compañeros, que le imitaron.

Matías, consternado, les hablaba con calór, señalando á Smith, quien comprendiendo que había hecho una barbaridad seguramente, aún cuando, como nosotros, no veía cuál, adoptó un aire contrito.

Después de un largo parlamento, los ánimos se apaciguaron y la tranquilidad se restableció, por más que los indios, desde ese momento, comenzaron á mirar á Smith con visible desconfianza: Matías, volviéndose á nosotros, nos explicó la escéna brevemente, rogándonos que no volviéramos á repetirla.

—Nuestro amigo está enojado porqué le hás ofendido ofreciéndole guachacay: ningún ona que se estime bebe alcóhol, ni fuma, ni come azúcar!

—Díles que no sean animales,—interrumpió La Avutarda.

—No: la cosa es séria, es asunto de religión y hay que respetar. ¿No vieron la indignación?... Dicen que ofrecerles á ellos esos venenos, es tomarles por miserables yaghanes y alacalúf, sus enemigos que no respetan la tradición de sus padres... Créen que el que usa alcóhol, tabaco ó azúcar, es un hijo de los malos espíritus, mandado á la tierra para dañar á los hombres buenos, que són ellos!

—¡Pués amigo!...—exclamó Smith.—Que me perdonen, no me creía tán criminál... y me tomaré todo el alcóhol que pueda!... Agrégales, especialmente, que me alegraría

mucho de que todos los hombres en la tierra fueran tán brutos como ellos.

Los indios que habíamos encontrado eran, como todos los de la raza, altos, vigorosos, de musculatura hercúlea y líneas fisionómicas múy acentuadas, habiendo alguno de ellos que, con una bóina roja y un ponchito al hombro, hubiera sido tomado por un vasco cualquiera de los alrededores de Buenos Aires.

Matías me hizo saber que estos indios se titulan los hombres más buenos de la tierra, siendo el fondo de su carácter bondadoso y hospitalario, por más que sean valientes y arrojados. Su vestuario consistía en una ámplia capa de cuero, en un taparrabo sujeto á la cintura por una tira angosta, en una especie de vincha con la cuál no se sujetan el pelo como se creería, pués le usan cortado cási al rape en la parte superior de la cabeza, en tatuajes caprichosos hechos con ocre de colores y en collares y adornos confeccionados con huesos pequeños y valvas de mariscos.

Perdidos en las llanuras inmensas que se extienden hasta las inabordables costas del Atlántico, rocallosas y planas, tienen poco contacto con la suigéneris civilización fueguina, que ellos repudian, tratando de conservar intactas sus costumbres cási patriarcales y mirando con repugnancia á sus hermanos de la costa, que las hán bastardeado y con ódio á los yaghanes y alacalúf, que las hán perdido entregándose á los vicios del tabaco, del alcóhol y del azúcar, que ellos reputan una abominación y que les hán hecho olvidar los ejercicios guerreros, que fortifican el cuerpo y le conservan.

Para ellos llegar á la vejéz es un timbre de honor: el hombre no debe morir sinó en el trabajo ó en la pelea y es siempre el jefe de cada agrupación el padre de familia más anciano.

Los onas se dividen en dós ramas: los del litorál, que tienen los dientes negros, debido á su alimentación é impureza de costumbres, según nuestros acompañantes, y los del interior, que tienen los dientes blancos como la nieve de las montañas y sólo comen carne.

Entre los indios que iban con nosotros, que eran del interior, habia trés matrimonios y eran hijos suyos los indiecitos que durante la marcha cada madre llevaba metidos en una bolsa colgada á la espalda ó prendidos á su capa de piél.

La mujer es entre ellos, como entre los yaghanes, una esclava; el hombre es guerrero y cazador, desdeñando todos los detalles relativos al toldo y sus comodidades: él pertenece por completo al ejercicio de sus fuerzas y al cultivo de su destreza, yá sea en la carrera como en el manejo del arco ó la honda, únicas armas que usan y con las cuales hacen verdaderas maravillas.

Las puntas de las flechas són de silex ó de hueso, pero los ribereños las usan de pedazos de vidrio de las botellas que encuentran y los que tallan no á golpes, como se creeria, sinó puliéndolos con un trozo de pedernál.

Todas las mañanas, ántes de levantar su campamento, es de práctica que los guerreros se ejerciten en su arte y reciban las fricciones en las coyunturas de los brazos y las piernas, que ellos conceptúan preservadoras de dolencias y enfermedades.

Mientras los indios hacen su academia, las indias dán á cada uno de sus hijos un masaje destinado á promover su desarrollo y fortaleza, que es toda una curiosidad: coyuntura por coyuntura, desde el dedo meñique de la mano hasta el último del pié, són prolijamente restregadas, así como los huesos del pecho, las vértebras y aún el cráneo. Se conceptúa entre ellos que este masaje y el agua de ciertos

líquenes y musgos, són los únicos remedios que existen para todas las enfermedades y que el primero es el que les dá su corpulencia y su vigor.

Entre las mujeres es mejor madre la que cria un hijo más fuerte, como es mejor tierra la que produce un árbol más lozano y más frondoso.

Todas estas prácticas diarias absorben la madrugada ona y hacen que las marchas sean lentas y pesadas: nunca levantan el campamento sinó con el sól alto y conocen exactamente, por el modo como se ha alzado en el horizonte, si podrán contar con un día sereno ó si se levantarán tormentas de lluvia ó de viento.

Sus útiles de caza són tán sencillos como su vestuario; además de su agilidad y de sus perros, usan la flecha, la honda, una cimbra formada por barbas de ballena y una lazada corrediza de lo mismo, fijada en la extremidad de un palo, é igual á *las perdiceras* de los gauchos en las pampas argentinas.

Entre ellos el perro es el auxiliar más poderoso y es cási objeto de veneración por su parte. Con él cazan todos los animales de la región, excepto el guanaco, que lo toman al acecho, ocultándose en la vecindad de sus paraderos y lanzándole sus certeras flechas de silex ó de hueso.

Los demás animales regionales ni són muchos ni de alzada: el tucu-tucu que abunda de una manera extraordinaria y es su alimento y el de los perros, y después las ardillas, liebres, zorros, patos, avutardas y algunas áves pequeñas.

No se conoce el puma, el tigre, ni ninguna fiera ó animál bravío con excepción del perro cimarrón que ellos domestican y utilizan. Este no es seguramente originario sinó importado y su tipo, desarrollándose á la intemperie y en estado salvaje, ha sufrido una reversión que lo coloca

entre el lobo y el zorro. Es de pequeña alzada, de oreja corta y parada, de gran agilidad é inteligencia, sóbrio y múy sociable, reuniéndose, sobre todo en la época del celo, en enormes cuadrillas que llegan á constituir un verdadero peligro para los viandantes.

—¡Diga, Matías! ¿Con qué encendieron fuego los indios?

—¿Quiere verlo?

Y habló con el jefe ona que sacó de una bolsita que llevaba al cuello, un rollo de cuero y de entre éste, algo, que á la escasa lúz del fogón, no pude vér lo que era en el primér momento y que Matías sonriendo me pasó, al mismo tiempo que me decía:

—¡Con esto!

Era una caja de fósforos de cera.

Luego me explicó que los indios modernos yá habían suprimido el pedernál golpeado sobre un montón de musgos secos ó la conservación con religiosa veneración de un tizón confiado á la custodia de las doncellas de la familia, que, de distancia en distancia, debían ir encendiendo hogueras, para conservarlo, durante las marchas.

Las indias que pasaron para afuera, regresaron trayendo cada una un montón de ratones pequeños, muy peludos, de color gris obscuro y los entregaron humildemente al jefe, quien los alcanzó á Matías.

—¡Vea!... Este ratón es el tucu-tucu que le dije hoy que era un manjar exquisito. Es un bicho que hoy ó mañana valdrá mucho, pués su cuero será un adorno apreciado: fíjese; parece un cisne por lo suave del pelaje. El tucu-tucu poco sale de sus cuevas y su canto es ese martilleo que le llamó la atención y que habiendo cesado cuando las indias andaban en el tucutuzál—el paraje ese por donde pasamos y que estaba como minado—ha comenzado ahora de nuevo. ¡Oiga y verá!

Efectivamente oí como un martilleo sordo que repercutía por todas partes y que yá parecía sonar en las nubes como abajo de uno.

—Agarran un paraje seco y donde el agua esté muy lejos, pués aquí generalmente se la halla ántes del métro y lo hacen un harnero, formando esa especie de hornaguera que atravesamos y en el que el caballo vá perdiendo pié á cada momento. Su reproducción es fenomenál y por más que los indios y todos los animales de aquí, con muy pocas excepciones, se alimentan principalmente de él, no se nota la merma.

Los indios lo cazan con toda facilidad, pués los perros cavan surcos al sesgo, que les toman de través las galerías en que viven y como són múy tímidos comienzan á disparar y ellos los ensartan al cruce con unas varitas puntiagudas.

Al día siguiente, mientras tomábamos el café mirando á los indios médio desnudos hacer su gimnasia matinál, corriendo carreras con sus perros favoritos, saltando y adiestrándose en la honda y la flecha, con las cuales no disparaban á grandes distancias sinó á pequeñas y acertando en blancos diminutos que colocaban entre el pasto, el jefe ona, que se llamaba Mápilush, nos declaró que en consejo había determinado dejar las familias acampadas allí y acompañarnos con los guerreros Culcóian y Ucócu, que conocían á los parientes de Matías, hasta donde quisiéramos ó necesitáramos.

Lo único que nos pedían en recompensa era que al finál del viaje les dieramos el «guanaco grande», aludiendo al caballo, y alguna ropa para sus familias.

Y allá, á lo léjos, quedó muy pronto el toldo miserable que cobijaba amoroso toda la riqueza de los guerreros onas, quienes con aire marciál marchaban á vanguardia!

XXXII.

Ondas y brisas

Desde ese día yá dejamos de percibir las brisas marinas que en la tarde llegaban á nosotros y que Smith reconocía complacido y aspiraba con fruición.

Faldeando una larga serranía, cubierta de bosques desde el pié hasta la cima—la misma que habíamos costeado por el lado del mar, cási desde nuestra salida de Punta Arenas —y llevando á la vista las dunas desoladas, que en suave declive ván á formar la barrera inexpugnable en que el Atlántico se estrella rumoroso, caminábamos en las abras por llanuras pastosas en que reconocía contento las líneas típicas de las pampas de mi pátria: yá eran gramillales erguidos que nos impedían la vista, castigándonos el rostro, yá esparragados que extendían sus largas guias blanquizcas ora sobre los arroyos de orillas chaflanadas, que iban poco á poco desarrollándose festoneados de árboles y de espadañas con rumbo al este, ora sobre los lagos azules, refugio apacible de verdaderos enjambres de avutardas y de cisnes.

Todas las tardes, cuando acampábamos, salía Mápilush con sus perros y sus cimbras de ballena y nunca regresaba sinó cargado de huevos de perdiz ó de avutarda y trayendo á la espalda, sujetas por las patas, algunas yuntas de áves, que asadas al rescoldo y á la moda ona, hubieran tentado el apetito del gastrónomo más exigente, cuanto más el nuestro.

—Diga, Smith... ¿Aquí no hay viento nunca?

—Muy poco... ¿No vé que esta llanura, que algún día se cubrirá de ganados y de riquezas, es un valle que corre entre las dunas peladas y chatas del Atlántico y las montañas boscosas del Mar Argentino y de los canales?

—Además,—agregó Oscar, en toda esta región de Lemaire, por ejemplo, nunca hay vientos peligrosos. En la Isla de los Estados, en Sán Diego y en todos esos puntos de la costa, los peligros para los buques no están en las tormentas sinó en las calmas, pués las corrientes, que són terribles, los toman indefensos y los estrellan contra las costas.... Los naufragios por ahí, se producen siempre con calmas chichas.

—Sin embargo,—observó Matías,—yo ví una tormenta cuando recién se estrenó el faro de Sán Juán de Salvamento, ese que los argentinos hicieron allá en el Norte de la Isla de los Estados, de la que no me olvidaré jamás... Mire que trabajamos durante trés días!... Nosotros veníamos de Inglaterra con carga para el Pacífico, cuando derrepente vimos una lúz en la costa, en circunstancias que capeábamos el temporál. El capitán creyó que eran señales de náufragos y comenzó á contestar con cohetes, botando una lancha al mar, con seis remos por banda Trés días peleamos por acercarnos y no lo lográbamos, teniendo que volver á bordo. El cuarto día nos topamos á médio camino con otra lancha que venía de tierra á socorrernos.

creyéndonos en peligro, pués los del faro tomaron nuestras señales como de auxilio... Fué un acto lindo para la marina de guerra argentina y para la mercante inglesa.... Mandaba la lancha un teniente Beccar, argentino.

El indio Culcóian habló largo con Matías y éste, después de interrumpirlo várias veces con monosílabos, nos dijo:

—Dice éste, que del otro lado de una cerrillada que pasaremos mañana, hay un paraje dónde los guanacos abundan como pasto. Piden que les cacemos algunos con las carabinas, pués necesitan llevarles cueros á sus mujeres.

—¡Pero, hombre!—exclamé.—Estos indios no piensan sinó en las mujeres, á lo que parece?

—Són cariñosísimos,—replicó Matías.—Vea; tengo un cuñado, que sobre sér un jastiál, es un tigre por lo bravo y corajudo: véz pasada, la mujer se hallaba en trance apurado adentro del toldo y nosotros en el fogón estábamos churrasqueando: derrepente veo que el indio sale, se empaca al lado de la puerta y empieza á pujár. Naturalmente le pregunté qué le pasaba y me contestó compungido: haciendo fuerza para ayudar, hermano....

No solamente són cariñosos, sinó también delicados á su modo!

XXXIII.

Como un recuerdo

Un més después de estos sucesos volvía yo á pisar las calles de Buenos Aires, desembarcado del vapor «Ushuwáia», corriendo anhelante á reunirme con los míos que, por cierto, no me esperaban yá.

Es para ellos y como un recuerdo para mis buenos amigos los loberos, que quedaron allá, entre las tajaduras del mar fueguino, siguiendo encarnizados la lucha por la vida, que escribo este relato sin pretensiones literarias, deseando que él caiga, aunque sea por casualidad, bajo los ojos de la gente ilustrada de mi país y llame su atención sobre aquellas costas lejanas, tan bellas y ricas, como injustamente desconocidas y calumniadas.

FIN

ÍNDICE

		Pág.
	Introducción	7
I	En la playa	13
II	Bordejeando	21
III	Entre dós aguas	30
IV	Aprendizaje	35
V	Perspectivas	42
VI	Espumarajos	46
VII	Arenillas	52
VIII	A flór de agua	59
IX	Al páiro	65
X	Murmullos y centelleos	71
XI	Silforama	77
XII	Al largo	86
XIII	Á remo y vela	94
XIV	Instantáneas	98
XV	Mar de fondo	103
XVI	Reflejos	108
XVII	Á favor de la corriente	112
XVIII	Mar de leva	115
XIX	Linterna mágica	126
XX	Del naturál	133

		Pág.
XXI	Á la lúz del candil.	139
XXII	Entre la pipa y el brandy.....	149
XXIII	Con viento favorable	158
XXIV	Témpanos.....	174
XXV	Pepitas de oro.....	192
XXVI	Entre la sirca.....	200
XXVII	Cabrilleos.....	208
XXVIII	En las roquerias.....	215
XXIX	Entre los lobos.....	228
XXX	La lucha por la vida.....	238
XXXI	En la llanura	247
XXXII	Ondas y brisas.....	257
XXXIII	Como un recuerdo.....	260